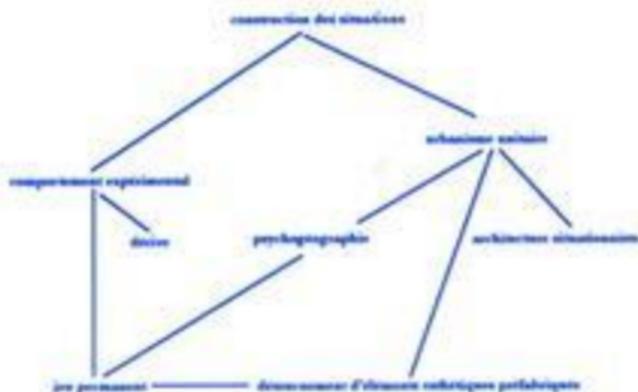


Mario Perniola

# LOS SITUACIONISTAS

HISTORIA CRÍTICA DE LA ÚLTIMA  
VANGUARDIA DEL SIGLO XX



LA DISSOLUTION DES IDÉES ANCIENNES VA DE PAIR AVEC LA DISSOLUTION DES ANCIENNES  
CONDITIONS D'EXISTENCE!

# INTERNATIONALE SITUATIONNISTE

ACUARELA & A. MACHADO

MARIO PERNIOLA

# LOS SITUACIONISTAS

HISTORIA CRÍTICA DE LA ÚLTIMA  
VANGUARDIA DEL SIGLO XX

Traducción: Álvaro García-Ormachea



ACUARELA LIBROS



A. MACHADO LIBROS



**Licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España**  
Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, siempre que se reconozcan los créditos de la misma de la manera especificada por el autor o licenciador. No se puede utilizar esta obra con fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de ésta. En cualquier uso o distribución de la obra se deberán establecer claramente los términos de esta licencia. Se podrá prescindir de cualquiera de estas condiciones siempre que se obtenga el permiso expreso del titular de los derechos de autor.

© de la presente edición: 2007 Ediciones Acuarela y A. Machado Libros

**Primera edición:**

Enero de 2008

**Título original:**

*I situationisti* (1972)

**Traducción:**

Álvaro García-Ormaechea

**Ilustraciones:**

Fotografías cedidas por François de Beaulieu y María Izquierdo de Beaulieu

**Imagen de portada:**

Detalle del «Mensaje de la Internacional Situacionista a la asamblea general de la Asociación Internacional de críticos de arte», reunida el 14 de abril de 1958 durante la Exposición Universal de Bruselas

**Edición:**

Ediciones Acuarela

Apartado de correos 18.136, 28080 Madrid

[info@acuarelalibros.com](mailto:info@acuarelalibros.com)

[www.acuarelalibros.com](http://www.acuarelalibros.com)

A. Machado Libros, S. A.

C/ Labradores, 5 - P. I. Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

[machadolibros@machadolibros.com](mailto:machadolibros@machadolibros.com)

[www.machadolibros.com](http://www.machadolibros.com)

**Impresión:**

Top Printer Plus

Móstoles. Madrid

**ISBN:**

978-84-7774-194-7

**Depósito legal:**

M-51.479-2007

## ÍNDICE

Nota editorial	7
La superación del arte	13
Los orígenes de la Internacional Situacionista	13
La ruptura con el <i>establishment</i> artístico	15
Atención prestada al cambio histórico	16
La innovación tecnológica y la revolución social	18
La superación del arte	21
Las técnicas de condicionamiento	22
La pintura industrial	23
La psicogeografía y la deriva urbana	24
El urbanismo unitario	26
New Babylon	27
<i>Homo Ludens</i>	28
El concepto de «situación»	29
El <i>derivo</i>	31
Hacia un cine situacionista	33
Las dos almas del hiperfuturismo situacionista	33
La ruptura con la vanguardia modernista	36
Los situacionistas y el surrealismo	40
El sujeto y la creación artística	41
El sectarismo de la Internacional Situacionista	46
La teoría crítica de la sociedad	51
Hacia nuevas formas de expresión	51
Crítica del neocapitalismo	52
Crítica del funcionalismo urbanístico	54
La revolución de la vida cotidiana	58
Vida y supervivencia	63
Popularidad virtual de los situacionistas	66
Crítica de la sociedad del espectáculo	68
Teoría y práctica de la subversión	71
Crítica de las especializaciones alienantes	73
Crítica de la ideología de la comunicación	79
Crítica de la ideología bolchevique	85

Crítica de la ideología económica	88
Crítica de la ideología científica	90
Crítica de la ideología tecnocrática	93
Teoría y organización revolucionaria	95
<b>La realización de la teoría</b>	<b>103</b>
La subjetividad radical	103
La espontaneidad	106
Crítica de la cosificación	107
El grupo revolucionario	108
El escándalo	113
El movimiento estudiantil de Estrasburgo	114
Transparencia y coherencia	118
El retorno de la revolución social	122
Crítica del militantisismo	124
Nuevas estrategias	127
La revuelta de la juventud	129
La revuelta negra de Watts	130
Crítica de la ideología tercermundista	131
Crítica del maoísmo	132
Las luchas de liberación nacional	133
La revolución en los países subdesarrollados	134
La teoría de los Consejos obreros	138
Mayo del 68	140
El juicio sobre Mayo del 68	143
Grandeza y límites de la Internacional Situacionista	151
<b>Epílogo: reflexiones y recuerdos a la deriva sobre los situacionistas, Mario Perniola (2007)</b>	<b>161</b>

## NOTA EDITORIAL

### *Mayo del 68 y los situacionistas*

La memoria es un espacio de lucha: el recuerdo no es algo que el poder pueda dejar sin gobernar, sobre todo el recuerdo de un momento que cambió el curso de las vidas y la realidad misma. En mayo de 2008 se cumplirán 40 años del célebre movimiento de Mayo del 68. La «memoria reactiva» (política, mediática, cultural) reduce el acontecimiento a una algarada estudiantil, a un conflicto generacional, a una cuestión de hormonas, a una aceleración brusca de la modernidad (explosión del individualismo hedonista, liberación de las costumbres), etc. Busca neutralizar lo político: las rupturas y los disfuncionamientos, la manifestación de nuevas subjetividades, irrepresentables política o sociológicamente, el surgimiento de otras formas de concebir el lazo social, la comunidad, el porvenir.

Acuarela Libros & A. Machado prepara una serie de libros sobre Mayo del 68 que rescatan otra historia –subterránea, anónima y colectiva– del acontecimiento, una memoria con implicaciones y desafíos para un presente de experimentación política y luchas. El primer libro de la colección pretendíamos

que fuera este ensayo de Mario Perniola sobre los situacionistas. Frente al relato de la «memoria reactiva», según el cual diríase que el acontecimiento cayó del cielo, habría que afirmar por el contrario que arraigaba en malestares y procesos de nueva politización difundidos por lo social durante los años 60. Es precisamente en ese sentido que pensábamos que publicar un libro sobre los situacionistas en esta colección estaba plenamente justificado.

La vieja política, mayoritaria y pesadamente hegemónica durante los años 60, vinculaba el cambio social al recrudecimiento de las crisis políticas y económicas, al agravamiento de la explotación y la pobreza. Pero algunos colectivos revolucionarios levantaron entonces ese chantaje miserabilista y comenzaron a poner el énfasis de sus análisis y esperanzas precisamente en los aspectos subjetivos de la lucha política: la resistencia cotidiana en los lugares de vida y trabajo, el rechazo a la alienación de la vida cotidiana, los signos de creatividad colectiva, las nuevas formas del conflicto, la politización del malestar existencial, los nuevos procedimientos de producción de teoría (la encuesta obrera), etc. De alguna manera, esos colectivos, a pesar de su pequeño tamaño, *anticiparon* Mayo del 68, elaborando en los márgenes de la sociedad algunas ideas y exigencias que de pronto se *socializaron* entre millones de personas como cuestiones de primera necesidad, aunque finalmente la sacudida les cogiese completamente por sorpresa y les pusiera en crisis.

Sin embargo, finalmente hemos decidido publicar en esa colección solamente los libros cuyo tema central y explícito fuera Mayo del 68, su memoria o su actualidad política como inspiración. Y sí bien es cierto que los situacionistas elaboraron conceptualmente como nadie las señales que anunciaban

el 68 y el mismo discurrir de los acontecimientos, el sentido de su empresa, su trayectoria e implicaciones desbordan ese marco y hemos temido (¿equivocadamente?) reducir de alguna manera las posibles resonancias de la aventura situacionista inscribiéndola en él.

### *Los situacionistas según Mario Perniola*

Tras la moda situacionista de finales de los años 90, las múltiples traducciones y toda la atención que captaron, ¿por qué nos ha parecido tan importante traducir y publicar el libro de Perniola, ya en un contexto más relajado, menos saturado?

Como bien señala Yves Le Manach, pareciera que la historia de la IS fuera la obra de una sola persona, Guy Debord. Pero la historia de la IS se presenta en primer lugar bajo la forma de una revista con 12 números. Y son esos 12 números los que constituyen la obra concreta de la IS.

El libro de Mario Perniola restaura la dimensión procesual y colectiva de la experiencia situacionista, atendiendo sobre todo a los 12 números de la revista como su obra concreta principal. Frente a las historias teleológicas de la IS (que se escriben como si la IS del 68 estuviera ya contenida en el 57), Perniola narra una trayectoria menos lineal, llena de problemas y contradicciones, donde hubo caminos abiertos que no se transitaron, distintas acepciones de los conceptos, luchas de poder internas que determinaron el devenir del grupo, etc.

¿Cómo puede una teoría crítica morder la realidad? En primer lugar, hay que hundir el pensamiento y la creación en la propia experiencia, en la propia época, en la propia carne.

La búsqueda de radicalidad pasa necesariamente por *la radicalidad de la búsqueda*. Aferrar la realidad desde la propia «vida dañada» no es algo dado. No basta con abrir los ojos para ver el presente sin modelo, sin categorías previas, sin el peso de la repetición, sin ideología. La teoría crítica es una *construcción*, que en el caso de la IS no pasó sólo por lecturas, sino también por conflictos, encuentros, mezcla de diferentes minerales, vivencias, participación colectiva y aportaciones exteriores, acontecimientos, experimentos, etc. Solemos tener un acercamiento limitado a los *resultados* de la crítica, que desconoce (o banaliza) el *proceso* de elaboración colectiva de esa crítica. El mayor mérito del libro de Perniola es precisamente abrir el código-fuente del proceso de elaboración crítica de la IS, *mostrando los mismos materiales de construcción*.

Al mismo tiempo, es una historia *crítica*. Todo el mundo sabe que los situacionistas eran *sectarios*. Pero, ¿por qué? El hecho se denuncia o se lamenta, pero nunca se explica. Perniola ensaya aquí una interpretación, según la cual la raíz del sectarismo situacionista no es «bolchevique» (un residuo de la idea de vanguardia), sino «artística». Otros problemas son abordados: la cuestión de la organización, de la relación teoría-práctica, del hiperfuturismo situacionista, etc. De hecho, no es difícil ver en este ensayo de Mario Perniola (escrito en 1972) una fuente de otras reflexiones críticas sobre la IS que han ido llegando años más tarde.

**LOS SITUACIONISTAS**  
**(1972)**



## LA SUPERACIÓN DEL ARTE

### Los orígenes de la Internacional Situacionista

La problemática en torno a la crítica radical del arte y su superación revolucionaria<sup>1</sup>, tal y como fue planteada por Dadá, las vanguardias artísticas soviéticas y el primer surrealismo, se desvanece en el periodo comprendido entre 1925 y 1960, en estrecha conexión con el eclipse de la perspectiva de la revolución proletaria y la afirmación del fascismo, de la socialdemocracia y del estalinismo. La tesis de la independencia del arte, que hace pasar por libertad el aislamiento y la impotencia del artista, y la tesis del compromiso político, que a su vez hace pasar por revolución la subordinación a la burocracia, son sustancialmente solidarias a la hora de neutralizar la dimensión auténticamente subversiva que se halla implícita en la actividad artística, impidiéndole desbordarse en la vida cotidiana y, por otro lado, recuperándola para operaciones de propaganda. La conciencia del carácter esencial-

---

1. Al estudio de este problema desde el punto de vista histórico y teórico está dedicada mi obra *L'alienazione artistica*, Milán, Mursia, 1971.

mente revolucionario del arte, de la poesía y de su profunda tendencia a la auto-superación sobrevive de manera desmembrada y confusa en el surrealismo, en el lettrismo, en el grupo COBRA (1948-1951) o en el Movimiento por una Bauhaus Imaginista. Todas estas experiencias se hallan en el origen de la Internacional Situacionista, que nace precisamente en julio de 1957 en Cosio d'Arroscia (Cunco) de la fusión del Movimiento por una Bauhaus Imaginista, del Comité Psicogeográfico de Londres y de la Internacional Lettrista (que, nacida en 1952 de la ruptura del ala radical del Lettrismo con el fundador de éste, Isidore Isou, se expresaba a través de la revista *Potlatch*).

Confluyen así de esta manera en la Internacional Situacionista la búsqueda experimental de Constant, de Pinot-Gallizio y de Jorn —que tiende hacia formas de realización cada vez más distantes y ajenas a la actividad artística tradicional—, la indagación psicogeográfica de A. Khatib, anticipada por las observaciones de Gilles Ivain (seudónimo de Ivan Chtcheglov), que opone al funcionalismo arquitectónico y urbanístico las perspectivas emergentes de la experiencia vivida del espacio urbano, así como la consideración crítico-teórica de la vanguardia dadaísta, surrealista y lettrista de Guy Debord y Michèle Bernstein, que rechaza el proceder ecléctico y oportunista imperante entonces en los ambientes del arte moderno en nombre del frente revolucionario cultural. Toda esta serie de matrices diferentes buscan su punto de encuentro en la construcción de un *movimiento coherente*, en la *conciencia de los nuevos tiempos* y en la *superación del arte*.

## La ruptura con el *establishment* artístico

La primera preocupación de la Internacional Situacionista fue la de romper definitivamente con el eclecticismo cultural, que es la cortina ideológica tras la cual el mercado de las obras de arte, articulado en varios *racket*<sup>2</sup>, oculta intereses exclusivamente comerciales: los marchantes de arte, los críticos complacientes, los directores de galerías, etc., representan las múltiples patas que sostienen el orden social dominante en el ámbito de la producción y circulación de un tipo de mercancía de lujo. La IS (que es como los situacionistas solían referirse a su organización, por sus iniciales) no nació como un par de nuevas siglas, uno de tantos «ismos» bajo los cuales, desde principios del siglo veinte, artistas y críticos bautizados con nombres solemnes y altisonantes venían especulando con modestas novedades estilísticas. Así como no ha existido el «dadaísmo», sino simplemente Dadá, tampoco el «situacionismo» ha existido jamás, sino tan sólo la IS: «Es evidente que la noción de situacionismo ha sido concebida por los anti-situacionistas»<sup>3</sup>, y se conecta con un intento de recuperación para el mercado artístico de las producciones de los miembros del movimiento. No en vano una de las primeras iniciativas de la IS fue la contestación en Bruselas de la asamblea general de los críticos de arte internacionales (en aquella ocasión los situacionistas difundieron una octavilla que con-

---

2. *Racket*: impuesto mafioso de protección para comerciantes; extorsión. [N. del T.]

3. *IS*, I, p. 13. Los escritos íntegros de la revista *Internationale Situationniste* han sido publicados por la editorial Literatura gris (Madrid) en tres tomos. En Madrid, pueden conseguirse en la librería Traficantes de Sueños, calle Embajadores 35. [N. del E.]

denaba sin paliativos la crítica de arte, mostrando la solidaridad sustancial de la misma con la burguesía, en su condición de perspectiva parcelaria al servicio del capital).

Esta exigencia de realizar la IS según los imperativos de un *movimiento coherente* comporta ya desde el principio la práctica de las depuraciones y de las exclusiones. Así, en el primer número de la revista *Internationale Situationniste*, que se presenta como «boletín central editado por las secciones de la Internacional Situacionista» puede leerse el artículo «Nada de indulgencias inútiles», en el que Michèle Bernstein precisa que «no hay retorno posible (al movimiento) para aquellos a quienes una vez estuvimos obligados a despreciar». La participación en la IS no puede ser una mera adhesión verbal: «Nadie debe poder considerar su pertenencia a la IS como un simple acuerdo de principio; esto implica que lo esencial de la actividad de todos los participantes debe corresponderse con las perspectivas elaboradas en común y con las necesidades de una acción disciplinada, ya sea en la práctica o en tomas de posición públicas»<sup>4</sup>. Hay aquí *in nuce* una distinción neta entre situacionistas y simpatizantes: estos últimos no tienen ninguna función directa y activa en el movimiento. Por otro lado, una actitud de espera y de reluctancia a entrar en la IS podía ya considerarse como un signo de hostilidad.

### Atención prestada al cambio histórico

El segundo punto en el que confluyen las corrientes que dieron vida a la IS es *la conciencia de vivir en un periodo histórico de*

---

4. IS, II, p. 31.

*rapidísima y radical transformación* que abre un ámbito amplísimo de posibilidades nuevas. Esa conciencia suscita un estado emotivo marcado por el entusiasmo y la exaltación:

«Nosotros somos los partidarios del olvido. Olvidaremos el pasado y el presente, que son nuestros. No reconocemos como contemporáneos a todos aquellos que se contentan con demasiado poco».<sup>5</sup>

«Nosotros representamos el primer esfuerzo sistemático por descubrir, partiendo de las condiciones de vida modernas, posibilidades, necesidades, juegos superiores. Somos los primeros en conocer algo nuevo y apasionante, ligado a la actualidad y al futuro próximo de la civilización urbana».<sup>6</sup>

Había llegado el momento de desterrar de una vez por todas los términos al uso, aceptados y asumidos por los surrealistas, para distinguir entre *vida real* (lugar del aburrimiento y de la insignificancia) y *vida imaginaria* (lugar de la maravilla y del sentido), ya que es la realidad misma la que *puede* ser maravillosa. Al atribuir a lo maravilloso un estatus *surreal*, el surrealismo indicó mecanismos de liberación que continúan siendo imaginarios: los sueños, el arte, la magia... «El surrealismo no puede ser superado bajo las condiciones de vida con las cuales se topó y que se han prolongado escandalosamente hasta nosotros»<sup>7</sup>; es más, desde el momento en que se abre la posibilidad concreta de cambiar dichas condiciones, aquél está destinado a ocupar una posición reaccionaria. En la medi-

---

5. *Ibíd.*, p. 4.

6. *Ibíd.*, p. 11.

7. *IS*, I, p. 3.

da en que sigue alimentando la oposición entre una realidad concebida como el ámbito en el que se ejercita la eficacia racional, por un lado, y una irrealidad entendida como el reino en el que se expresa la fantasía irracional, por el otro, el surrealismo está de hecho sustentando el *statu quo*. «Hasta ahora la época ha vivido muy por debajo de sus medios»<sup>8</sup>, y los surrealistas, que se niegan a considerar la posibilidad de un trastorno profundo y radical de las condiciones de existencia, no pueden colmar ese desfase. Sólo un puñado de ex intelectuales y ex artistas lanzados a la acción colectiva, a la experimentación e invención de modos de vida superiores, cualitativamente distintos a los del pasado, podrían estar a la altura del proceso histórico en ciernes.

### La innovación tecnológica y la revolución social

Sin embargo, esta conciencia de la novedad tiene dos orientaciones distintas que se esfuerzan por confluir: una, de inspiración técnico-científica, tiene como portavoces a Constant y a Pinot-Gallizio mientras que la otra, de inspiración social-revolucionaria, tiene como portavoz a Guy Debord. La primera de estas orientaciones sitúa el motor de los nuevos tiempos en el progreso técnico, la automatización y el pleno desarrollo de la sociedad de la abundancia, la cual, se dice, aumentará de manera sorprendente la cantidad de tiempo libre a disposición de los trabajadores, tenderá a eliminar el precio de las mercancías y a liberar las energías creativas de todos: «Con la automatiza-

---

8. *IS*, III, p. 16.

ción», escribe Gallizio, «dejará de existir el trabajo y el reposo tal y como los entendemos hoy, y se dará paso a un tiempo libre a disposición de energías libres y antieconómicas... Es necesario dominar la máquina, orientarla al gesto único, inútil, anti-económico. Ello contribuirá a la formación de la nueva sociedad, post-económica pero supra-poética...»<sup>9</sup>. La segunda de estas orientaciones, en cambio, si bien no pone en duda el papel positivo que habrá de desempeñar la industria y la importancia del desarrollo material de la época, tiende a ligar la posibilidad de una nueva era a un renacimiento de la revolución social proletaria: «Yo considero al capitalismo», dice Debord, «incapaz de dominar y emplear plenamente a sus fuerzas productivas, incapaz de abolir la realidad fundamental de la explotación y por lo tanto incapaz de dejar pacíficamente el sitio a las formas superiores de vida que su propio desarrollo material convoca»<sup>10</sup>. Así, en el primer caso, la nueva era ha de surgir mecánicamente del desarrollo de la producción, mientras que en el segundo surgirá dialécticamente de las contradicciones, tensiones y resistencias sociales que dicha producción genera. En el primer caso se trataría de una aplicación en la existencia cotidiana de un nivel artístico permitido gracias al progreso técnico, mientras que en el segundo caso estaríamos ante un cambio cualitativo de vida que sería inseparable del renacer de la revuelta proletaria.

Sin embargo, según Debord, esta nueva perspectiva de revolución social tiene poco que ver con las organizaciones

---

9. *Ibíd.*, pp. 33-34.

10. *Ibíd.*, p. 23.

proletarias activas a fines de los años cincuenta. La ausencia de una respuesta revolucionaria por parte de la izquierda parlamentaria y de los sindicatos obreros a la crisis política francesa de mayo de 1958 que llevó al poder a De Gaulle mostró muy bien el grado de putrefacción alcanzado por toda una generación de militantes y teóricos: en 1958, el proletariado francés quedó privado de un programa, de una teoría y de una dirección capaces de lanzarlo a una huelga insurreccional. Los dilemas de entonces demostraban hasta qué punto la revolución social «no puede extraer su poesía del pasado sino sólo del futuro»: el proletariado tiene un pasado de derrotas y debe por tanto reinventarlo todo.

La falta de una posibilidad subversiva a corto plazo, así como la dificultad de identificar concretamente las manifestaciones autónomas de la conciencia proletaria, permitieron a las dos tendencias que se manifestaron en la IS proceder juntas, aunque fuera de forma provisional y a trancas y barrancas. El manifiesto de 1960 trata de conciliar ambas tendencias, dejando sitio tanto al «irresistible desarrollo técnico» como «a la insatisfacción de sus empleos posibles en nuestra vida social privada de sentido»<sup>11</sup>, tanto a la automatización como a la revolución. La conciencia de los nuevos tiempos es remachada categóricamente al final: «Los situacionistas, de los cuales vosotros quizás os creáis los jueces, os juzgarán un día u otro. Nosotros os esperamos *a la vuelta de la esquina*, tras la inevitable liquidación del mundo de la privación bajo todas sus formas. Estos son nuestros objetivos y estos serán los objetivos futuros de la humanidad».

---

11. IS, IV, p. 36.

## La superación del arte

El tercer elemento definitorio del proyecto situacionista originario es la *superación del arte*. De acuerdo con el concepto hegeliano de «superación», ésta tiene un doble aspecto: crítica y realización, negación y alcance de un nivel superior. Tanto Debord como Constant facilitan en los primeros números de la revista algunos elementos para la crítica del arte. Para Debord, la tarea propia del arte es la de sustraer al tiempo, haciéndolas eternas, las experiencias vividas. Se contrapone por ello a la vida, precisamente porque inmoviliza, cosifica, reduce a objeto la existencia subjetiva de lo singular. Constituye además una forma de pseudo-comunicación que obstaculiza la que se produce directamente entre los individuos. Constant deplora muy especialmente el aspecto individualista, narcisista e ineficaz de la creación artística, que deja a los «sepultureros oficiales la triste tarea de enterrar los cadáveres de las expresiones pictóricas y literarias»<sup>12</sup>. El rechazo del arte, por lo demás, se encuentra ya formulado categóricamente en el primer número de la *Internacional Situacionista*, cuando se afirma que no puede existir un arte situacionista, sino eventualmente un empleo situacionista del arte.

Ello hace que la atención de los situacionistas se detenga sobre todo en el segundo momento del concepto de «superación», es decir, en la realización, en la elaboración de instrumentos y perspectivas que se sitúan ya claramente *más allá* del arte. Las orientaciones de búsqueda que se proponen son diversas: el control de las nuevas técnicas de condicionamiento, la pintura

---

12. *IS*, II, p. 26.

industrial, la psicogeografía, el urbanismo unitario, el juego, la construcción de situaciones, el *desvío* y el cine.

## Las técnicas de condicionamiento

La ciencia y la técnica ofrecen instrumentos de condicionamiento nuevos y extraordinariamente eficaces: la publicidad subliminal y la práctica policíaca del «lavado de cerebro» vienen a marcar el fin del concepto humanista de la personalidad inviolable e inalterable. Precisamente por ello es necesario que estas técnicas de influencia sobre los demás dejen de ser monopolio del poder y que pasen a ser empleadas en una dirección revolucionaria. Así, una de las tareas de los nuevos artistas sería la de apoderarse de los conocimientos teóricos y de los instrumentos materiales más eficaces para difundir contenidos liberadores y proyectos de vida apasionantes.<sup>13</sup> Los nuevos artistas se convertirían de esta manera en una especie de «persuasores ocultos de la libertad». En este contexto se inscribe el proyecto, no realizado, de dar un golpe de mano para apoderarse del edificio parisino donde tiene su sede la UNESCO, así como la idea de Jörgen Nash de infiltrar elementos situacionistas clandestinos en los puntos vitales del sistema capitalista<sup>14</sup>, y aquella análoga, sostenida por Alexander Trocchi en 1963, de dar un «golpe de mundo cultural»<sup>15</sup>. Esta perspectiva, que termina por hacer de la realización del arte

---

13. *IS*, I, pp. 6-8.

14. *IS*, V, pp. 24-25.

15. *IS*, VIII, pp. 48-56.

una actividad clandestina en competencia con el «poder oficial» —al estilo de los «Tupamaros»—, parece estar en franco contraste con la profesión abierta e intransigente de las propias ideas, que ha sido una constante del comportamiento situacionista. Por lo demás, lo cierto es que Jorn y Debord atenúan sensiblemente el alcance de todas estas tesis. Para el primero se trataría tan sólo de una de las técnicas posibles, que debe subordinarse a la labor de conjunto de la IS<sup>16</sup>. Debord, por su parte, sostiene que «los conceptos de la ambigüedad» perderán mucha importancia en beneficio de sus opuestos, a saber, la elección consciente o la apuesta<sup>17</sup>, y al referirse expresamente a los proyectos de Trocchi no les atribuye más que una importancia marginal<sup>18</sup>. Sin embargo, el contraste entre la transparencia de las relaciones humanas, que se antoja un dato elemental del comportamiento revolucionario, y la adopción de tácticas y estrategias, que parece ser más bien una condición de eficacia práctica, volverá a presentarse en la IS (como mostraré más adelante) en otras ocasiones.

## La pintura industrial

La idea de que la *pintura industrial* pudiera constituir una superación del arte está en cambio estrechamente ligada a la actividad de la sección italiana (Pinot-Gallizio, G. Melanotte) y sólo encuentra un eco en la IS en el breve periodo de per-

---

16. IS, V, p. 42.

17. IS, VI, p. 27.

18. IS, VIII, p. 22.

manencia de aquélla en el movimiento (1957-1960). La idea en cuestión no tiene nada que ver con el diseño industrial en la medida en que, lejos de un modelo a reproducir, lo que propone es la realización de rollos de varias decenas de metros de largo, con la ambición de crear una inflación de los valores artísticos tradicionales hasta el punto de comprometer su supervivencia. Tal cosa sucederá —nos dice Gallizio— cuando se ofrezcan en calles y mercados kilómetros de pintura a precio de costo. De esta manera la pintura industrial se relaciona con el proyecto de la nueva vida entendida como revolución lúdica permanente, creación y destrucción continuas, perenne transformación; habrá de ser así un instrumento momentáneo de placer efímero, así como el primer intento de poner las máquinas al servicio del juego<sup>19</sup>.

### La psicogeografía y la deriva urbana

Igualmente destinada a un rápido abandono estuvo la «psicogeografía», es decir, «el estudio de los efectos precisos que el ambiente geográfico, conscientemente ordenado o no, ejerce directamente sobre el comportamiento afectivo de los individuos»<sup>20</sup>. Anticipada por las observaciones de Gilles Ivain, el cual ya había avanzado en el seno de la Internacional Letrista, allá por el año 1956, la hipótesis de una nueva aproximación a los fenómenos urbanos basada en la experiencia vivida del espacio, la psicogeografía va a ser desarrollada a

---

19. *IS*, II, pp. 27-28; III, pp. 31-35.

20. *IS*, I, p. 13.

partir de las indagaciones de Abdelhafid Khatib, autor de un ensayo de descripción psicogeográfica del céntrico barrio parisino de Les Halles en el cual se propone, ante el traslado irremediable del histórico gran mercado central a la periferia, transformar sus pabellones abandonados en pequeños complejos destinados a la educación lúdica de los trabajadores<sup>21</sup>. El instrumento principal del que se sirve la investigación psicogeográfica es la «deriva», que la IS define como «la forma de comportamiento experimental ligada a las condiciones de la sociedad urbana», «la técnica del tránsito veloz a través de distintos ambientes». La «deriva» se diferencia cualitativamente tanto del viaje como del paseo, porque mira al reconocimiento de los efectos psíquicos del contexto urbano. La deriva presenta un doble aspecto, pasivo y activo: por un lado, comporta la renuncia a cualesquiera objetivos y metas fijadas de antemano así como el abandono a las sollicitaciones del terreno y a los encuentros ocasionales y, por otro lado, implica el dominio y el conocimiento de las variaciones psicológicas. Además, es importante señalar que la deriva tampoco se parece al deambular de los surrealistas, una experiencia meramente arbitraria, sino que refleja una situación urbana objetiva de interés o de aburrimiento. La estructura ambiental más estimulante en este sentido parece ser el «laberinto»<sup>22</sup>; de ahí el interés que despiertan en los situacionistas ciudades laberínticas como Venecia o Ámsterdam, y su proyecto no

---

21. *IS*, II, pp. 13-18.

22. A este respecto pueden consultarse mis «Appunti per una storia dell'urbanistica labirintica», *Rivista di Estetica*, 1968, núm. 2. Existe traducción francesa: «Notes pour une histoire de l'urbanisme labyrinthique», en *Espaces et sociétés*, 1977, n.º 20-1.

realizado de construcción de un laberinto artificial en el Stedelijk Museum de Ámsterdam. El fundamento de todas estas búsquedas no es otro que el intento de superar la geometría euclídea, que da pie a una visión exclusivamente cuantitativa del espacio<sup>23</sup>.

## El urbanismo unitario

La psicogeografía constituye además la premisa cognoscitiva de un proyecto de renovación urbana mucho más vasto, el «urbanismo unitario», que la IS define como «la teoría de la implicación del conjunto de las artes y de las técnicas en pos de la construcción de un ambiente ligado dinámicamente a las experiencias de comportamiento». El urbanismo unitario se determina antes que nada en la polémica contra el funcionalismo, el cual, al preocuparse tan sólo de la idoneidad de los medios con respecto a fines que sitúa fuera del ámbito de la propia competencia, desempeña un papel de conservador y sostenedor de la sociedad burguesa y de su miserable idea de felicidad articulada sobre dos temas dominantes: la circulación de los automóviles y el confort de la casa. De tal manera que los arquitectos funcionalistas terminan construyendo «cementerios de hormigón armado donde grandes masas de población son condenadas a aburrirse hasta la muerte», o bien enormes unidades de vivienda aisladas, separadas por extensiones verdes que impiden las relaciones directas y el libre desarrollo de la sociabilidad. El urbanismo unitario no quiere

---

23. IS, V, p. 43.

ser una doctrina urbanística más, sino una crítica del urbanismo en tanto que disciplina separada y especializada; una crítica que nace a partir de una visión de conjunto de la sociedad y que tiende a una «creación global de la existencia». Por ello no es una nueva poética arquitectónica sino que se presenta (al menos así lo presenta Constant, que trata de hacer de él el eje fundamental de los intereses de la IS) como una superación efectiva del arte: la actividad artística tradicional, que no puede siquiera considerarse como una creación propia y verdadera, debe abandonarse sin dilaciones por el urbanismo unitario. A través de él el artista deja de ser el artífice de formas inútiles e ineficaces para convertirse en constructor de ambientes y de modos de vida integrales. De hecho, la transformación proyectada afecta no sólo a la estructura urbana sino también al comportamiento de los habitantes: es por lo tanto inseparable de la búsqueda de formas de existencia revolucionarias, como son el juego, el nomadismo, la aventura...

## New Babylon

El desarrollo del urbanismo unitario toma no obstante dos direcciones distintas: la de Constant y la de Debord. Para el primero, que es miembro de la IS hasta 1960, el urbanismo unitario desemboca en el *proyecto de una ciudad cubierta*, que él bautiza como New Babylon: se trataría de un espacio colectivo de habitación suspendido, extendido a toda la amplitud de la población y separado de la circulación, la cual pasa por encima y por debajo de ella; rica en ambientes para la vida social y en estímulos de todo tipo, la ciudad debería renovarse y transformarse periódicamente de la mano de «escuadro-

nes de creadores especializados, que por lo tanto serán situacionistas profesionales»<sup>24</sup>. Constant ilustra esta nueva ciudad con una serie de dibujos y maquetas que luego son expuestos en la Biennale de Venecia de 1966. Por el contrario, para Debord y para la mayoría en la IS el urbanismo unitario no puede manifestarse en la situación actual más que como una *crítica radical del urbanismo*, so pena de sucumbir a la recuperación efectuada por el modernismo tecnocrático neocapitalista.

### *Homo Ludens*

A la mayoría de los situacionistas les parece que las tesis de Constant sobrevaloran la cuestión de la técnica arquitectónica en detrimento de las expresiones vitales. Entre éstas, el *juego* es objeto de una atención especial. El concepto situacionista de juego se plantea como cualitativamente distinto de aquél que se ha afirmado en los últimos dos siglos en concomitancia con la exaltación capitalista del trabajo productivo: las características fundamentales del nuevo concepto son la desaparición de todo elemento de rivalidad directamente derivado de la apropiación económica, la creación de ambientes lúdicos y la abolición de toda separación entre juego y vida corriente, entre broma y compromiso. De esta forma, el juego superior será no-competitivo, social y total. No tendrá ya nada que ver con las formas regresivas del juego, «que representan su regresión a estadios infantiles siempre ligados a políticas reaccionarias»<sup>25</sup>.

---

24. IS, III, p. 40.

25. IS, I, p. 13.

## El concepto de «situación»

Pero el proyecto de superación del arte encuentra su determinación más importante en el concepto de «situación», que da nombre a todo el movimiento. La «situación construida» se define como un «momento de la vida, concreta y deliberadamente construido por medio de la elaboración colectiva de un ambiente unitario y de un juego de acontecimientos». No obstante lo cual hay que distinguir por lo menos tres interpretaciones primarias diferentes de la idea de situación: una psicológica, otra técnico-urbanística y una tercera existencial, que se transforma rápidamente en social-revolucionaria. El punto de partida de la interpretación psicológica son los deseos individuales, más o menos claramente reconocidos: al igual que para Freud, la experiencia artística sería para la IS una especie de fantasma incapaz de realizar verdaderamente el deseo. Sin embargo, a diferencia del psicoanálisis, la perspectiva situacionista no mira al conocimiento de la estructura individual del yo, ni a la explicación de su formación, ni a la elaboración de actividades compensatorias, sino a la efectiva satisfacción del deseo. Pues sólo de una orientación concretamente realizadora puede derivarse el esclarecimiento de la naturaleza de los deseos primitivos y su evolución hacia formas ulteriores. En vez de sublimarse en el arte, el deseo debe tender hacia la formulación de un proyecto que haga posible su realización<sup>26</sup>. La interpretación técnico-urbanística está vinculada con la actividad de Constant: para él, la construcción de una situación es inseparable de los métodos y perspectivas del

---

26. *Ibíd.*, p. 11.

urbanismo unitario y en el fondo representa tan sólo la consecuencia de un condicionamiento ambiental<sup>27</sup>. Para la interpretación existencial, el concepto de situación no implica la mera satisfacción de un deseo privado y no se resuelve por medio de convertimos en el apéndice «comportamental» de un determinado ambiente arquitectónico, sino que implica la adquisición de una conciencia de las condiciones de existencia en las sociedades industrializadas y de las alternativas radicales. Plantea así el problema del sentido de la vida y sostiene que las soluciones satisfactorias deben buscarse exclusivamente en el ámbito bien delimitado de las conductas revolucionarias. Esta interpretación ha encontrado en la IS varias ilustraciones. Así, para André Frankin, la situación es una especie de *planificación individual de la experiencia* que, «si se diera el caso, permitiría bosquejar una filosofía de la presencia espacio-temporal en la cual las sensaciones y los sentimientos no dependerían ya de la memoria, sino de la dilatación de todas las virtualidades del ser mediante la multiplicación y la renovación de experiencias, ya no aisladamente colectivas ni aisladamente personales»<sup>28</sup>. Para Asger Jom, la situación es el dominio individual y la valorización social del espacio-tiempo, es decir, la variabilidad del comportamiento público del individuo con respecto a los demás. La situación, por lo tanto, no puede perseguirse de manera privada en una sociedad capitalista o burocrática, sino que implica una transformación total de las condiciones de existencia unida al fin de la economía<sup>29</sup>. La situación sería una

---

27. IS, II, p. 32.

28. IS, IV, p. 17.

29. Ibid., pp. 19-22.

superación del arte porque en ella se manifestaría plenamente aquella abundancia de energías vitales que está constreñida y cosificada por la existencia misma de un producto artístico, de una obra de arte: «la situación es inseparable de su consumo inmediato como un valor de uso esencialmente extraño a una conservación en forma de mercancía»<sup>30</sup>. La situación se distingue tanto del instante irrepetible como del momento repetible: es casi imposible determinarla exactamente aislando en ella un comienzo y un final. Parece así identificarse con el «proyecto» existencial, con la dimensión de lo «auténtico». Sin embargo, antes que una quimera, la situación es expresión de un suceso que se manifiesta en el plano de la vida cotidiana. El concepto de situación parece unas veces designar un instrumento operativo intermediario entre la vida alienada y la sociedad sin clases, otras veces parece referirse al comportamiento revolucionario en toda su extensión, y otras a la sociedad comunista efectivamente realizada. En el desarrollo sucesivo de la IS son estas dos últimas acepciones las que prevalecerán.

### El *desvío*

El concepto de *desvío* ha tenido siempre un valor de carácter provisional e instrumental, inicialmente definido como «la integración de las producciones actuales o pasadas de las artes en una construcción superior del ambiente». Según los situacionistas, el *desvío* presenta dos aspectos fundamentales: por un lado, la pérdida de importancia del senti-

---

30. *Ibíd.*, p. 10.

do original de cada elemento singular y autónomo y, por el otro, la organización de un conjunto de significaciones diferente, que viene a conferir a cada elemento un alcance nuevo. En el fondo se trata de una práctica ya frecuente en la actividad de la vanguardia artística: el *collage* y el *ready-made* representan la atribución de un nuevo valor a elementos preexistentes. Sin embargo, la diferencia entre los *desvíos* artísticos y los situacionistas consiste en el hecho de que mientras el punto de llegada de los primeros es una obra que tiene un valor autónomo todavía artístico, el de los segundos es un producto que, si bien puede valerse de medios artísticos e incluso de obras de arte, se revela inmediatamente como negación del arte, sobre todo por el carácter de comunicación inmediata que lo impregna. En este sentido, los bocadillos añadidos por los situacionistas a las obras de arte del pasado representan una forma elemental de *desvío*, de superación del arte. La importancia de este procedimiento consiste en el hecho de que a través de él objetos e imágenes que guardan una estrecha relación con la sociedad burguesa (obras de arte, pero también anuncios publicitarios, manifiestos de propaganda, fotografías pornográficas, etc.) se sustraen a su destino y finalidad para ser colocadas en un contexto cualitativamente distinto, en una perspectiva revolucionaria. Así, tanto las cosas más excelsas como las más banales pueden ser objeto de una apropiación mucho más profunda de la que implica su mero disfrute pasivo o su posesión económica. La generalización del *desvío* puede llevar a un verdadero descondicionamiento cultural —en sentido propio— y constituir una de las posibles respuestas del proletariado a la *recuperación* que la burguesía pretende hacer de sus manifestaciones creativas.

## Hacia un cine situacionista

Por último, también en el *cine* vieron los situacionistas un posible camino hacia la superación del arte. Sin embargo es necesario distinguir claramente lo que es el empleo actual del cine —como expresión de la sociedad del espectáculo— de su posible orientación situacionista. En su dimensión actual, el cine no hace más que reforzar la pasividad a la que el poder pretende relegar al proletariado; por su parte, el punto de vista situacionista se orienta hacia el empleo del cine antes que nada como forma de propaganda y seguidamente como elemento constitutivo de una situación realizada. Un comentario elogioso a propósito del film de Resnais *Hiroshima mon amour* sirve a los situacionistas para determinar las exigencias cinematográficas más urgentes, a saber: el primado de la palabra sobre la imagen y la aparición de ese movimiento de auto-destrucción que caracteriza todo el arte moderno. En la medida en que también el cine reconozca su propia impotencia abrirá el camino para la superación del arte<sup>31</sup>.

## Las dos almas del hiperfuturismo situacionista

Todas estas perspectivas de superación del arte tendrán en la IS desarrollos diferentes. De hecho, a partir de 1960 la convivencia entre las dos orientaciones en que se manifestaba la conciencia de los nuevos tiempos (la técnico-científica y la social-revolucionaria) se hace cada vez más difícil: la nueva

---

31. *IS*, III, pp. 8-10.

intranquilidad del mundo obrero, el estallido de las primeras huelgas salvajes independientes y hasta hostiles a los sindicatos, las tentativas de reorganización del movimiento revolucionario sobre bases extremistas y la influencia teórica de Socialismo o Barbarie, todo ello lleva a la consolidación de la tendencia que pretende ligar el destino de la IS a la revolución social. A ello sigue la expulsión de la sección italiana (Pinot-Gallizio y G. Melanotte), la ruptura con Constant y el contraste con la sección alemana, que duda de las capacidades revolucionarias del proletariado. Por otro lado, es un hecho indudable que las dos alas del hiperfuturismo situacionista eran objetivamente inconciliables. Es evidente además que la línea técnico-científica representaba la orientación modernista del capitalismo y, por ese motivo, el peligro más insidioso para una iniciativa que, como la IS, se había propuesto desarrollar en su plenitud los aspectos auténticamente liberadores y revolucionarios que se hallan implícitos en la actividad artística. Sin embargo, lo cierto es que en la *manera* en que se produjeron estas rupturas y en las *motivaciones* que las acompañaron hay ya un error que se habrá de manifestar plenamente en el posterior desarrollo de la IS y que de hecho constituye uno de sus límites fundamentales, a saber: *la confusión entre el rechazo del eclecticismo y el sectarismo*. Ya en el artículo de Michèle Bernstein anteriormente citado, que apareció en el primer número de la revista, está implícito que «quien no está *entre* nosotros está contra nosotros». La relación entre situacionistas debe ser, desde su punto de vista, algo distinto de la mera amistad; no ha de ser «objeto de las mismas debilidades» ni «de los mismos modos de inercia o de relajamiento». La expulsión del ala modernista supuso una buena ocasión para volver otra vez a retomar esta línea argumental en el quinto

número de la revista. El punto de partida fue de nuevo la polémica contra el eclecticismo artístico: la extrema ambigüedad de la condición de los artistas, a los que continuamente se empuja para que se integren en la pequeña esfera de poder reservada para ellos, parece que hace necesaria la instauración de una disciplina. Aunque se afirma que la exclusión de la IS no puede parangonarse al tipo de exclusión que practican los movimientos políticos, y que en ningún caso implica una sanción moral, sin embargo acto seguido se sostiene que, en la mejor de las hipótesis, los excluidos no tienen ya nada que ver con la vanguardia y, en definitiva, con la historia. Así, por una parte se defiende la aventura, la invención y la creatividad, y por otra se pretende que los situacionistas se identifiquen con todos los actos ya realizados por la propia IS —con o sin ellos— y con todos los que llevará a cabo en un futuro previsible. Si en un sentido es cierto que el sentimentalismo es algo inherente al mundo burgués, que tiende a hacer prevalecer el pasado sobre el futuro y a condenar los comportamientos a la repetición extenuante, por otro lado no es menos cierto que la solidaridad situacionista abstrae de la dimensión concreta y cualitativa de los individuos la figura del «situacionista», dando lugar a una nueva mitología tan enajenante como la religiosa. De esta manera, el rechazo del eclecticismo se transforma insensiblemente en la convicción de constituir una totalidad, el rechazo del pasado induce a creerse monopolizadores del futuro, la coherencia degenera en disciplina, el rigor en rigidez y la unidad del movimiento se entiende en el sentido de que sus miembros son intercambiables. Así, el rechazo a continuar cualquier actividad con aquellos con los que se ha dejado de compartir una orientación común (que efectivamente es «la única arma de todo grupo que se base en la com-

pleta libertad de los individuos») se convierte en un arma terrorista con la que exigir una identificación total con un modelo abstracto en el que todos los miembros del movimiento quedan anulados. Esta tendencia al sectarismo se manifiesta también a nivel organizativo, con el abandono en 1960 de la estructura federativa originaria —basada en la autonomía nacional— y la instauración de un Consejo Central de la IS cuyas decisiones, si bien adoptadas por mayoría simple, vinculan a todos los situacionistas. Ni siquiera el contraste con la sección alemana llevó a una profundización teórica del problema del sentido y el papel que desempeña la ciencia en la sociedad capitalista. A propósito de esta cuestión Jorn afirmaría: «Nosotros estamos en contra de la especialización y la racionalización, pero no estamos contra ellas en tanto que instrumentos»<sup>32</sup>.

## La ruptura con la vanguardia modernista

La exclusión de la IS de la mayor parte de los miembros alemanes y escandinavos en 1962 es síntoma tanto del renovado rechazo de la actividad artística tradicional como del ulterior desarrollo del aspecto sectario-institucional del movimiento. En diversas ocasiones, en los primeros números de la revista, la IS no duda en criticar radicalmente las manifestaciones de la literatura y el arte modernos, poniendo a la luz la desintegración del lenguaje dentro del vasto proceso de degradación, disolución y autodestrucción que caracteriza al

---

32. *IS*, V, p. 20.

arte moderno en general. Asimismo la IS pone de manifiesto la estrecha relación que existe entre el capitalismo y las tentativas pergeñadas por marchantes, críticos y galeristas con el fin de recuperar para el arte todas aquellas experiencias y búsquedas que, precisamente, se han propuesto superarlo. Sin embargo, lo cierto es que en el interior de la IS son bastantes los que no ven con buenos ojos este abandono total de la actividad artística: se perfilan por tanto dos tendencias sobre esta cuestión en el seno de la IS. El contraste entre ambas explotará en la conferencia de Gotemburgo de agosto de 1961, en la que Kotányi, apoyado por Debord y Vaneigem, propone definir como antisituacionistas las eventuales producciones artísticas de los situacionistas mismos. En el otro extremo, el alemán Prem y el escandinavo Nash defienden la importancia de la actividades e intervenciones que se sigan ejercitando en el ámbito de la vanguardia modernista, reprochando a sus oponentes que abandonen un terreno de acción concreto en aras de la elaboración de una teoría crítica abstracta, impotente y estéril. Los alemanes son expulsados en febrero de 1962. Poco después Nash y Ansgar-Elde se pronuncian contra la IS y deciden crear una enésima Bauhaus.

Estos episodios señalan una fecha importante en la historia de la IS, pues constituyen la ruptura definitiva con la vanguardia modernista. Además, estos sucesos dan pie a una meditación entre los situacionistas mismos sobre el arte y en torno a la estructura organizativa del movimiento. Es indudable que la tendencia encarnada por Jørgen Nash —definida por los situacionistas precisamente como «nashismo»— se resuelve en una recaída en aquella perspectiva artística cuya superación fue la exigencia originaria y fundamental de la IS. Ya con Dadá parece claro que la rebelión artística ha dejado de ser recuperable

más allá del plano meramente estético, por mucho que la cultura dominante haya podido inventarse una especie de arte dadaísta. En la actualidad, según los situacionistas, «existen en diferentes países del capitalismo moderno núcleos de una bohemia no artística, unida en torno a la noción del fin o de la ausencia del arte, que ya no mira explícitamente a una producción artística cualquiera»<sup>33</sup>. Las fuerzas más auténticas y profundas de la creación artística van ahora dirigidas «hacia la organización teórica de la contestación». Por lo tanto, mientras la IS tiende a ir más allá de la cultura y del arte, el nashismo, en el mejor de los casos, nutre la ambición de «renovar enseguida y exclusivamente el arte».

Sin embargo, si bien los situacionistas tienen toda la razón en lo que se refiere al contraste que los opone al nashismo, hay en este capítulo —y en los comentarios que hacen ellos mismos al respecto— la sombra de un malentendido, de un malestar, de un equívoco que anida no ya en la relación entre las dos partes en conflicto —cuyas respectivas posiciones están además clarísimas—, sino en el corazón mismo de la radicalidad situacionista. Por un lado, los situacionistas afirman que la parte más importante de la problemática expuesta en la revista está todavía por descubrir (por ellos mismos o por *otros*) y que el proyecto situacionista no es en absoluto un resultado histórico definitivo, sino que debe ser considerado en el ámbito incomparablemente más amplio del movimiento revolucionario; pero por otro lado, *al mismo tiempo* insinúan ser los únicos depositarios de la conciencia de este movimiento y sostienen que «la tarea de ser más extremista que la IS

---

33. IS, VIII, p. 11.

pertenece a la IS y es la primera ley para su permanencia»<sup>34</sup>. Por una parte, no admiten discípulos y no quieren «tropas», porque piensan correctamente que el discípulo transforma una problemática teórica en una ideología, una solución provisional en un dogma que aporte promoción personal y seguridad intelectual; y por otra parte consideran a la IS como una entidad superior a los individuos que la componen, dotada de un destino histórico trascendente, que está representada en su *integridad y totalidad* por sus intérpretes *verdaderos*, incluso cuando las tesis de estos últimos se encuentran en minoría en el seno de la organización. En un sentido censuran la celebración de cualquier miembro de la IS más activo calificándolo de «vedette», al tiempo que tienden a transformar toda la IS en un mito. El rechazo de las relaciones inofensivas va de la mano de la propia absolutización y el reconocimiento de la proporción de los propios errores se produce a la vez que la exigencia hecha a los posibles aliados de una elección total y definitiva: «Será necesario que se nos acepte o se nos rechace en bloque. No vamos a entrar en detalles»<sup>35</sup>. Todas estas exigencias contradictorias desembocan en noviembre de 1962 en una nueva organización interna que supone la abolición de las secciones nacionales y la consideración de la IS como un centro único que ya no está constituido por delegados de grupo locales, y que «representa globalmente los intereses de la nueva teoría de la contestación»<sup>36</sup>; a partir de este momento las relaciones entre los individuos que conforman

---

34. *Ibid.*, p. 29.

35. *IS*, VII, p. 19.

36. *IS*, VIII, p. 67.

la IS —«convertida en su totalidad en este centro»— terminan por presentarse más bajo la apariencia de una unidad mística que bajo la de la búsqueda en común.

## Los situacionistas y el surrealismo

¿Cuáles son las causas de este imperceptible pero progresivo deslizamiento desde el rechazo del eclecticismo al sectarismo, desde la voluntad de afirmar una *verdad histórica* al dogmatismo? Desde luego no es el modelo bolchevique lo que influye en el carácter de la IS, como tampoco la teoría bordiguista del centralismo orgánico: los situacionistas fueron siempre coherentes con su declarado rechazo de la política entendida como «actividad especializada de jefes de grupos o de partidos que extraen de la pasividad organizada de sus militantes la fuerza opresiva de su poder futuro»<sup>37</sup>. Su repulsa ante la perspectiva de transformarse en un grupo político se mantuvo constante e inflexible. A lo más podría tal vez encontrarse en la idea, alimentada por Breton, del grupo surrealista como secta o unidad mística un precedente cargado de sugestión y capaz de ejercer un influjo profundo. Esta referencia, sin embargo, no hace sino desplazar la cuestión sin resolverla realmente: en definitiva, ¿por qué tanto el surrealismo como la IS tienden al sectarismo? La respuesta es la misma en ambos casos: *por la falta de una crítica radical del arte*, y por permanecer —a pesar de todo— en el ámbito de la autoconciencia artística, la cual, al monopolizar en un plano ideal el sentido, sigue pre-

---

37. IS, IX, p. 24.

sentándose como una totalidad también en el ámbito del proceso histórico. Es cierto que entre el surrealismo y la IS hay un *salto* cualitativo, que consiste en el rechazo de las obras, en la ruptura con los ambientes artísticos y, sobre todo, en la apertura de un horizonte problemático incomparablemente más amplio que el surrealista, en el que la relación entre realidad e imaginación resulta radicalmente transformada. Y a pesar de todo, si la examinamos atentamente, la crítica situacionista de la autoconciencia artística se revela particularmente pobre y continúa sustancialmente encerrada en las contradicciones internas de ésta: de los dos momentos en que se compone la superación, crítica y realización, es sobre todo en el segundo donde se detiene la atención de los situacionistas.

## El sujeto y la creación artística

La crítica del arte, en Jorn tanto como en Debord o en Vaneigem, se resuelve en el fondo en el rechazo de las objetivaciones de la subjetividad creadora. Se trata sustancialmente de un tipo de crítica que permanece dentro del ámbito de la alienación artística, pues entre los dos términos fundamentales en que se articula la experiencia artística, la operación (el acto de crear) y la obra, se propone abolir el segundo sin someter a examen el primero. Dicha crítica, por lo tanto, es víctima de un *conflicto inherente al arte* entre sujeto y objeto<sup>38</sup>.

---

38. De este problema trata *L'alienazione artistica*, cit., pp. 18-34 y 211-12. «Eliminando la obra, la operación se afirma en su autonomía como el único aspecto de la autoconciencia artística: lo que cuenta, desde ese momento,

Los situacionistas llevan a sus máximas consecuencias el aspecto subjetivo de la experiencia artística, y confunden la *cosificación* implícita en la naturaleza de la mercancía con la *objetivación*, la cual puede ser tan auténticamente cualitativa como la subjetividad. «El arte», escribe Jorn, «es la invitación a un derroche de energía [...]. Es la prodigalidad... Se imaginaba que el valor del arte estaba en su duración, en su cualidad. Y se creía que el oro y las piedras preciosas eran valores artísticos, que el valor artístico era una cualidad inherente al objeto en sí. Pero la obra de arte no es otra cosa que la confirmación del hombre como fuente esencial del valor»<sup>39</sup>. En realidad, sin embargo, aquello que hace que el arte sea arte no es su subjetividad, como piensan los situacionistas, ni tampoco su objetividad, como piensa Heidegger, sino un determinado estatus histórico-social de idealidad que afecta tanto al sujeto como al objeto artístico. La polémica en torno a las obras entra dentro del proyecto de una crítica *radical* del arte sólo en la medida en que vaya acompañada de una crítica de la subjetividad artística. La IS, por otra parte, se define a sí misma como «el único movimiento capaz de responder al proyecto del artista auténtico, englobando la supervivencia del arte en el arte de vivir»<sup>40</sup>. Un artista auténtico que sin embargo no consigue todavía superar verdaderamente el arte.

---

no es el producto, sino el *acto* de obrar en su aspecto provisional y su inmediatez. De ahí se deduce que toda obra se percibe como una reificación y la operación artística se identifica sin mediación con la identidad absoluta. Completamente separada de su relación con la obra, la operación adquiere un carácter abstracto: la autorreferencia se vuelve autofundación».

39. IS, IV, pp. 19-20.

40. IS, IX, p. 25.

Tampoco el libro de Guy Debord *La sociedad del espectáculo* (1967), ni el *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones* (1967) de Raoul Vaneigem, van más allá de estos límites. Debord, después de haberse detenido a estudiar el paso del mito religioso al arte moderno, reprocha a este último el haber marcado la pérdida del lenguaje auténticamente comunicativo y plantea su superación de la siguiente manera: «Se trata de poseer efectivamente la comunidad del diálogo y el juego con el tiempo que han sido *representados* por la obra poético-artística»<sup>41</sup>. El defecto fundamental de esta impostación reside en que según ella el límite del arte consiste *únicamente* en la realización ausente, casi como si ésta fuera el designio o la prefiguración ideal de la revolución. A continuación, Debord confirma la existencia de una oposición entre subjetividad artística y obra de arte: «Cuando el arte independizado representa su mundo con colores espléndidos, un momento de la vida ha envejecido y no se deja rejuvenecer con colores espléndidos. Se deja solamente evocar en el recuerdo. La grandeza del arte no comienza a aparecer hasta el crepúsculo de la vida». De forma todavía más clara Vaneigem hace un parangón entre el producto artístico y el sacrificio: «La expresión “hacer una obra de arte” es en sí misma ambivalente. Comprende la experiencia vivida del artista y el abandono de esta experiencia vivida en aras de una abstracción de la sustancia creadora: la forma estética. De esta manera el artista

---

41. G. Debord, *La société du spectacle*, Paris, Buchet/Chastel, 1967, par. 187. Hay varias versiones de *La sociedad del espectáculo* en castellano, la última publicada por Pre-Textos, Valencia, 1999. Se puede consultar otra traducción en castellano en el Archivo Situacionista Hispano: <http://www.sindominio.net/ash/>. [N. del T.]

sacrifica la intensidad vivida, el momento de la creación, a la duración de aquello que crea, al recuerdo imperecedero de su nombre, a su entrada en la gloria fúnebre de los museos. Sin embargo, ¿no es la voluntad de hacer una obra duradera lo que le impide crear el momento imperecedero de la vida?»<sup>42</sup>. El hecho es que la experiencia vivida del artista y la obra constituyen los polos de un *mismo* proceso, en cuyo *interior* se determinan la una a la otra sobre la base de una oposición recíproca. Dicha oposición recíproca se revela precisamente a la mirada de la crítica radical como una consecuencia de la contradicción en la que cae el arte cuando quiere superar sus propios límites y realizarse sin criticar *los dos* aspectos fundamentales en los que se articula. La crítica radical del arte lo es tal, precisamente, en la medida en que *no* es una especie de condena terrorista, sino que reconoce en él la única manifestación positiva de creatividad en el seno de la sociedad burguesa. Mas no por ello debe semejante reconocimiento separarse de la determinación de sus límites —su espiritualismo, su idealismo—, que lo califican precisamente como una *alienación*.

Los situacionistas malentienden este segundo aspecto de la experiencia artística: la alienación artística no consiste en la presencia objetiva de la obra —tal y como ellos sostienen—, sino en un estatus social que comprende tanto el objeto como el sujeto, tanto la obra como el autor. Si es cierto que la poesía es «lenguaje liberado», también lo es que esta liberación no deja de producirse desde la separación y en la

---

42. R. Vaneigem, *Traité du savoir-vivre à l'usage des jeunes générations*, Paris, Gallimard, 1967, p. 115. Anagrama publicó la versión castellana del *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*, traducida por Javier Urdanibia, en 1977. Hay reedición de 1998. [N. del T.]

impotencia, y ello no por el hecho de producir un poema, sino porque se manifiesta en un hablar y en una palabra distintos del hablar y la palabra comunes: la poesía monopoliza el sentido en una sociedad en la cual la economía monopoliza la realidad. Los situacionistas determinan el límite de la poesía *únicamente* en su aspecto objetivo de producción de obras, mientras que identifican completamente la subjetividad artística con la subjetividad revolucionaria: no caen en la cuenta de que la subjetividad artística no es menos impotente ni está menos alienada que su objetividad. La poesía no es «comunicación inmediata en lo real y modificación real de lo real»<sup>43</sup>, sino que es la idea misma de la comunicación expresada en el contexto de una estructura social en la cual el único lenguaje *real* es la mentira. Incluso si admitimos que en los periodos de reflujo del movimiento revolucionario, «los círculos de la aventura poética permanecen como los únicos lugares donde subsiste la totalidad de la revolución como virtualidad desapercibida pero próxima, como la sombra de un personaje ausente», no es legítimo inferir de ahí que la revolución deba ponerse al servicio de la poesía; de hecho, el sentido cultivado en el aislamiento y en la alienación se pervierte fatalmente y no puede hacer las veces de consigna revolucionaria que sólo espera ser seguida. Los poetas y los artistas que tienden a la superación de la poesía y del arte critican tanto sus obras como a sí mismos; en cambio, el propósito de la IS de hacer «una poesía *necesariamente* sin poemas» no llega a ser una verdadera crítica radical del arte. Lo cual, por otra parte, se deduce asimismo de sus auto-

---

43. IS, VIII, p. 31.

definiciones: «Nosotros somos artistas únicamente en la medida en que ya no somos artistas: nosotros realizamos el arte»<sup>44</sup>. Al parecer, para los situacionistas al arte sólo le faltaría la realidad para ser revolución.

## El sectarismo de la Internacional Situacionista

La consecuencia más importante de la falta de una crítica de la subjetividad artística es el sectarismo. Y es que precisamente es una característica de la autoconciencia artística el creerse una totalidad realizada, en la medida en que es ella quien tiene el monopolio del sentido (por mucho que se trate de un monopolio ideal, pues eso la autoconciencia artística no lo sabe)<sup>45</sup>. Así, la subjetividad tiende en la IS a presentar-

---

44. *IS*, IX, p. 25.

45. Ver *L'alienazione artistica*, pp. 19-20. «La autoconciencia artística estima haber destruido la realidad y se plantea a sí misma como totalidad realizada. Sin embargo, sólo consigue ser consciente de sí misma en el momento en que existe en tanto que categoría autónoma. Aquí reside su paradoja fundamental: la de una parte que se vuelve autónoma en el momento en que se plantea como todo. Esa pretensión de totalidad que es la suya no es sin embargo una ilusión o un engaño: no sólo, desde su punto de vista, es efectivamente tal, sino que contiene potencialmente el sentido de todo lo que le es exterior. La poesía puede hablar de todo, de cualquier modo; el teatro puede imitar cualquier acción, en cualquier lugar; las artes figurativas pueden representar cualquier cosa, en el material que sea. No sólo el arte puede tratar o representar cualquier objeto, sino que se apodera hasta tal punto del sentido de objeto tratado o representado que vuelve inútil su supervivencia. (...) [La categoría artística] se manifiesta como conciencia de la totalidad autónoma en la medida en la que se coloca como categoría

se como un *absoluto*. Se trata sin embargo de una subjetividad despojada –al igual que en las experiencias más elevadas del arte moderno– de todos los aspectos privados y particulares: es un *puro acto de creación*. Esta subjetividad radical, definida por Vancigem como «la conciencia de que todos los hombres obedecen a una misma voluntad de realización auténtica y que su subjetividad es reforzada por esta voluntad subjetiva percibida en los otros»<sup>46</sup>, no puede manifestarse, al menos en las actuales circunstancias, *más que de una manera*: a un tiempo como *universal y única*. «Los hombres reconocerán en breve que su creatividad individual no se diferencia de la creatividad universal». La IS es el lugar de este encuentro, por ser precisamente «una micro-sociedad cuyos miembros se reconocerían en base a un gesto o pensamiento radicales, y a los que una filtración teórica cerrada mantendría en un estado de eficacia práctica permanente».<sup>47</sup> Al constituir la quintaesencia de la subjetividad revolucionaria, la IS liberará la creatividad de todos los hombres. De esta manera, el justo rechazo de la multiplicidad ecléctica se transforma en dog-

---

separada. La razón de esto reside en la naturaleza ideal, espiritual de tal totalidad que sin embargo de percibe a sí misma como autónoma y autodeterminada. Esa idealidad del arte es complementaria de la materialidad de la economía: espíritu y materia, alma y cuerpo, sentido y realidad (...) La autoconciencia artística estima poder asimilar la realidad exterior de toda operación y de todo producto, monopolizando en sí misma su sentido; en consecuencia, considera tal realidad exterior como pura apariencia. Su idealismo no le aparece jamás como tal, pero es un descubrimiento de la crítica radical».

46. Vancigem, *op. cit.*, pp. 202-203.

47. *Ibíd.* p. 206.

matismo de la unidad. Para cada problema no existe más que *una sola* respuesta revolucionaria, que es aquella de la IS: sumergiéndose en la autenticidad de la propia experiencia vivida, cada situacionista habrá de encontrar esa respuesta espontáneamente, incluso al margen de todo acuerdo o búsqueda con sus compañeros. La verificación en estos de su propia voluntad no será sino la confirmación sucesiva, y en el fondo no esencial, de su absolutismo. La IS se convierte de esta manera en «una Conspiración de los Iguales»: los situacionistas son intercambiables entre sí precisamente porque prescinden de todos los aspectos cualitativos e inalienables, aspectos que tienden a sustituir por una figura, un rol abstracto que ellos justifican apelando a una pretendida función histórica trascendente.

La legítima repulsa del mundo cultural, que a través de una densa red de solidaridad conecta distintos tipos de resignación, autoriza, a su parecer, la práctica de la ruptura «en cadena», en virtud de la cual la IS rechaza toda relación con sus enemigos y «con cualquiera que se comprometa con ellos». Dicha práctica, que será cada vez más a menudo practicada por la IS, parte directamente del presupuesto de una identidad absoluta de los situacionistas entre ellos. A la etiqueta de «situacionista» se le confiere el mérito de cavar un foso entre revolucionarios e intelectuales; sin embargo, paradójicamente, la dimensión absoluta y dogmática que los situacionistas atribuyen a la propia subjetividad tomará relativo y arbitrario al máximo el uso de los instrumentos de la expulsión y de la ruptura en cadena, que precisamente estaban llamados a ser las últimas garantías de la pureza de la IS. Su loable propósito de rechazar discípulos y no sembrar en el mundo más que personas autónomas choca con la afirmación según la cual la

IS «detenta el monopolio provisional del empleo de la dialéctica»<sup>48</sup> y que una de las condiciones de admisión en la IS sea la de «poseer genio»<sup>49</sup>: una vez más el desconocimiento del origen y del carácter artístico de la subjetividad situacionista les lleva a transformar lentamente las exigencias fundamentales de una experiencia revolucionaria en un dogmatismo sectario que se contempla a sí mismo. El narcisismo individualista del artista se transforma en un narcisismo de grupo sin abandonar por ello lo esencial de su naturaleza. Ya no es el individuo el que se antoja una totalidad, sino la organización. En el fondo ésta ocupa el lugar de la obra de arte: la revista misma tiende a convertirse en una meta-revista cuyo único argumento verdadero es la propia IS. El punto culminante de esta tendencia es el número nueve (agosto de 1964), que está generosamente dedicado a sí mismos: los situacionistas se definen, examinan su pasado, delinean el proyecto de su desarrollo futuro, responden a dos cuestionarios sobre la IS, se auto-citan prolijamente o reproducen una carta del «cibernético» Moles acompañada de una respuesta suya ejemplar. Con todo esto no se pretende negar la importancia de la crítica que los situacionistas vierten sobre sí mismos, sobre sus actividades pasadas o sobre la propia posición en el movimiento histórico; al contrario, semejante autocrítica es el fundamento mismo de la lucidez. Lo que ocurre es que todo este esfuerzo de clarificación debe partir siempre del presupuesto de que, incluso en el momento de mayor reflujo del movimiento revolucionario, una organización aislada *no* es nunca la totali-

---

48. *IS*, IX, p. 4.

49. *Ibíd.*, p. 43.

dad y no detenta jamás el monopolio de la conciencia y del sentido. Semejante pretensión es precisamente lo que convierte al arte en el reverso de la realidad sin conciencia, en el reverso de la economía misma. Dejar de creerse a sí mismo una totalidad es por lo tanto el primer paso hacia la superación efectiva del arte: un paso que los situacionistas nunca fueron capaces de dar.

## LA TEORÍA CRÍTICA DE LA SOCIEDAD

### Hacia nuevas formas de expresión

La ruptura con el ala artística, representada por Pinot-Gallizio, Constant, Jorn, los alemanes y los escandinavos, va a permitir a la IS desarrollar, a partir de 1962, su propósito de elaboración de una teoría crítica de la sociedad neocapitalista. El porqué de este viraje decisivo, interpretado en los ambientes artísticos como un abandono en toda regla por parte de la IS de la tarea creativa que se había impuesto (así como de las posibilidades que se le ofrecían en el plano de las realizaciones prácticas), hay que buscarlo en el intento de superar el ámbito de la creación artística en aras de una creatividad social-revolucionaria, en el rechazo a una fácil asimilación en el modernismo y en la necesidad de soldar, de la manera más clara posible, la aventura de las vanguardias al proceso de auto-emancipación del proletariado. Ciertamente ello comportaba la elección de una forma de actuar basada sobre todo en la palabra hablada y escrita, pero sin excluir tampoco la posibilidad de expresarse por otros medios (imágenes y objetos). Buena muestra de ello son los anti-cuadros de Michèle Bernstein, que retoman el género de la pintura de batallas

sólo para trastocar la intención conmemorativa, en el sentido de transformar las derrotas históricas de la revolución en victorias (por ejemplo, *Victoria de la Comuna de París*, *Victoria de los Consejos Obreros en Budapest...*), los comics situacionistas, que atribuyen nuevos contenidos revolucionarios a viñetas tradicionales, las construcciones de J.V. Martin, que representan pequeñas naves con destino a «un territorio para la recreación de la vida», o los *Nothing Boxes* de René Viénet<sup>50</sup>. Son todas ellas tentativas, modestas quizás, de comunicar el disenso y la revuelta usando medios no verbales, y permaneciendo resueltamente fuera de la obra de arte. Se trata de experiencias que entran dentro del ámbito del *desvío* y que, por lo tanto, pertenecen a una esfera esencialmente ajena al arte, del cual aspiran a ser una superación.

## Crítica del neocapitalismo

Entre los años 1962 y 1966 el interés fundamental y la ocupación principal de la IS está dirigida a la formulación de la *teoría crítica de la sociedad neo-capitalista*: «Nuestra fuerza», decía Kotányi en plena polémica con el ala artística, «está en la elaboración de algunas verdades que, desde el momento en que haya personas dispuestas a luchar por ellas, tienen los poderes destructivos del explosivo»<sup>51</sup>. Lo que falta, según los situacionistas, no es tanto la realidad de la subversión como su conciencia, su teoría: la revuelta de la juventud (los Teddy

---

50. Ver el folleto *Ny-irrealisme*, Copenhague, 1967.

51. IS, VII, p. 27.

Boys), los actos salvajes de contestación y vandalismo (como fue la sublevación de los obreros napolitanos el 9 de febrero de 1961 contra los medios de transporte y los símbolos del bienestar) escenifican, bajo un aspecto espontáneo e inconsciente, la protesta contra la sociedad de consumo. A medida que la vieja teoría revolucionaria va siendo incapaz de entender y explicar las nuevas formas de agitación, la actividad teórica que la IS se propone desempeñar va ganando en importancia y en urgencia: «A diferencia del viejo utopismo, en el que algunas teorías afectadas de arbitrariedad avanzan más allá de toda práctica posible (aunque no sin dar sus frutos), existe ahora, en el conjunto de la problemática de la modernidad, una abundancia de nuevas prácticas que buscan su teoría<sup>52</sup>. La relación entre realidad e imaginación, entre movimiento histórico y esperanzas individuales, ha sido trastocada. La conciencia de vivir en una época absolutamente nueva —el hiperfuturismo situacionista— se expresa mediante la evidencia que aporta una simple lectura de los hechos: «La nueva teoría que nosotros edificamos, no obstante la apariencia insólita y demencial que reviste a los ojos del conformismo contemporáneo, no es otra cosa que la teoría para un nuevo momento histórico que es ya la realidad presente; la cual no es transformable más que con el progreso de una crítica exacta». Tras citar la frase de Marx: «No basta con que el pensamiento busque la realización, también es preciso que la realidad busque el pensamiento», los situacionistas concluyen así: «Basta emprender el desciframiento de las informaciones tal y como aparecen en cada momento en la prensa más accesible para

---

52. IS, VIII, pp. 9-10.

«obtener una radiografía cotidiana de la realidad situacionista. Los medios de este desciframiento consisten esencialmente en la *relación* que debe establecerse entre los hechos y la coherencia de algunos temas que la iluminan totalmente»<sup>53</sup>.

## Crítica del funcionalismo urbanístico

El primer tema a tener en cuenta en la teoría situacionista es el «urbanismo». La ruptura con Constant representa el rechazo definitivo a separar la renovación urbana de la revolución total de la vida: según la IS, las oportunidades de realización práctica que se ofrecen a los arquitectos revolucionarios son de carácter fatalmente reformista. Creer que es posible cambiar las condiciones de existencia simplemente mediante la construcción de nuevas estructuras urbanas significa seguir siendo víctima de un punto de vista, el del especialista, que se halla sustancialmente al servicio del orden social existente. La actividad de Constant se mueve por tal motivo en un contexto de reformismo modernista destinado a «perfeccionar precisamente el condicionamiento que se trata de abolir». La polémica contra el funcionalismo tiene una orientación auténticamente revolucionaria sólo en la medida en que vaya ligada a la contestación total de la sociedad pues, de otra manera, no hará sino reforzar los controles existentes, revelándose el obstáculo más insidioso para el advenimiento de una crítica radical. Por lo tanto, toda realización práctica deberá ser diferida al momento en que la dictadura anti-estatal del proletariado

---

53. IS, IX, p. 6.

reconstruya íntegramente el territorio de acuerdo con sus necesidades. La tarea de la IS no es tanto la prefiguración utópica de tal momento como el rechazo y la condena del urbanismo en el poder.

La sociedad burocrática neocapitalista tiende a apoderarse del espacio de forma totalitaria. Y el urbanismo es precisamente el medio de esta apropiación, la escenografía de una organización de la vida modelada a partir del campo de concentración. Su vocación esencial es aislar a los individuos en la célula familiar, reducir sus posibilidades de acción a una elección entre un pequeño número de comportamientos preestablecidos e integrarlos en pseudo-colectividades que, como la fábrica, el bloque o el pueblo de vacaciones, permiten su control y manipulación<sup>54</sup>. El *Programa elemental* de la oficina de urbanismo unitario, transferido de Ámsterdam a Bruselas y dirigido por Kotányi y Vaneigem, afirma: «Cada planificación urbana se comprende únicamente como espacio de la publicidad-propaganda de una sociedad, es decir, como la organización de la participación en algo en lo que es imposible participar»<sup>55</sup>. Por mucho que el poder se esfuerce en justificar las innovaciones técnicas con el chantaje de la utilidad, no consigue ocultar que aquéllas no van destinadas al proletariado, sino que están diseñadas sin él y contra él. Por ejemplo, la prioridad concedida a la circulación automovilística en las planificaciones urbanas con el argumento de favorecer la movilidad y los transportes perfecciona el aislamiento y favorece la identificación total del individuo con su rol social.

---

54. Debord, *op. cit.*, p. 140.

55. IS, VI, p. 16.

La polémica contra el urbanismo desatada por los situacionistas no implica una nostalgia por formas de habitar ya definitivamente pasadas, como pueden ser la pequeña villa familiar o la comunidad primaria. Las condiciones de vida de una sociedad que ya se ha convertido en totalitaria no podrán ser reemplazadas con el retorno a ideologías más o menos arcaicas, sino mediante «la liberación de un instinto de construcción actualmente reprimido en todos nosotros». Lo cual no quiere decir que debemos todos convertirnos en aprendices de obra: la construcción de la que habla la IS no es tanto la de la propia casa como la de la propia vida, la cual no puede realizarse sin la autogestión total de todos los aspectos de la existencia. Si «habitar significa estar en cualquier parte como en la propia casa», en las condiciones actuales nadie habita realmente, sino que más bien «es habitado por el poder». El primer paso hacia la emancipación consiste en dejar de identificarnos a nosotros mismos con el ambiente y con las conductas-modelo: en un contexto en el que la producción capitalista procede a una homogeneización y unificación totalitaria del espacio que hace equivalentes los lugares y suprime el sentido del viaje, los individuos y las comunidades que pretendan apropiarse de su historia total deberán considerar su propia vida «como un viaje cargado en sí mismo de sentido». Sólo así podrán contrarrestar felizmente la tendencia implícita en el urbanismo de transformar la ciudad (centro por excelencia del devenir histórico que concentra a la vez el poder social y la conciencia del pasado) en un lugar de ausencia histórica cuyo lema bien podría ser: «Aquí no sucederá nunca nada, y nunca sucedió nada»<sup>56</sup>.

---

56. Debord, *op. cit.*, p. 144.

Sin embargo, el interés de los situacionistas por el urbanismo, entendido también en términos de teoría crítica que rechaza toda aplicación práctica, fue rápidamente disminuyendo. Después del número seis de la revista (1961), que está en gran medida dedicado a estos temas, la referencia al urbanismo será puramente ocasional; y el libro de Debord *La sociedad del espectáculo* los retoma únicamente con el fin de exponer de manera más exhaustiva las argumentaciones al respecto. En efecto, se diría que en este punto los situacionistas se encontraron frente a una falsa alternativa entre la adoración de los instrumentos operativos existentes (que garantizan el progreso de la búsqueda al precio de su integración en el reformismo capitalista) o el reenvío de todo ulterior desarrollo de la cuestión a las decisiones de los Consejos Obreros después de la revolución. El primer camino fue precisamente el que eligió Constant, mientras que la IS optó por la segunda vía. Aunque lo cierto es que existía en la IS una problemática urbanista más amplia que aquella que luego sería efectivamente desarrollada, y susceptible de evolucionar en al menos cuatro direcciones distintas, si bien sustancialmente convergentes. En primer lugar, las consideraciones fragmentarias de Asger Jorn sobre la geometría, que ponen en evidencia los presupuestos cuantitativos y abstractos de la concepción occidental del espacio<sup>57</sup>, pueden ser objeto de un estudio crítico general que profundice más en este tema, y que subraye también la urgencia de inventar medios alternativos capaces de suministrar una *representación cualitativa del espacio*. En segundo lugar, la propuesta de crear algunas bases situacionistas

---

57. *IS*, IV, pp. 26-30; V, pp. 42-44.

para una vida experimental –formulada inicialmente por Kotányi y retomada más tarde por Trocchi– abre *la vasta problemática de las comunas*. ¿de qué manera y en qué condiciones es posible sustraer una zona espacio-temporal, por restringida que sea, al condicionamiento del poder? ¿Cómo podría el carácter necesariamente privado y limitado de tales empresas contener en sí mismo la propia negación y la propia superación en la dimensión pública y social implícita en la iniciativa revolucionaria? En tercer lugar, el rechazo a identificarse con la propia casa abre la vía a una consideración del sentido revolucionario del *nomadismo hippy*. En definitiva, el reconocimiento del carácter inseparable de la crítica del urbanismo y la insurrección proletaria, respectivamente, debería llevar a la adopción de un *programa* similar al propuesto por *Lotta Continua* bajo el eslogan «Tomemos la Ciudad», o por la acción de la Unión de Inquilinos, que rechaza pagar el alquiler<sup>58</sup>.

## La revolución de la vida cotidiana

Otro de los temas clave para la crítica situacionista es el de la «vida cotidiana». El concepto de vida cotidiana nace del contexto sociológico como contrapuesto a la actividad especializada, como aquello que queda cuando se prescinde de esta última. Sin embargo ello no implica que la vida cotidiana deba tener un carácter marginal y secundario. Nada más lejos

---

58. Ver *Lotta Continua*, 11 de diciembre de 1970 y 11 de junio de 1971; *Il Re Nudo*, diciembre de 1970.

de la realidad. En su artículo «Perspectivas de modificación consciente de la vida cotidiana» Debord nos dice que ésta es «la medida de todo: de la plenitud o más bien de la no plenitud de las relaciones humanas; del empleo de tiempo vivido, de las búsquedas del arte; de la política revolucionaria»<sup>59</sup>. Así concebida, la vida cotidiana indica el aspecto vivido de la existencia, el sentido general del vivir en su concreción, el equilibrio de sacrificios y gratificaciones que permite «ir tirando» y en el que se basa por ello también la posibilidad de desarrollar actividades especializadas. El desinterés por la vida cotidiana no deriva en absoluto de su irrelevancia objetiva sino que, al contrario, es una reacción de defensa ante la conciencia de su miseria real, de su pobreza escandalosa, insostenible. La vida cotidiana es objeto de una degradación continua porque es el lugar de todas las verdaderas posibilidades que han fracasado y de todos los deseos auténticos que han sido reprimidos por la organización capitalista del trabajo. La sociedad neo-capitalista y burocrática tiende a anular la vida cotidiana —reduciéndola a la categoría especial del tiempo libre— precisamente porque ésta, al plantear todas las cuestiones de manera unitaria, está en condiciones de emitir una condena total contra aquélla. Por este motivo, el esfuerzo más profundo del reformismo se dirige precisamente a la colonización de la vida cotidiana por medio del espectáculo, las compensaciones y la introducción de técnicas que condicionan de manera subrepticia el comportamiento y reducen la novedad a su mínima expresión. Pero esta colonización crea, según Debord, nuevas contradicciones: si en un sentido el neo-capitalismo,

---

59. *IS*, VI, p. 21.

en la medida en que se asienta en la explotación, está constreñido a repetir el elogio tradicional del trabajo, de la acumulación y del ahorro, por otro lado, al depender también para su supervivencia del aumento del consumo, ha de admitir con franqueza que el tiempo de trabajo es un tiempo perdido y presentarnos la felicidad bajo el aspecto de una confortable pasividad. El proyecto revolucionario debe estar a la altura de estas transformaciones, pero sin embargo su gestión política es del todo inadecuada y, es más, encarna de hecho una de las tantas especializaciones al servicio de la sociedad burguesa. Los así llamados países socialistas en realidad no pasan de ser burocracias reaccionarias: la prueba es que nada han hecho por cambiar la vida cotidiana del proletariado. Ya en el segundo número de la revista se decía: «El pensamiento revolucionario debe hacer la crítica de la vida cotidiana de la sociedad burguesa; difundir una idea distinta de la felicidad. La izquierda y la derecha coincidían en una imagen de la miseria que es la de la privación alimenticia. Izquierda y derecha estaban también de acuerdo en la imagen de la buena vida. He aquí la raíz de la mistificación que ha deshecho el movimiento obrero en los países industrializados. La propaganda revolucionaria debe presentar a cada uno la posibilidad de un cambio personal profundo, inmediato»<sup>60</sup>.

Todas estas determinaciones revelan no obstante una cierta ambigüedad: el concepto situacionista de vida cotidiana, por un lado, designa las condiciones objetivas de desposeimiento y alienación a las que la sociedad capitalista y burocrática constriñe la cotidianidad, mientras que por otro

---

60. *IS*, II, p. 10.

lado se refiere a las potencialidades, a la riqueza y a la energía inherentes a esa misma cotidianidad; es decir, por un lado la vida cotidiana es objeto de una crítica que parte de la lucha revolucionaria, mientras que por otro lado es sujeto de una crítica que se ejercita sobre todo aquello que le es externo. Así, unas veces parece que la vida cotidiana actual es el lugar de una absoluta negatividad, mientras que en otras ocasiones se sostiene que el desarrollo del movimiento revolucionario sólo depende de su expansión. Esta ambigüedad no es una polaridad dialéctica, pues en definitiva el sujeto del proceso revolucionario es distinto en ambos casos: en el primer caso el sujeto lo constituye la lucha de la clase proletaria, de alguna manera externa —o al menos distinta— de la vida cotidiana; pero en el segundo caso es la vida cotidiana misma la que, como experiencia vivida, es el punto de partida de toda liberación. El primer concepto de vida cotidiana, en el fondo, no se diferencia de aquel otro que proponía la sociología burguesa, e indica el dominio totalitario de la economía sobre la vida presente: entre la cotidianidad actual y la vida en la sociedad revolucionaria no existe vínculo alguno. En cambio, la segunda noción de vida cotidiana es de origen existencial: le atribuye a la misma una tal plenitud subversiva que ya no es posible discernir los límites históricos; la mera conciencia subjetiva radical basta para hacer la revolución, es más, ella misma es la revolución. La primera noción atribuye a la vida cotidiana *demasiado poco*; la segunda, *demasiado*.

Estas dificultades latentes en el texto de Debord sobre la vida cotidiana tampoco se plantearán abiertamente en las sucesivas ilustraciones de otros situacionistas sobre el mismo tema. La polémica —virulenta— en torno a aquéllas sólo se producirá a lo largo de 1970 y lo hará fuera de la IS, en el seno

del grupo Informations Corréspondances Ouvrières (ICO)<sup>61</sup>, entre los que sitúan lo esencial del proceso revolucionario en la lucha dirigida por el proletariado en los lugares de producción y aquellos que atribuyen un sentido y un valor verdaderamente revolucionario exclusivamente a las acciones capaces de producir, al nivel de la vida cotidiana, un «desbloqueo psicológico» tal como para permitir a la subjetividad individual manifestarse en toda su exuberante riqueza<sup>62</sup>. Lo que está claro es que, mientras los primeros infravaloran la importancia de la experiencia vivida del deseo y la imaginación, los segundos la sobrevaloran, con lo que la tendencia al determinismo de los primeros se corresponde con la tendencia al voluntarismo de los segundos. En el fondo, los primeros no llegan a explicar la reiterada derrota histórica del movimiento proletario, mientras que los segundos no son capaces de justificar las razones del fracaso actual de la revolución. Si por un lado la lucha de clases del proletariado en los lugares de trabajo ha existido siempre y no ofrece por ello en sí misma ninguna garantía de una próxima victoria definitiva, por el otro el deseo y la imaginación cotidianos, que deberían por su propia plenitud ser los detonadores fundamentales del estallido insurreccional, al revelarse inadecuados a su objetivo, llevan a un delirio monomaniaco.

La jornada del trabajador transcurre ciertamente en la fábrica o en la oficina, y está condicionada al máximo por la una y la otra. Este condicionamiento, sin embargo, no se sufre de

---

61. Boletín mensual de información sobre las luchas obreras.

62. Ver *ICO*, núms. 97-98 e *ICO-Liaison*, núm. 1. Fotocopias de *ICO* pueden ser pedidas a la revista *Echanges*, BP 241, 75866 París Cedex 18, Francia. [N. del T.]

manera pasiva, sino que encuentra una oposición permanente en la lucha de clases y en la subjetividad: la «vida cotidiana» está por eso constituida por estos dos factores. Ambos son potencialmente subversivos, aunque considerados aisladamente son insuficientes para determinar la insurrección revolucionaria. Esta última sólo podrá resultar de su conjunción consciente<sup>63</sup>.

## Vida y supervivencia

Los modos en que los situacionistas desarrollaron la problemática en torno a la vida cotidiana les condujeron a la distinción entre *vida* y *supervivencia*. A comienzos de los años sesenta la condición humana parecía estar determinada por el «equilibrio del terror» entre las grandes potencias, mediante el cual éstas procedían a la estabilización interna de su dominio en la esperanza de su ilimitada pervivencia. La pretensión fundamental del poder, sea éste neocapitalista o burocrático, es la organización detallada y capilar de un estado de narcosis, de pasividad y de docilidad que se parece a un suicidio diferido e implica la renuncia total de los sometidos a cualquier actividad creativa o iniciativa autónoma: el refugio antiatómico, que reproduce en el subsuelo las condiciones habituales de existencia doméstica, ilumina la miseria de esta última y revela su carácter de supervivencia. La casa moderna y el refugio parecen así asimilarse y confundirse en la idea de una «tumba familiar para ser habitada con carácter preventi-

---

63. Ver «Per una chiarificazione del concetto di vita quotidiana», *Agaragar*, núm. 2

vo»<sup>64</sup>. Según Raoul Vaneigem, la introducción de medios técnicos susceptibles de combatir la muerte, el sufrimiento, el malestar y la fatiga de vivir va de la mano con el proceso a través del cual «la muerte se instala como una enfermedad incurable en la vida de cada uno»<sup>65</sup>. La sociedad neocapitalista crea innumerables necesidades ficticias sin dar satisfacción a las fundamentales: sus productos conservan en sí mismos una carencia esencial de sentido y de calidad no suplida por su mera abundancia cuantitativa. «Sobrevivir», concluye Vaneigem, «nos ha venido impidiendo vivir. De ahí que haya que esperar mucho de la imposibilidad de supervivencia, la cual se anuncia ya con una evidencia que crece a medida que las comodidades y la sobreabundancia en el marco de la supervivencia empujan al suicidio o a la revolución».

Al desarrollo e ilustración de estos argumentos está dedicada toda la primera parte del *Tratado...* de Vaneigem, que lleva por título, precisamente, «La perspectiva del poder». Se trata de una crítica de la sociedad burguesa desde el punto de vista de la subjetividad radical: «Todo parte de la subjetividad», escribe Vaneigem, «y nada se detiene en ella... La lucha de lo subjetivo contra aquello que lo corrompe extiende ya los límites de la vieja lucha de clases, renovándola y agudizándola. La toma de partido por la vida es una toma de partido política. No queremos saber nada de un mundo en el que la garantía de que no moriremos de hambre se paga con el riesgo de morir de aburrimiento»<sup>66</sup>.

---

64. *IS*, VII, p. 7.

65. *Ibid.*, p. 33.

66. Vaneigem, *op. cit.*, p. 8.

Más tarde me detendré en el concepto de «subjetividad radical» y sus límites. Lo oportuno ahora es en cambio ilustrar las características atribuidas por Vaneigem a la *superivencia*, articuladas en tres formas generales de frustración y de impotencia: la participación imposible, la comunicación imposible y la realización imposible. La primera se manifiesta a través de varios mecanismos de usura y destrucción: la humillación —la sensación de ser un objeto—, que es fuente de la envidia y de los celos; el aislamiento, que se mantiene y se consolida mediante la ilusión de «estar juntos» y las relaciones neutras; el sufrimiento, que constituye la base más sólida del poder jerárquico y crea a los asesinos funcionales al orden establecido; el trabajo, que en las condiciones dispuestas por el capitalismo y la economía soviética se identifica con la esclavitud; y por último, la descompresión, es decir, toda la serie de alternativas ficticias, el control permanente ejercido por la clase dominante sobre los antagonismos. La comunicación queda imposibilitada por la acción de la dictadura del consumo —la falsa felicidad que el poder concede y cuya medida es la posesión cuantitativa de cosas miserables—, por el intercambio que anula la dimensión cualitativa de los objetos, por el uso alienado de la técnica, por el imperativo económico que pretende imponer al conjunto de los comportamientos humanos el baremo de la mercancía y por las mediaciones abstractas que escapan al control de los subordinados. Por último, el poder actúa también a través de un conjunto de falsos atractivos, de seducciones que imposibilitan toda realización: el sacrificio de inspiración cristiana, humanista o socialista mutila en todo caso al individuo y lo construye al masoquismo; la separación, que es la base de la organización social, queda oculta por una serie de ideologías pseudo-comu-

ritarias que van desde el nacionalismo al espíritu corporativo; la organización de la apariencia impone la adoración de compensaciones espectaculares; los roles que permiten a los individuos identificarse con un estereotipo ofrecen un consuelo neurótico, reduciendo al individuo a una caricatura y anulando la posibilidad de la experiencia vivida; por último, el tiempo cronológico y exterior impone el rol de la edad, en el cual se invita a la subjetividad a reconocerse. El problema fundamental al que se enfrenta la sociedad de hoy es el de la superación: «todo lo que no está superado», concluye Vaneigem, «se pudre, todo lo que se descompone incita a la superación... La supervivencia es la no-superación devenida invivible»<sup>67</sup>.

### Popularidad virtual de los situacionistas

Como hemos visto, en conjunto el concepto de *supervivencia* es sin lugar a dudas más claro, menos ambiguo que el de *vida cotidiana*. La de supervivencia es una noción que hace referencia a la pura negatividad, a la total reducción al imperativo económico y a la completa subordinación psicológica a la sociedad del espectáculo. El problema se plantea a la hora de preguntarnos hasta qué punto esa cosificación social generalizada es la condición psíquica real de la sociedad, o si se trata más bien de la utopía irrealizable del poder. En el primero de estos supuestos el examen de Vaneigem debería entenderse como un análisis de la realidad vivida, mientras que en el segundo vendría a ser el mero punto de vista del poder. En

---

67. Ibid. p. 161.

el primer caso estaríamos ante un estado de cosificación psicológica total y sin salida concebible, mientras que en el segundo nos hallaríamos a contrapelo de un proceso histórico cuyo motor es siempre la vida, es decir, la iniciativa proletaria. De estas dos interpretaciones es la segunda la auténticamente situacionista. Tal y como se dice en la revista, «nosotros somos totalmente populares, no tomamos en consideración más que los problemas que penden ya sobre toda la población. La teoría situacionista es como el pez en el agua. Frente a todos aquellos que piensan que la IS constituye una fortaleza especulativa, nosotros afirmamos lo contrario; estamos a punto de disolvernó en la población que vive a cada instante nuestro proyecto, al vivirlo primero —claro está— en forma de carencia derivada de la represión»<sup>68</sup>. En otro lugar la IS hace un parangón entre la situación del lenguaje y la del proletariado, para reafirmar el radical extrañamiento de ambas con respecto al uso que de ellas hace el poder<sup>69</sup>. Sin embargo en el libro de Vaneigem, como se verá más adelante, la iniciativa proletaria se concibe siempre en el marco de una subjetividad radical que en el fondo tiene un origen y una naturaleza artística, lo cual constituye el límite fundamental de la oposición entre *vida* y *supervivencia*. Pues ambos conceptos, en efecto, según los ilustra Vaneigem, en el fondo designan, respectivamente, la subjetividad artística y todo aquello que se le opone. Si esta impostación tiene el mérito de poner en evidencia el carácter profunda y esencialmente revolucionario de la experiencia artística, su límite consiste, en sentido propio,

---

68. IS, VII, p. 17.

69. IS, VIII, 29.

en su pretensión de hacer pasar a esta última por una totalidad, aunque sea potencial. También lo negativo, es decir, la perspectiva del poder (el ámbito de la *supervivencia*), es por la misma razón algo *más amplio* de lo que piensa Vaneigem. Lo cual, desde luego, no excluye (más bien convalida) la condena inapelable pronunciada por el propio Vaneigem contra todo aquello que él considera comprendido en la noción de supervivencia.

### Crítica de la sociedad del espectáculo

La crítica de la sociedad moderna está comprendida de forma más objetiva en el libro *La sociedad del espectáculo*, de Guy Debord. En él el carácter fundamental de la alienación contemporánea se concreta en el estado de pasividad contemplativa producido por el neo-capitalismo. Esta dimensión espectacular «no es un conjunto de imágenes, sino una relación social entre personas mediatizada por imágenes» (tesis 4) que hunde sus raíces en la economía. De hecho, el espectáculo es al mismo tiempo el resultado y el proyecto del modo de producción existente; es el producto por excelencia de la sociedad actual, que se identifica con la economía que se desarrolla para sí misma: con «el momento en el que la mercancía ha logrado la *ocupación total* de la vida social» (tesis 42). Debord precisa: «El espectáculo es la otra cara del dinero; el equivalente general abstracto de todas las mercancías. Pero si el dinero ha dominado la sociedad como representación de la equivalencia central, es decir, del carácter intercambiable de bienes múltiples cuyo uso seguía siendo incomparable, el espectáculo es su complemento moderno desarrollado donde

la totalidad del mundo mercantil aparece en bloque, como una equivalencia general a lo que el conjunto de la sociedad puede ser o hacer. El espectáculo es el dinero que *solamente se contempla*, porque en él ya se ha intercambiado la totalidad del uso con la totalidad de la representación abstracta. El espectáculo no es sólo el servidor del *seudo-uso*, él es ya en sí mismo el *seudo-uso de la vida*» (tesis 49). Su escala mundial se presenta de dos maneras: como espectacular concentrado, que es la forma que adopta sobre todo en los regímenes de capitalismo burocrático, en los que la clase dirigente, propietaria del trabajo social total, no deja a las masas explotadas margen de elección alguno y se impone mediante una violencia permanente; o bien como espectáculo difuso, como acompañamiento del desarrollo no perturbado del capitalismo moderno en el que las mercancías concretas se enfrentan en una lucha de la cual todas quieren salir victoriosas. En ambos casos, «el espectáculo es la *afirmación* de la apariencia y la afirmación de toda vida humana, es decir social, como simple apariencia» (tesis 10). Por lo tanto, para la teoría crítica se revela como «la negación visible de la vida», es decir, «como una negación de la vida que ha llegado a ser visible».

Al subrayar el aspecto económico del espectáculo y su función objetiva en la sociedad burguesa, Debord elude las dificultades implícitas en la descripción psicológica que hacía Vaneigem. Y sin embargo no por ello su libro deja de suscitar otras perplejidades, incluso mayores. Si bien es verdad que en un cierto sentido Debord es heredero de la concepción tradicional del marxismo que atribuye un sentido históricamente progresista y revolucionario al desarrollo de la burguesía, del capitalismo industrial y de la ciencia, por otro lado no deja de afirmar que «el *sujeto* de la historia no puede ser sino

lo viviente produciéndose a sí mismo» (tesis 74), que «el proletariado sólo puede ser él mismo el poder si se transforma en *la clase de la conciencia*» (tesis 88) o que el proyecto de la revolución «no puede ser él mismo *científico*» (tesis 82). Debord intenta conciliar estas dos tendencias opuestas distinguiendo la originalidad del papel histórico desempeñado por la burguesía de la originalidad del proyecto proletario (tesis 88), repitiendo que «de todos los instrumentos de producción, el mayor poder productivo es la clase revolucionaria misma» (tesis 80) y sosteniendo que «la victoria de la economía debe ser al mismo tiempo su derrota», ya que «las fuerzas que ha desencadenado suprimen la *necesidad económica* que ha sido la base material de las sociedades antiguas» (tesis 51). A pesar de todo, el *salto* de la prehistoria a la historia, del reino de la necesidad al reino de la libertad que Debord plantea y en el que identifica el momento revolucionario, se resuelve en el fondo en una mera *toma de conciencia*, en el paso del «*ello económico*» al «yo» (tesis 52): el hecho de que esta subjetividad venga *determinada* por el desarrollo de las fuerzas económicas (que encuentran en ella su propia superación) no es tanto la consecuencia de un proceso dialéctico de rechazo recíproco entre sujeto y objeto como la culminación de un proceso de *absolutización* del yo. Si el anarquismo consideraba al sujeto en términos anti-históricos, a menudo dejando la realización del hombre total al capricho individual, Debord sostiene que «el sujeto emerge sólo de la sociedad, es decir de la lucha que hay en ella», pero este condicionamiento se entiende más como una cima de absoluto que como una admisión de relatividad. De ahí que, si bien la IS sabe muy bien que está lejos de representar a la clase revolucionaria, está convencida de que tarde o temprano ésta adoptará su conciencia: de hecho la IS se

presenta a sí misma como «el más alto grado de la conciencia revolucionaria internacional»<sup>70</sup>. «La revolución proletaria», escribe Debord, «se halla enteramente supeditada a esta necesidad: por primera vez, es la teoría como inteligencia de la práctica humana la que debe ser reconocida y vivida por las masas. Exige que los obreros lleguen a ser dialécticos e inscriban su pensamiento en la práctica; de esta forma pide a los *hombres sin cualidad* mucho más que lo exigido por la revolución burguesa a los hombres cualificados en quienes delegaba su puesta en práctica» (tesis 123). Por lo tanto, sólo en apariencia la perspectiva de Debord es más objetiva que la de Vaneigem: el llamamiento a la historia no es más que el medio para absolutizar una subjetividad cuya verdadera naturaleza es todavía artística.

## Teoría y práctica de la subversión

Pero *La sociedad del espectáculo* deja sin resolver otro problema fundamental: el de la relación entre la teoría y la práctica. En este tema Debord no va más allá que *Historia y conciencia de clase*, limitándose a repetir la doble conexión establecida por Lukács en aquella obra entre capitalismo, pasividad y teoría especulativa por un lado, y entre proletariado, actividad y *teoría de la praxis* por el otro. En otro sentido, sin embargo, Debord intenta formular la posibilidad de una *teoría práctica* que sea capaz de superar, tanto en la organización revolucionaria como en el ejercicio del poder por parte de

---

70. IS, IX, p. 24.

los Consejos Obreros, las dificultades implícitas en la separación tradicional. Y es que efectivamente, no es en absoluto cierto que la filosofía y la ciencia burguesas hayan sido, como quiere Lukács, esencialmente contemplativas, pues ya a partir del Renacimiento el paso del capitalismo comercial al capitalismo productor de mercancías ha ido acompañado por el surgimiento de una teoría que exigía ser puesta en práctica<sup>71</sup>. La observación de Debord, deducida directamente de Lukács, según la cual «el espectáculo es el heredero de toda la *debilidad* del proyecto filosófico occidental, que fue una comprensión de la actividad dominada por las categorías del *rer* (tesis 19), no prueba nada en contra, pues se aplica tan sólo al idealismo alemán que, por otra parte (como reconoce también Debord), es la única filosofía burguesa de carácter revolucionario, aunque sea de manera distorsionada y caótica. Por otra parte, Debord anticipa una noción de coherencia y unidad que se identifica con la autonomía, con el dominio de la propia vida, noción ésta que va más allá de la distinción burguesa entre teoría y práctica: no por nada reprochará ásperamente a Lukács el haber atribuido al partido bolchevique una auténtica función de mediación entre la teoría marxista y la práctica de la luchas de clases. Sin embargo, como veremos, esta segunda tendencia habría necesitado de algo que está ausente en el libro de Debord, a saber: una refundación enteramente nueva de la teoría respecto de la realidad social.

---

71. Ver mi texto «Teoría e pratica nel Rinascimento: L.B. Alberti», *Agaragar*, núm. 3.

## Crítica de las especializaciones alienantes

La tendencia totalitaria del capitalismo moderno, que subsume no sólo el trabajo sino todos los aspectos de la vida al valor de cambio, al incremento del capital, al espectáculo, mediante un proceso de cuantificación y de abstracción que se desenvuelve ya a escala planetaria, se manifiesta paradójicamente en la separación progresiva, la fragmentación y el aislamiento de las actividades singulares, las cuales quedan reducidas a especializaciones. Estas son a un tiempo medio y fin: medio, porque permiten precisamente el dominio capilar sobre los ámbitos singulares de la vida social; y fin, porque al quedar roto todo vínculo con la visión global de la vida, permiten la manipulación sin límite de los deseos y aspiraciones de la gente. La *polémica contra las actividades especializadas* ha sido por ello una preocupación constante de la teoría crítica situacionista. La IS hereda de Lukács la tesis según la cual el punto de vista de la burguesía va dirigido a fragmentar los conocimientos y a dividir el trabajo, mientras que la perspectiva del proletariado, en cuanto que clase revolucionaria que rechaza el conjunto de las condiciones existentes, consiste precisamente en la visión *total* de la situación social. Por ello, a partir del tercer número de la revista, Debord sostendrá que la superación de las condiciones existentes depende antes que nada de la aparición de perspectivas que se refieran a la totalidad y afirmará la unidad profunda de todos los logros revolucionarios. Incluso la sección holandesa de la IS, que pronto sería expulsada, reconoce que «ya no tiene sentido buscar el desarrollo de esta o aquella actividad cultural si no se parte de un todo que se extenderá hasta abarcar la

sociedad entera»<sup>72</sup>. En lo sucesivo la polémica contra la especialización cobrará una importancia de tal calibre que definirá por contraste al conjunto de la IS: «Contra los cuerpos jerarquizados de especialistas que componen, cada vez más, la burocracia, los ejércitos y los partidos políticos del mundo moderno, la IS, como se verá algún día, se presenta como la forma más pura que puede adoptar un cuerpo anti-jerárquico de antiespecialistas»<sup>73</sup>. Así, la acusación no se lanza sólo contra las artes individuales, las disciplinas técnicas, el urbanismo... sino también, y sobre todo, contra la política. Lo cual, por otra parte, no excluye —más bien implica— un conocimiento más profundo de cada disciplina, cuya verdad *crítica*, a fin de cuentas, no tiende sino a su superación revolucionaria. De esta forma los especialistas mismos se encuentran hoy día ante el dilema de seguir siendo prisioneros de un rol estrecho, ridículo e infamante al servicio del poder (que como máximo les garantiza una pseudo-identificación en la escala jerárquica), o bien asumir, en relación con la propia especialización, cierta actitud crítica que aspira a la «realización de sí mismos» y del sentido alienado de toda disciplina. Sea como fuere, lo cierto es que no les corresponderá nunca a estos especialistas determinar el modo de empleo de sus disciplinas, sino al poder en el primer caso y al movimiento revolucionario en el segundo.

Los situacionistas entienden el concepto de totalidad no sólo en sentido negativo (como rechazo total), sino también en sentido positivo (como realización total). En efecto, el rechazo al

---

72. IS, III, p. 29.

73. IS, V, p. 7.

capitalismo debe ser total, porque las oposiciones sobre cuestiones particulares actúan como dientes en ruedas dentadas: «se unen entre ellas y hacen girar la máquina del espectáculo»<sup>74</sup>. El poder crea falsos antagonismos y contradicciones para inscribir el rechazo en un esquema reformista susceptible de ser controlado. En este contexto pseudo-antagonista es donde se plantean las discusiones a favor y en contra del divorcio, sobre la droga, los espaguetis, la nacionalización, el auto-stop, el amor en grupo...; «se pregunta a todos su opinión sobre los detalles para mejor impedirles tener una sobre la totalidad»<sup>75</sup>.

En sentido positivo, Vaneigem define la totalidad como «la realidad objetiva en cuyo movimiento la subjetividad no puede insertarse más que bajo la forma de realización... Sólo hay realización auténtica en la realidad objetiva, en la totalidad»<sup>76</sup>. Esta realización subjetiva en la objetividad se opone a la realización objetiva en la subjetividad, que es la que ofrece el poder y que consiste en la transformación del individuo en un objeto manipulable. Según Vaneigem, la única vía para llegar a la totalidad es la que pasa por la praxis. Esta última no se concibe en su sentido burgués de puesta en práctica de una teoría preconstituida, sino en el sentido marxiano de «relación entre los hombres y la naturaleza: la praxis, incluso alienada, es lo que permite mantener el contacto con la totalidad. Al revelar su carácter fragmentario, la praxis revela al mismo tiempo la totalidad real (la realidad), pues la totalidad se realiza mediante su contrario, es decir el fragmento»<sup>77</sup>.

---

74. *IS*, IX, p. 24.

75. *IS*, VIII, p. 39.

76. *Ibíd.*, p. 44.

77. *Ibíd.*, p. 45.

Enseguida veremos cómo la aceptación de esta teoría marxiana de la praxis se concilia mal con la tesis situacionista de la abolición del trabajo: en efecto, Vaneigem no hace sino reproducir la concepción humanística, retomada precisamente por el joven Marx, según la cual en la condición natural del trabajo humano la subjetividad se refleja (se objetiva) en el producto creado por ella, mientras que en la condición alienada la objetividad del poder se refleja en una subjetividad creada por éste. En realidad, como ya he demostrado en otro lugar<sup>78</sup>, si la segunda condición describe efectivamente

---

78. Ver *L'aliénation artistique*, cit. pp. 21-24. «El punto de llegada de la teoría crítica es determinar la manera de ser de la revolución, entendida como totalidad real, superación y abolición simultánea del arte y de la economía. En el arte la *cualidad* de las operaciones y de las obras es preservada idealmente: la obra de arte es tal porque reenvía a la operación [acto de creación] que la ha realizado y de la que extrae su cualidad de producto único y concreto, no intercambiable, fuertemente caracterizado y significativo. Igualmente, la operación artística reenvía a la obra que hace y extrae de ella su cualidad de operación concreta y significativa. Sin embargo, en los dos casos esa cualidad no es inmediata ni real: en efecto, el término que constituye el punto de llegada del reenvío nunca está presente y de manera simultánea al reenvío mismo. La operación a la que la obra reenvía, y de la que extrae su cualidad, es algo pasado, ya recorrido, porque la obra está, por definición, acabada, realizada; la obra a la cual la operación reenvía, y de la que extrae su cualidad, es algo futuro, está por venir, porque precisamente la operación apunta a ella. La idealidad del arte consiste exactamente en esta ausencia de la cualidad en la realidad; en el hecho de que el reenvío a algo no presente es una condición indispensable a su distinción con respecto al trabajo y la mercancía. Después de todo, la cualidad y la concreción de cualquier cosa no es más que su *experiencia vivida*, al mismo tiempo que su *disfrute* y su *conocimiento* entendidos en su unidad: esta experiencia vivida es proporcionada por el arte de manera ideal. El arte nos da

cuál es la condición del *trabajo* en la sociedad burguesa, la primera describe no ya la situación de la actividad en la sociedad natural (y menos aún de la actividad revolucionaria), sino la de la *actividad artística* en particular, la cual consiste precisamente en la producción de un objeto en el que la subjetividad se refleja. Sólo considerándolo desde su propio punto de vista podemos decir que dicha actividad es una realización: porque ya la mera existencia de un reenvío recíproco entre subjetividad y objetividad —entre el acto de crear y la obra misma—, que es la condición indispensable para que ambas adquieran un sentido y entren en relación con la totalidad, es señal de que la totalidad de semejante experiencia es tan sólo ideal. Vaneigem, al atribuir de esta forma al trabajo, es decir a la praxis, las características de la actividad artística, hace un

---

la idea de esa experiencia, no su presencia real: la poesía, el teatro o el arte figurativo no son nunca palabras, comportamientos u objetos del mundo real. La realidad está enteramente ocupada por las operaciones y obras económicas, de las que no nos es dada ninguna experiencia vivida, sino solamente una percepción *cuantitativa*: el mundo de la economía es asimismo el lugar de la *abstracción*, el *sacrificio* y la *ignorancia*. La revolución es la realización del sentido, alienado en el arte, precisamente porque en ella la cualidad de las operaciones y las obras se presenta como *real* y no tiene necesidad de ningún reenvío: operaciones y obras, en su presencia inmediata, se convierten en objeto de experiencia vivida (gozo y conocimiento); es decir, son al mismo tiempo significativas, concretas y reales. Sin embargo, esto no quiere decir que al arte le falte *solamente* la realidad para ser revolución. El arte es sentido sin realidad, pero *no* el proyecto de la revolución ni su prefiguración ideal. El sentido, en su separación estructural de la realidad, se pervierte fatalmente y debe ser reestructurado en sus articulaciones fundamentales para ser real. La revolución es, por tanto, la realización del sentido, pero no la realización del arte, del sentido alienado.»}

uso de la totalidad que es todavía sustancialmente artístico, precisamente en la medida en que pretende hacerse con el monopolio del empleo de la inteligencia y reemplazar a Dios a la hora de constituir el punto de referencia fundamental de la nueva sociedad<sup>79</sup>. El error de la IS no está en la legítima exigencia de darse a sí misma y a la propia actividad del grupo una forma coherentemente *unitaria* (es más, la superación y resolución de los contrastes y las separaciones es la condición elemental de cualquier actividad), sino en la tendencia a confundir esta unidad con una totalidad, aunque sea potencial.

Por supuesto, los límites que puedan discernirse en la elaboración situacionista del concepto de totalidad no excluyen la importancia de este concepto, que sigue siendo el centro de la teoría crítica revolucionaria. Esos límites no restan validez a la condena inapelable pronunciada por la IS contra las pseudo-oposiciones, ni pueden tampoco servir de pretexto para atribuir a la IS el carácter de *totalitaria*. Totalitario —dice justamente Vaneigem— es el fragmento que se ha erigido en totalidad: totalitaria por excelencia es la sociedad cibernética, que es el secuestro de la totalidad por parte de un futuro poder unitario tecnocráticamente omnipotente. Por el contrario, la IS —como el arte— tiene una experiencia auténtica de la totalidad y del sentido, aunque se trate sólo de una experiencia *ideal*. Si esta experiencia contiene la verdad crítica de toda la sociedad moderna —al igual que el arte posee el monopolio del sentido de todo aquello que le es externo—, esto es todavía una consecuencia de la separación estructural sobre la que

---

79. IS, VIII, p. 47.

se asienta la sociedad burguesa entre un sentido sin realidad y una realidad sin sentido, y no la prueba de una pretensión totalitaria de la IS o del arte. Dicho de la manera más sencilla posible: aun suponiendo que la IS detentara el más alto grado de conciencia del movimiento revolucionario, eso *no* la convertiría en el movimiento revolucionario *tout court*.

### Crítica de la ideología de la comunicación

La polémica situacionista contra la especialización está dirigida muy particularmente contra los teóricos de los *mass media*, al ser ellos los especialistas más modernos y por ende más peligrosos. La comunicación a la que aluden estos especialistas es de sentido único: se resuelve en el hercúleo esfuerzo del poder por organizar y controlar el aislamiento pasivo de los individuos mediante las incitaciones difusas y sin tregua de los *leaders*. Esta «expropiación sistemática de la comunicación intersubjetiva», esta «colonización de la vida cotidiana a través de una mediación autoritaria» no es, para los situacionistas, una consecuencia necesaria del desarrollo técnico, tal y como lo demuestran las prohibiciones —vigentes desde muchos años atrás— de utilizar las emisoras de radio privadas. «La ley actual», escriben, «es que todos consuman la mayor cantidad posible de nada; incluida la *nada* respetable de la vieja cultura, separada por completo de su sentido original»<sup>80</sup>.

A los «modelos» de los teóricos tecnócratas, la IS opone el «modelo» de la *comunicación total*, que implica necesariamen-

---

80. IS, VIII, p. 20.

te la *acción en común*: no hay comunicación posible sin la perspectiva de una iniciativa, de una responsabilidad, de un riesgo compartido. Fuera de dicha perspectiva está la recaída fatal en un eclecticismo complaciente que convierte las distintas opiniones en equivalentes en el fondo y en intercambiables entre sí, pues el escepticismo es precisamente la instauración de una equivalencia de todas las teorías y su uso oportunista. El *diálogo*, por tanto, sólo será posible sobre la base de una voluntad común de compromiso recíproco: algo que es difícil de concebir con el poder establecido —ya que, de hecho, «todo diálogo [con el poder] es violencia sufrida o provocada»<sup>81</sup>. Por lo tanto, los situacionistas sostienen que es indispensable rechazar incluso la apariencia de diálogo con aquellos con los que dicho diálogo tiene todos los visos de ser irrealizable. La comunicación total implica *acción total*; ésta, por lo tanto, se conecta con el advenimiento revolucionario de los consejos, que asumirán todos los poderes: «Uno de los problemas revolucionarios consiste en federar esta especie de soviets, los *consejos de la comunicación*, con el fin de inaugurar en cualquier lugar una comunicación directa, que no deba ya recurrir a la red de referencia de la comunicación del adversario (que es como decir el lenguaje del poder)»<sup>82</sup>. En sentido inverso, el establecimiento de un diálogo verdadero tiene inmediatamente un alcance revolucionario: «Allí donde hay comunicación no hay Estado». No por nada los círculos de la aventura poética, que en sí mismos contenían el conjunto de las conductas *casi imposibles* de la época, fueron en el pasado los úni-

---

81. *LS*, X, p. 50.

82. *LS*, VIII, p. 31.

cos lugares en que se transmitió, siquiera de manera potencial, la totalidad de la revolución.

La tarea fundamental frente a la que se halla la IS es precisamente la de realizar la poesía, es decir, realizar las consignas poéticas que las edades precedentes se han limitado a escribir. ¿De qué manera? Para empezar, es evidente la incompatibilidad del programa de la IS con los medios de expresión y recepción disponibles. Sin embargo, eso no debe llevar, según los situacionistas, a un abandono precipitado e inmediato de tales instrumentos, sino que su uso ha de quedar comprendido y justificado por la perspectiva misma de su superación: «No hay que respetar tanto al arte o a la escritura como para querer abandonarlos totalmente. Y no hay que despreciar la historia de la filosofía o del arte moderno hasta el punto de querer continuarlos como si tal cosa. Nuestro juicio es desengañado porque es *histórico*. Todo empleo, para nosotros, de los modos de comunicación permitidos debe, por lo tanto, a un tiempo ser y no ser el rechazo de esta comunicación: una comunicación que contenga su rechazo y un rechazo que contenga la comunicación, es decir, la superación de este rechazo en proyecto positivo. Todo lo cual deberá llevar alguna parte. La comunicación contendrá de ahora en adelante su propia autocrítica»<sup>83</sup>. También el lenguaje es un escenario en el que se desarrolla la lucha entre el poder y las fuerzas revolucionarias. Sin embargo, en contra de lo que creen los teóricos de los *mass-media*, el lenguaje, en tanto que función creativa que atribuye un sentido a las palabras, es esencialmente extraño al poder («El poder vive de la ocultación. No crea nada, recupe-

---

83. IS, VII, p. 24.

ra»). La dimensión esencialmente revolucionaria del lenguaje se fundamenta en que éste constituye la posibilidad misma de la teoría crítica de la sociedad, la cual debe «inventar sus propias palabras, destruir el sentido dominante de las otras palabras y traer nuevas posiciones al «mundo de los sentidos» que se correspondan con una nueva realidad en gestación. Nace así el proyecto elaborado por Mustapha Khayati de un *diccionario situacionista*, que se propone afirmar en el ámbito del lenguaje, siquiera de forma provisional, posiciones negadoras del sentido imperante.

El principal instrumento de esta subversión general de los sentidos sigue siendo el *desvío*, cuyo ámbito queda así notablemente ampliado con respecto a su formulación originaria, la cual derivaba de la modernidad artística. La crítica de la sociedad capitalista formulada por Marx y la implícita en la experiencia de la vanguardia dadaísta deben ser constantemente precisadas, corregidas y reformuladas «a la luz de cien años de crecimiento de la alienación y de las posibilidades de su negación»; el *desvío* es el medio por el que la teoría revolucionaria se hace inmediata y actual; es lo contrario de la cita -en la cual una verdad teórica formulada en el pasado pretende juzgar el presente-, pues en el *desvío* es el presente el que se erige en único juez de afirmaciones pasadas. Así, el *desvío* destruye inmediatamente toda ilusión sobre la pretendida independencia de la teoría crítica: «Aquello que, en la formulación teórica», escribe Debord, «se presenta abiertamente como *détourné* [desviado], al desmentir toda autonomía duradera de la esfera de lo teórico expresado, y haciendo intervenir *por esta violencia* la acción que trastorna y elimina todo orden existente, recuerda que esta existencia de lo teórico no es nada en sí misma y no puede conocerse

más que con la acción histórica y la *corrección histórica* que es su verdadera fidelidad»<sup>84</sup>.

Analizada en su conjunto, sin embargo, la concepción situacionista de la comunicación no está exenta de las ambigüedades a las que ya he hecho referencia anteriormente. En efecto, se diría que confluyeran en ella dos perspectivas distintas e inconciliables: una, de origen artístico, en la que la justa polémica contra el eclecticismo moderno y cultural se transforma insensiblemente en un sectarismo narcisista; la otra, de naturaleza más propiamente teórica, que es consciente de la dimensión provisional y constantemente autocrítica de la búsqueda. En lo que concierne al primer aspecto de la cuestión, los situacionistas parecen ignorar que, si el diálogo es imposible sin el concurso de la voluntad general de una acción común, no lo es menos cuando lo que se persigue es tan sólo el reflejo de uno mismo. La comunicación de la que hablan y las relaciones que establecen tienden no pocas veces a configurarse según la perspectiva de un conocimiento por *identidad*, típica, precisamente, de la subjetividad artística. De donde se deriva una actitud sectaria que, de entrada, es incapaz de comprender la afinidad de posiciones convergentes, con lo que a la larga se acaba prohibiendo a sí misma toda posibilidad de desarrollo y superación: el modelo de los círculos poéticos del *trobar clus* tenía el riesgo de encerrar a la propia IS en los estrechos límites de una hermandad oculta auto-referencial —«ella se lo guisa y ella se lo come». Esta concepción a priori de la comunicación según la cual todo viene ya dado desde el principio, una comunicación cuyos contenidos están ya perfecta-

---

84. Debord, *op. cit.*, tesis 209.

mente claros antes incluso de que llegue a establecerse de manera concreta, es una concepción que está en claro contraste con las exigencias de la teoría crítica, que se presenta como *búsqueda* y contiene en sí misma su propia crítica y por lo tanto el germen de su propia superación. Por otro lado, está claro que dicha búsqueda, en la medida en que parte de *presupuestos* bien precisos, no tiene nada que ver con el eclecticismo problematizante de *Arguments* (revista del modernismo cultural publicada entre 1956 y 1962, contra la que la IS lanzó un boicót) sino que, en el peor de los casos, queda expresada por las palabras de Khayati: «El lenguaje sigue siendo todavía la mediación necesaria para la toma de conciencia del mundo de la alienación, el instrumento de la teoría radical que terminará por calar en las masas, pues es la suya propia; y será sólo entonces cuando hallará su verdad»<sup>85</sup>.

La teoría crítica se determina en su oposición estructural a la *ideología*, que es el lenguaje al servicio del poder, mera justificación del *statu quo*. En el ámbito de la ideología hay que situar no sólo la Ilustración, que ha acompañado el ascenso al poder de la burguesía, sino también sus formas más recientes e insidiosas, como son la «tesis de la muerte de las ideologías» (que en realidad no es otra cosa que la ideología del consumo espectacular en el capitalismo desarrollado) y, a fin de cuentas, el propio marxismo, que ha quedado él también reducido a una ideología, esto es, a una mentira sistemática y espectacular, tanto por las burocracias de los países así llamados socialistas como por los partidos y sindicatos que imitan su modelo. Ahora bien, la «ideología marxista» no tiene nada que

---

85. IS, X, p. 54.

ver con el genuino pensamiento de Marx, que continúa siendo el punto de referencia fundamental de toda teoría crítica.

## Crítica de la ideología bolchevique

Según la IS, la premisa fundamental de un pensamiento revolucionario moderno es *el rechazo total del modelo bolchevique* de organización (en sus múltiples variantes: leninista, trotskista, estalinista, maoísta, tercermundista...) y de sus presupuestos teóricos. Dicho modelo se corresponde con un periodo histórico en el que la lucha de clases no ha llegado a manifestarse de forma madura y completa, permitiendo la gestión burocrática. «En este desarrollo complejo y terrible», escribe Debord en su libro, «que ha arrastrado hacia nuevas condiciones la época de las luchas de clases, el proletariado de los países industriales ha perdido completamente la afirmación de su perspectiva autónoma y, en último análisis, *sus ilusiones*, pero no su ser. No ha sido suprimido. Sigue existiendo irreductiblemente en la alienación intensificada del capitalismo moderno: es la inmensa mayoría de los trabajadores que han perdido todo poder sobre el empleo de sus vidas y que, *desde el momento en que lo saben*, se redefinen como proletariado, el negativo que opera en esta sociedad» (tesis 114). Como puede apreciarse, los situacionistas dan a la palabra «proletariado» una acepción notablemente más amplia de lo habitual: proletario es para ellos cualquiera que haya sido desposeído del empleo de la propia vida y que lo sepa. Las clases medias tienden a ser proletarizadas de manera endémica mediante la difusión generalizada de un cierto modelo estandarizado de bienestar: empleados e intelectuales ven que sus condiciones de vida y

de trabajo cada vez se asimilan más claramente a las condiciones obreras. Además, el sub-proletariado, al que la izquierda clásica siempre vio con sospecha, adquiere una dimensión revolucionaria a partir del momento en que su *rechazo del trabajo* se convierte en un punto programático fundamental de la nueva revolución. Y finalmente los estudiantes, los cuales, una vez van tomando conciencia de la miseria de su estado presente y del futuro que los espera, no pueden verse a sí mismos más que como proletarios.

Las perspectivas abiertas por la nueva era, anunciadas ya por las luchas sociales del momento, implicaban también una *nueva lectura del pasado*. Era ante todo necesario, según la IS, reexaminar todas las oposiciones históricas entre los revolucionarios, para así poder comprenderlas bajo una luz nueva y retomar las posibilidades abandonadas en el camino «sin dejarse impresionar ya por el hecho de que algunas hayan prevalecido sobre otras y hayan dominado el movimiento, ya que.... en realidad sólo han ganado una partida de un ajedrez global»<sup>86</sup>. Semejante indagación histórica no debe dirigirse con pretensiones de eclecticismo universitario o de erudición, ni tampoco debe orientarse a la formulación de la verdad abstracta del pasado (como ocurre entre algunas minorías rebeldes supervivientes a la derrota del movimiento obrero clásico), sino que su tarea fundamental debe consistir más bien en contribuir a la expresión del nuevo movimiento revolucionario, entre cuyos signos anticipato-

---

86. IS, VII, p. 12. Ver asimismo el folleto *De la misère en milieu étudiant*, tercera parte. La versión castellana puede leerse aquí: <http://www.sindominio.net/ash/miseria.htm>. [N. del T.]

rios hay que contar a la propia IS. La amplitud de esta nueva lectura histórica es proporcional a las ambiciones y a la profundidad del proceso revolucionario que está por nacer: el advenimiento de la sociedad comunista no es un mero cambio de gobierno sino un *salto cualitativo irreversible*, el paso de la prehistoria —en la que ha vivido la humanidad hasta ahora— a la verdadera historia, en la que cada uno llegará a ser dueño y responsable de la propia existencia. La crítica radical, por lo tanto, someterá a examen los orígenes más remotos de la alienación social, sin echarse atrás ante la pesada tarea de impugnar algunos milenios de esclavitud y servilismo. El texto de Vaneigem «Banalidades de Base» (1962-1963) representa en este sentido un primer intento de discernir ya en el mito religioso de los orígenes la estructura fundamental del desposeimiento y de la supervivencia, secularizada por el advenimiento del capitalismo industrial. Ni siquiera el humanismo, definido por Vaneigem como «la negación irrisoria de lo humano», queda a salvo de esta crítica. Sin embargo, la relectura del pasado bosquejada por los situacionistas no se queda en una condena terrorista o nihilista pues, por ejemplo, no deja de poner de relieve el sentido revolucionario de todos aquellos que, en la antigüedad y en la edad media, trataron de acceder a la totalidad sin la mediación del poder instituido (tal fue el caso de los místicos, los alquimistas o los gnósticos). De forma similar, Debord considera en su libro que el milenarismo es una «lucha de clases revolucionaria que habla por última vez el lenguaje de la religión», una «tendencia revolucionaria moderna a la que todavía falta *la conciencia de no ser más que histórica*» (tesis 138).

## Crítica de la ideología económica

Esta reivindicación de la función motriz de los aspectos subjetivos de la actividad revolucionaria contrasta no obstante con una concepción del proceso histórico que, a fin de cuentas, sigue siendo economicista. En sus «Banalidades de Base», Vaneigem localiza el origen de la economía, antes que en el intercambio, en la apropiación privada indispensable para la supervivencia. Por otra parte atribuye al mito religioso un fundamento económico, en lugar de ver en él un sistema de alienación originario anterior al económico. Hemos ya demostrado que ese tipo de tesis se concilia mal con la reivindicación de lo cualitativo contra lo cuantitativo y con el programa de abolición de la economía que el propio Vaneigem defiende: de hecho, la economía sólo puede ser superada a condición de que la transformación de los objetos en mercancías sea la consecuencia del hecho *histórico* del intercambio y no de la relación originaria del hombre con la *naturaleza*. Si, como quiere Vaneigem, la existencia humana se presenta ya desde su primera aparición como supervivencia económica, entonces los objetos han sido siempre *mercancías* y la operación sobre ellos ha sido siempre *trabajo*. La consecuencia de todo ello es que la lucha contra este «estado de cosas fundamental y originariamente natural, en el que el capitalismo juega un papel meramente episódico» (tesis 4), está destinada al fracaso, o bien a permanecer en un ámbito meramente ideal y artístico. Los situacionistas no comprenden que la tesis de la abolición de la economía puede dejar de ser una utopía sin sentido y convertirse en un proyecto coherente sólo con una condición: que la economía misma sea definida y tomada en su radical *historicidad*. No es en absoluto

cierto que «en la lucha contra la alienación natural, la alienación se ha hecho social» (tesis 3): lo que transforma el amparo y la comida en mercancías no es la apetencia subjetiva de los mismos y el eventual conflicto con la apetencia análoga de un tercero, sino el advenimiento de una estructura social que priva al amparo y a los alimentos de su dimensión cualitativa, para instaurar entre los objetos una relación de equivalencia cuantitativa que haga posible el intercambio. El concepto de naturaleza, y por lo tanto la naturaleza entendida como dimensión antropológica, no viene determinado como aquello que es anterior a la economía, sino como aquello que la economía deja fuera de sí misma calificándolo negativamente como falta de valor y de precio. Vaneigem sostiene que el fundamento de la economía es la apropiación privada, mediante la cual el hombre primitivo garantiza naturalmente su propia supervivencia, cuando en realidad ocurre lo contrario: es la instauración del intercambio lo que consiente, por un lado, la propiedad y, por el otro, la idea de naturaleza. La alienación místico-ritual, por mucho que presente aspectos análogos a los de la alienación económica (en particular, la negación de sí implícita en el sacrificio y una estructura fundamentalmente dualista), no puede ser reconducida, como hace Vaneigem, a una modalidad particular de la alienación económica, sino que presenta una fisonomía autónoma y originaria, anterior al advenimiento de la mercancía y del trabajo.

La reexposición de estos argumentos contenida en el *Tratado...*<sup>87</sup> vuelve a plantear las mismas dificultades: de hecho, por un lado Vaneigem afirma que «no hay liberación posible

---

87. Vaneigem, *op. cit.*, pp. 75-81.

más acá de lo económico», mientras que por el otro hace suya una concepción del proceso histórico como victoria de la burguesía sobre las fuerzas naturales que es de inspiración ilustrada-positivista. En el fondo no hace sino repetir las opiniones de Marx, el cual oscila entre la tesis de la abolición de la economía en la sociedad comunista y la afirmación del trabajo como condición eterna de la existencia humana. Sin embargo, a diferencia de Marx, Vaneigem únicamente reconoce en el proceso histórico la acción de la subjetividad creadora: razón por la cual resulta tanto más difícil, desde su punto de vista, explicar el contraste entre la orientación técnico-utilitarista que dicha subjetividad ha venido teniendo desde sus orígenes hasta hoy día y la orientación social-revolucionaria que debe asumir a partir de ahora.

### **Crítica de la ideología científica**

La aprobación del papel histórico de la burguesía, del trabajo y de la ciencia pone a la IS ante una dificultad insuperable. Así, en un mismo artículo, los situacionistas no dudan en definir la nueva era como «la sociedad técnica con la imaginación de aquello que se puede hacer», al tiempo que sostienen que «la próxima forma de sociedad ya no se basará en la producción industrial»<sup>88</sup>. Esta atribución de un carácter instrumental y no estructural a la ciencia y la técnica, casi como si fueran un mero medio completamente subordinado a los deseos de la subjetividad (que hasta ahora se ha servido de la

---

88. IS, VII, p. 17.

una y de la otra sólo para dominar la naturaleza, pero en adelante habría de emplearlas en la satisfacción de los deseos individuales y en el desarrollo de la socialización), se basa de hecho en una profunda mistificación ya que, si bien es cierto que ciencia y técnica reducen todo a medio, ellas mismas no son tanto un medio neutro como una estructura, solidaria a la sociedad burguesa, de dominio de la realidad mediante la abstracción y la cuantificación<sup>89</sup>. La pretensión de destinar la ciencia a la consecución de objetivos que son por excelencia concretos y cualitativos es algo tan necio como pretender superar la economía por medio de la abundancia de las mercancías.

La falsa contradicción que la IS pone de manifiesto en el seno de la sociedad capitalista entre la acumulación de productos y capacidades técnicas por un lado, y su empleo por el otro, entre «la positividad de la transformación de la naturaleza» y «su recuperación mezquina por parte del poder jerarquizado», desempeña la función de ocultar la verdadera contradicción que existe en el interior de la IS, a saber, el contraste entre un hiperfuturismo técnico-científico todavía operante (aunque interpretado más dialécticamente) y la crítica radical del trabajo, de la ciencia, de la técnica, de la sociedad burguesa en su totalidad. La IS reprocha precisamente al grupo Socialismo o Barbarie el programa de humanización del trabajo y se hace portavoz de un proyecto revolucionario que no se propone nada menos que la supresión del trabajo y de todas sus justificaciones<sup>90</sup>. Sin embargo, la IS entiende dicha abolición del trabajo como la consecuencia lógica del

---

89. Ver M. De Paoli, «Scienza ed economia», *Agaregar*, núm. 2, ed «Economia commerciale e linguaggio razionale: denaro e togo», *Agaregar*, núm. 3.

90. *IS*, VIII, pp. 3-4.

desarrollo mismo de las fuerzas productivas, antes que como el resultado de un salto cualitativo efectuado por la lucha de clases. En la valoración de la sociedad burguesa y de sus fundamentos económicos y científicos, la IS no llega a realizar esa «inversión de perspectiva» que permite oponer, a las ideologías de la clase dominante, el punto de vista de la autonomía proletaria. En particular, la IS no dejó de ser víctima de la pretensión de identificar sin reservas la historia de la era burguesa con sus manifestaciones económicas y científicas —pasando por alto el hecho de que el motor del devenir histórico de las sociedades occidentales ha sido siempre la lucha del proletariado—, al atribuir a la economía y a la ciencia un dinamismo autónomo que éstas jamás tuvieron. Por consiguiente, para evitar caer en la utopía la IS se vio obligada a localizar el elemento propulsor de la nueva sociedad, precisamente, en hipotéticas contradicciones internas del desarrollo económico y científico. El nuevo esquema situacionista de la contradicción entre «el desarrollo a la vez mezquino y peligroso de la producción actual» y «el grandioso *desarrollo posible* que se apoyaría en la actual infraestructura económica» está destinado a ser desmentido, al igual que el viejo esquema marxista de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción: no serán las dificultades internas de crecimiento del capitalismo las que den lugar a la nueva sociedad, sino el crecimiento cualitativo de la lucha de clases del proletariado, que siempre ha sido el enemigo exterior del capitalismo. La IS pretende reencontrar en la naturaleza un «adversario válido», pero lo cierto es que, como tal, la naturaleza fue siempre un pretexto: el verdadero adversario de la economía y de la ciencia es el proletariado. La dinámica de éstas, en los momentos verdaderamente decisivos, depende

de una *reacción* a la lucha de clases, del intento siempre frustrado de contenerla y suprimirla. Contrariamente a cuanto ha defendido la ideología ilustrada-positivista, la economía y la ciencia son instancias esencialmente *estáticas*. Los situacionistas se defienden de la acusación de utopismo afirmando que todas sus propuestas son técnicamente realizables y que sus ambiciones son iguales a la riqueza de las posibilidades técnicas del momento<sup>91</sup>. Sin embargo, sin saberlo están aceptando una mistificación impuesta por el capitalismo, el cual siempre ha tratado de vender como totalidad histórica su propia realidad económico-científica. Si damos la vuelta a la perspectiva veremos que, si hay utopía, esta no es otra que la pretensión en la que se basan la economía y la ciencia de prescindir de los aspectos concretos y cualitativos de la existencia.

### **Crítica de la ideología tecnocrática**

Esta valoración del papel histórico revolucionario desempeñado por la burguesía, de la ciencia y de la victoria sobre la naturaleza es, en el caso de la IS, una herencia no superada de los aspectos más ilustrados del marxismo y está en franco contraste con su rechazo radical del reformismo moderno del trabajo y de la cibernética. La editorial «Y ahora, la IS» del número nueve de la revista (1964) contiene, en efecto, una autocrítica que constituye el esfuerzo más notable que jamás hicieron los situacionistas por distinguir el proyecto de la IS de las tendencias modernas de integración en la sociedad

---

91. IS, IX, p. 25.

actual: «Todos los casos de búsqueda que sean modernos, y no revolucionarios, han de ser vistos y tratados como nuestro enemigo número uno. Tienden a reforzar todos los órdenes existentes.»<sup>92</sup> De forma análoga, Vaneigem escribe en su libro que «no se puede esperar ya nada de las fuerzas productivas en evolución permanente»<sup>93</sup>, al tiempo que acusa a la cibernética de ser el instrumento más perfeccionado de un control policial cuya ambición fundamental es la transformación del mundo entero en un campo de concentración. Sin embargo la contradicción no queda resuelta: «La organización tecnocrática», escribe Vaneigem, «eleva la mediación técnica a su más alto grado de coherencia. Se sabe desde hace tiempo que el patrón se apropia del mundo objetivo con la ayuda del esclavo; que el instrumento no aliena al trabajador más que desde el momento en que es el patrón quien lo detenta. Del mismo modo, en el consumo, los bienes no tienen en sí mismos nada de alienante, pero la elección condicionada y la ideología que la envuelve determinan la alienación de sus compradores»<sup>94</sup>. Por consiguiente, según Vaneigem, la ciencia y la técnica producen mercancías que no son *por sí mismas* alienantes, sino que lo son únicamente en esta situación social. De esta forma a Vaneigem se le escapa la conexión indisociable que existe entre la organización capitalista del trabajo y los presupuestos de la ciencia. Así, el subjetivismo situacionista se revela también en esta incapacidad de comprender la naturaleza esencialmente alienante de la mercancía industrial: para

---

92. *Ibíd.*, p. 4.

93. Vaneigem, *op. cit.*, p. 84.

94. *Ibíd.* p. 85.

Vaneigem cualquier objeto está privado en el fondo de una dimensión cualitativa autónoma, ya que no es más que el espejo de la intención subjetiva de quien lo emplea. Ni siquiera el texto de Eduardo Rothe, «La conquista del espacio en el tiempo del poder», a pesar de ser mucho más reciente (1969), supone una superación definitiva de tales dificultades; si, por un lado, esboza una crítica general de la ciencia, por el otro acaba limitando dicha crítica a lo que es la subordinación de la misma al poder estatal: «La autogestión generalizada de la transformación permanente del mundo por obra de las masas hará de la ciencia una banalidad de base y ya no una verdad de Estado»<sup>95</sup>. Pero en definitiva, tampoco cabría esperar un discurso más profundo pues, para la IS, el fundamento de la revolución social no fue nunca más que la culminación de la «revolución» burguesa, es decir, el hiperfuturismo vinculado al desarrollo de la economía, la técnica y la ciencia.

## Teoría y organización revolucionaria

La otra dificultad fundamental de la teoría crítica situacionista consiste en la formulación de las relaciones entre *teoría* y *práctica*. Así, es cierto que, por un lado, la IS aspira a la superación de la concepción burguesa de la teoría como dominio completo y exhaustivo de la realidad que encuentra en la práctica su propia ejecución, mientras que, por otro lado, no llega a dar con una formulación coherente de lo que sería la noción alternativa, que la IS define como *teoría prác-*

---

95. IS, XII, p. 81.

*tica* o bien como *verdad práctica*. Precisamente la primera de estas concepciones, que también Lenin hizo suya, justifica el rol dirigente desempeñado por antiguos intelectuales convertidos en revolucionarios profesionales; la IS rechaza semejante rol con la máxima energía: «cada vez que un poder se ha presentado como dirigente de una voluntad revolucionaria ha minado *a priori* el poder de la revolución»<sup>96</sup>. La revolución, por lo tanto, ha de enfrentarse a un dilema: o bien niega a la teoría cualquier legitimidad, o bien reconoce en la teoría misma una dimensión práctica. Tras optar por la primera solución, grupos como Informations Corréspondance Ouvrières (ICO) y el Movimiento 22 Marzo opondrán a la teoría, respectivamente, la práctica de la lucha de clases y la práctica de la acción ejemplar. La IS, por su parte, elige la segunda solución, esforzándose en sacar a la luz el carácter *práctico* de la teoría radical. Así, en el editorial del número nueve se afirma, entre otras cosas, que «cuando la teoría revolucionaria reaparece en nuestra época, no pudiendo contar más que consigo misma para difundirse en una *práctica nueva*, se diría que en ello hay ya un importante principio de práctica». Una y otra vez se confirma el concepto de que la práctica revolucionaria, implícita en tantos actos vandálicos de revuelta y de rechazo, necesita de la teoría por lo menos en la misma medida en que ésta exige una práctica coherente: «La nueva teoría revolucionaria debe caminar al paso de la realidad, es decir, estar a la altura de la praxis revolucionaria, la cual se prepara aquí y allá, pero se antoja todavía parcial, mutilada y sin proyecto global cohe-

---

96. IS, VIII, p. 47.

rente»<sup>97</sup>. Aquello que la política tradicional de la izquierda define como *práctica* no es para la IS otra cosa que el intento de imponer una dirección a las luchas de los proletarios: «A diferencia de los viejos micro-partidos, que no cesan de ir en busca de los obreros —conforme a una visión que por suerte se ha hecho ilusoria—, nosotros esperamos que sean los obreros los que se acerquen, a través de sus propias luchas reales, a nosotros. En ese momento nos pondremos a su disposición».<sup>98</sup>

Sin embargo, hay que decir que el concepto situacionista de teoría práctica presenta alguna que otra ambigüedad. Si bien es cierto que, en un sentido, tal concepto designa de hecho una *condición* existencial fundamentalmente *unitaria*, una relación incesantemente límpida entre la conciencia intelectual y la experiencia vivida (que hoy es el *modo de ser* de los revolucionarios y mañana será el de los Consejos Obreros), en otro sentido indica un complejo de ideas que serán aplicadas por una fuerza práctica que, de alguna manera, ha de ser externa. Por eso sostiene Debord en *La sociedad del espectáculo* que «la constitución misma y la comunicación [de la teoría práctica] no puede ya efectuarse sin una *práctica rigurosa*» (tesis 203), o que «la existencia de lo teórico no es nada en sí misma y no debe ser conocida más que a través de la acción histórica» (tesis 209). Sin embargo, a continuación identifica esta acción histórica con el *desvío*, con la reformulación actual del pensamiento de Marx o con las decisiones y vicisitudes de la Internacional Situacionista (tal y como sucede en el texto de

---

97. IS, X, p. 46.

98. IS, XI, p. 64.

Vaneigem «Tener por objetivo la realidad práctica», que aparece en el número once de la revista, o bien en la rúbrica «La práctica de la teoría», de los números once y doce).

La afirmación de la naturaleza práctica de la teoría situacionista se halla en franco contraste con la afirmación de la naturaleza teórica de algunas iniciativas prácticas fundamentales, como son la Primera Internacional y el *soviet*, consideradas «una exigencia de la teoría que no había sido formulada teóricamente» (tesis 90). En el ámbito de dicha exigencia habría probablemente que situar, según los situacionistas, a la propia IS, ya que en el fondo ellos no piensan «haber inventado ideas extraordinarias en la cultura moderna, sino más bien haber comenzado a hacer ver lo extraordinario de su nada» de manera organizada y coherente<sup>99</sup>. De esta forma, el círculo se cierra: si empiezan por afirmar la naturaleza práctica de la actividad teórica, terminan sosteniendo la naturaleza teórica de la actividad práctica. Sin embargo, en el fondo, por «actividad práctica» no entienden otra cosa que el aspecto colectivo y organizado de su actividad teórica, en la cual pretenden resolver la historia. El equívoco de fondo implícito en la oposición teoría-práctica no ha sido en absoluto aclarado; el área limitada del círculo de la *coherencia* situacionista, que en sus intenciones debería contener —aunque fuera sólo potencialmente— todo el proceso revolucionario actual, está en realidad privada de dimensión. El círculo se presenta entonces como un punto y este punto es la IS: detentadora y monopolizadora de una «*crítica teórica unificada* que se dirige en solitario al encuentro de la *práctica social unificada*»<sup>100</sup>. Esta última no

---

<sup>99</sup>. IS, V, p. 7.

<sup>100</sup>. Debord, *op. cit.*, par. 211.

puede realizarse más que por el proletariado en el momento en que éste disuelva todas las clases, «devolviendo todo el poder a la forma desalienante de la democracia realizada, el Consejo, en el cual la teoría práctica se controla a sí misma y ve su propia acción»<sup>101</sup>. Sin embargo, semejante solución se concilia mal con las anteriores consideraciones sobre el carácter práctico de la actividad teórica: ciertamente, el hecho de que los situacionistas se sitúen a sí mismos en el seno del proletariado aleja el peligro de que su actividad de teóricos degenerare en una función dirigente de tipo leninista, si bien lo paradójico de su posición queda patente cuando se observa que, por un lado, tienden a identificar la coherencia práctica con el momento de la revolución de los consejos, mientras que por el otro se atribuyen dicha coherencia por definición de manera completa y total en tanto que miembros de la IS.

La clave para resolver todas estas dificultades hay que buscarla en la naturaleza esencialmente burguesa de la oposición entre teoría y práctica, motivo por el cual dicha oposición sólo puede usarse coherentemente en el ámbito de una distinción y separación entre dirigentes y ejecutantes, tal y como sucede, precisamente, en el leninismo. Desde el momento en que se abre camino la exigencia de una condición humana unitaria, *ambos* conceptos, teoría y práctica, calificados y definidos en términos de su oposición recíproca, se hacen inservibles y generan infinitas dificultades y regresiones: optar por la teoría frente a la práctica quiere decir construir teorías que nunca serán aplicadas, es decir, utopías; elegir la práctica contra la teoría significa caer en un espontaneísmo inútil; y defender

---

101. *Ibid.*, par. 221.

conjuntamente la teoría y la práctica implica, en el mejor de los casos (esto es, allí donde se dé la poco probable eventualidad de que el mismo individuo sea dirigente y ejecutante), instalar una separación interna entre el idear y el ejecutar. Por su parte, sostener, como hace la IS, el carácter práctico de aquello que es teórico y el carácter teórico de aquello que es práctico no deja de ser, simple y llanamente, más que una manera de contentarse con soluciones verbales.

La exigencia de una condición humana unitaria se abre camino en un mundo que está estructuralmente dividido: *sin embargo, tal división estructural no es entre teoría y práctica, sino entre sentido y realidad*, es decir, entre un sentido sin realidad y una realidad sin sentido. En el libro *La alienación artística* he definido lo primero como «arte» y lo segundo como «economía»<sup>102</sup>. Semejante exigencia, por lo tanto, no nace del empíreo con el vano propósito de hacerse carne, sino de la situación *histórica* concreta de separación: si surge del ámbito separado del sentido adoptará la forma de *teoría crítica*, mientras que si surge del ámbito separado de la economía adoptará la forma de *lucha de clases*. Así, parece errado considerar la teoría crítica como la teoría de la lucha de clases o viceversa, la lucha de clases como la práctica de la teoría crítica. De hecho, si se admite semejante correspondencia los teóricos pasarán a desempeñar un papel directivo en la sociedad. La división entre teoría y práctica no es en absoluto una división estructural, sino el medio a través del cual la burguesía, a partir del Renacimiento, ha logrado introducir el capitalismo indus-

---

102. Ver la primera parte de *La alienación artística* y «Agaragar y la teoría crítica», *Agaragar*, núm. 2.

trial<sup>103</sup>. Y no es un misterio que el leninismo, que hace suya semejante división, lleve a un capitalismo de Estado. En la distinción teoría-práctica la teoría es por definición dirigente y la práctica es por definición subordinada. Los equilibrios de la IS respecto de este argumento eluden la solución fundamental, a saber: que el ámbito de validez de los conceptos de teoría y práctica está limitado al mundo burgués.

Quedan así patentes la importancia y los límites de la teoría crítica situacionista. Si bien es cierto que los situacionistas intuyen la posibilidad de soluciones nuevas y anticipatorias en casi todos los temas, también lo es que, precisamente en las cuestiones de fondo, demasiado a menudo recaen en una traducción teórica de un subjetivismo artístico que nunca llegan a superar definitivamente, o bien en una repetición de las dificultades ya implícitas en el pensamiento de Marx.

---

103. Ver «Teoria e pratica nel Rinascimento...», *Agaragar*, núm. 3.



## LA REALIZACIÓN DE LA TEORÍA

Inseparable de la negación del arte y de la teoría crítica de la sociedad, la realización de la teoría es un conjunto de dimensiones vividas, de intereses, de comportamientos, de pensamientos, de acciones, de decisiones y de elecciones, que tienden a crear ambientes libres del condicionamiento del poder en los que la creatividad individual y colectiva pueda manifestarse plenamente. Estos esfuerzos orientados a la *realización del sentido* toman en la IS, al igual que en Dadá<sup>104</sup>, cuatro direcciones fundamentales: la subjetividad radical, el grupo, el escándalo y la revolución social.

### La subjetividad radical

La exigencia de una *nueva subjetividad* aparece ya en los primeros números de la revista. Así, en 1959 la sección holandesa de la IS defendía la invención ininterrumpida como modo

---

104. Ver mi «Crítica y realización del arte en Dadá», *Agaragar*, núm. 1, o bien *La alienación artística*, págs. 191 y ss.

de vida<sup>105</sup>. El manifiesto de 1960 contraponía, al arte parcelario y espectacular, la participación total y la organización del momento vivido<sup>106</sup>. Kotányi, a su vez, define el *deseo* como «aquello que es radicalmente anti-alienante en la vida de todos»<sup>107</sup>. André Frankin intenta ilustrarlo elaborando el concepto de *No Futuro*, que él entiende como la realización de todos los futuros posibles, algo que tiene que ver con el advenimiento de una «historia sin tiempos muertos» que implicaría una transformación radical de la emotividad<sup>108</sup>. De manera harto similar, Asger Jom defiende la liberación de los valores humanos, es decir, «la transformación de las cualidades humanas en valores reales»<sup>109</sup>.

Todas estas propuestas se relacionan directa o indirectamente con la experiencia de la subjetividad artística y, en el fondo, no representan más que la extensión de la misma a todos los aspectos y momentos de la existencia. Algo parecido ocurre con el concepto de *subjetividad radical*, que Raoul Vaneigem se encargará de elaborar mucho más ampliamente. En efecto, la segunda parte del *Tratado...* —que lleva por título, precisamente, «La inversión de perspectiva»— se propone «acercarse a lo social con las armas de la subjetividad, reconstruir todo a partir de sí mismos»<sup>110</sup>. Sin embargo esta subjetividad no es algo meramente privado que se manifieste de forma distinta en cada individuo, sino que, precisamente, es

---

105. *IS*, III, p. 31.

106. *IS*, VI, p. 37.

107. *IS*, VII, p. 47.

108. *IS*, IV, pp. 16-18.

109. *Ibíd.* p. 19.

110. Vaneigem, *op. cit.* p. 191.

*radical* en el sentido de que «todos los individuos obedecen a una misma voluntad de realización auténtica y su subjetividad se refuerza al percibir en los demás la misma voluntad subjetiva»<sup>111</sup>. Eso no significa que exista *un solo modo legítimo de ser revolucionarios*; Vaneigem evita llegar a semejante conclusión al afirmar que todas las subjetividades, a pesar de que comparten una misma voluntad de realización integral, difieren entre ellas.<sup>112</sup> La solución a todas estas dificultades hay que buscarla en el hecho de que la subjetividad radical se identifica con la «creatividad universal», que no es otra cosa que la experiencia artística en su forma subjetiva. Lo que revela su pretensión de totalidad es el carácter ideal de su horizonte: en el fondo el mérito de Vaneigem es haberla expresado de manera extrema, mientras que su error fundamental consiste en haberla hecho pasar, pura y simplemente, por la dimensión psicológica revolucionaria. Así, según Vaneigem, ésta habría de manifestarse en un triple proyecto que implicaría su realización, comunicación y participación en ella. Estas tres pasiones guardan a su vez una estrecha relación recíproca y en un contexto de aislamiento degeneran respectivamente en voluntad de poder, en mentira, en masificación. La *realización* nace del deseo de crear, de objetivar un proyecto preexistente; la *comunicación* se relaciona con el amor, que es el modelo más puro y más difundido de comunicación auténtica; y finalmente, la *participación* se expresa en el juego, siempre y cuando se establezca una relación dialéctica entre los participantes del grupo que ayude a cada uno a radicalizar su propia subjetividad.

---

111. *Ibíd.*, pp. 202-203.

112. *Ibíd.* p. 200.

## La espontaneidad

Especial interés presenta, en el tratamiento de Vaneigem, el concepto de *espontaneidad*. Lejos de aludir a una emergencia automática de un *dato inconsciente* ya constituido, la noción de espontaneidad es el punto de destino de un largo *proceso consciente*. Para los situacionistas no se trata de dar rienda suelta a fuerzas psicológicas super-individuales reprimidas o inhibidas (que contendrían en sí mismas todo el sentido), sino de conducir con obstinación y lucidez una lenta batalla en pos de la afirmación de la propia conciencia: «si la creatividad es la cosa mejor repartida del mundo», escribe Vaneigem, «la espontaneidad, por el contrario, parece depender de un privilegio. Los únicos que la detentan son aquellos a quienes una larga resistencia al poder ha conferido la conciencia de su valor individual: es decir, la mayor parte de los hombres en los momentos revolucionarios y más de los que se cree en un tiempo en el que la revolución se construye día a día»<sup>113</sup>. Los situacionistas sólo ven el aspecto subjetivo y consciente de la psique, y se proponen nada menos que eliminar el componente objetivo e inconsciente que se manifiesta en los sueños: «sólo es espontáneo», continúa Vaneigem, «aquello que, sin emanar de una constricción interiorizada hasta el subconsciente, escapa a la expropiación practicada por la abstracción alienante, a la recuperación espectacular... La reestructuración del individuo pasa por una reestructuración del inconsciente (cfr. la construcción de los sueños)». La justa exigencia de localizar y eliminar de la propia subjetividad todo cuanto ha sido impuesto por la edu-

---

113. *Ibíd.* p. 200.

cación autoritaria parte de una concepción de la psique que privilegia de manera exclusiva el aspecto activo y consciente. De ahí se deriva una dimensión existencial en la que cada pausa es percibida como una cosificación, cada reposo como una dimisión. La consecuencia más grave de esta forma de tratar el problema es que, por un lado, la subjetividad continúa viéndose a través de la lente deformante de la experiencia artística, mientras que, por el otro, el inconsciente, y en general toda forma de objetividad, quedan abandonadas a las interpretaciones conservadoras.

### Crítica de la cosificación

Lo cierto es que Vaneigem se defiende muy mal de estas objeciones: «no es que las cosas», escribe, «no expresen nada. Cuando alguien otorga a un objeto su propia subjetividad, el objeto se hace humano. Pero en un mundo regido por la apropiación privada, la única función del objeto es la de justificar al propietario».<sup>114</sup> De esta forma, Vaneigem entiende una vez más que la posición del *objeto* está subordinada al sujeto, confundiendo así el estatuto económico de las mercancías, derivado del intercambio, con la objetividad. Vaneigem está dispuesto a atribuir sentido y valor al objeto sólo en la medida en que éste sea la prolongación y el apéndice de la subjetividad, aunque ello conlleve, precisamente, desconocer por completo dicho objeto. Tampoco se puede decir que su intento de fundación histórica de la subjetividad radical haya

---

114. *Ibíd.* p. 259.

sido un éxito: «Nosotros no hemos elegido la subversión de las perspectivas en virtud de un voluntarismo cualquiera, sino que es ella la que nos ha elegido a nosotros. Comprometidos como estamos en la fase histórica de la NADA, el paso siguiente no puede ser otro que un cambio del TODO. La conciencia de la revolución total, de su necesidad, es nuestra última forma de ser histórica, la última posibilidad que nos queda de deshacer la historia en ciertas condiciones»<sup>115</sup>. Tal y como ya ocurría en Debord, esta referencia a la historia es más un modo de absolutizar el sujeto, al sustraerlo de toda relatividad, que una manera de comprender la historicidad esencial de la autoconciencia artística. En conjunto, por lo tanto, el intento de los situacionistas de hacer de la subjetividad radical una realización efectiva del sentido parece del todo inadecuado a la amplitud y profundidad de las transformaciones exigidas: la falta de una crítica radical del arte, la aceptación plena del idealismo de la autoconciencia artística —que se cree todo porque posee el sentido de todo—, la confusión entre objetivación y cosificación y la ignorancia de la dimensión inconsciente de la psique son limitaciones que les impiden dar con las coordenadas de una dimensión verdaderamente alternativa de la vida psíquica.

### El grupo revolucionario

Una de las cuestiones más importantes para la IS, ya desde el momento de su fundación, fue el proyecto de *grupo*,

---

115. *Ibíd.* p. 195.

entendido éste como anticipador que prefigura nuevas relaciones humanas revolucionarias. En la primera parte de este estudio hemos seguido el desarrollo de dicho proyecto desde sus inicios hasta la ruptura total con el arte moderno y sus consecuencias; hemos visto cómo el legítimo rechazo del eclecticismo y la justa exigencia de constituirse en movimiento coherente contenían en sí mismos aspectos no superados de la autoconciencia artística que favorecían la afirmación del sectarismo y del dogmatismo. En el periodo sucesivo, comprendido entre los años 1964 y 1966, los situacionistas confirman su concepción de la IS, aunque tratan, eso sí, de introducir nuevas e importantes determinaciones tendentes a corregir los aspectos más exclusivistas y sectarios del movimiento. Dejando sentado que la IS es «un pequeño grupo experimental, casi alquímico, en el que se prepara la realización del hombre total»<sup>116</sup>, el problema que sus miembros tratan de resolver antes que ningún otro es el de cómo conciliar y armonizar la experiencia de la subjetividad radical con el proyecto de un grupo solidario y coherente. Vaneigem propone, en este sentido, «un conjunto de perspectivas individuales armonizadas, que no entren jamás en conflicto entre ellas y que constituyan el mundo conforme a los principios de coherencia y colectividad», y considera posible que «la totalidad de estos ángulos, todos diferentes, se abran no obstante en la misma dirección, ya que la voluntad individual se confunde desde ahora con la voluntad colectiva»<sup>117</sup>. El fundamento de semejante armonía se halla aún anclado en la universalidad

---

116. *IS*, VIII, p. 47.

117. Vaneigem, *op. cit.*, p. 194.

de la subjetividad radical, la cual se manifiesta de la misma forma en todos los hombres: «Nadie puede reforzar su subjetividad sin la ayuda de los demás, sin la ayuda de un grupo convertido él mismo en un centro de subjetividad, un reflejo fiel de la subjetividad de sus miembros. La Internacional Situacionista es hasta hoy el único grupo que se ha decidido a defender la subjetividad radical.»<sup>118</sup> Esta solución, sin embargo, se asienta sobre un equívoco, ya que la universalidad de la subjetividad radical atañe a *todos y no sólo a los situacionistas*. Lo que Vaneigem pretende de forma subrepticia es justificar, con referencias a condiciones universales, actitudes o comportamientos que él presenta como exclusivos de los situacionistas y limitados por definición a su grupo. Así, cuando escribe que «el proyecto de participación implica... una coherencia tal que las decisiones de cada uno son las decisiones de todos»<sup>119</sup>, o que «cada uno de nosotros sabe que actúa por los demás al actuar por sí mismo»<sup>120</sup>, no hace sino confirmar que entre los situacionistas existe una relación de *intercambiabilidad*. Ahora bien, la justificación de semejante relación *particular* habría de ser, ella también, *particular*. Lejos de ello, Vaneigem ofrece de esta relación específica justificaciones universales: «Nada me autoriza a hablar en nombre de los demás, yo no soy delegado más que de mí mismo y, no obstante, constantemente me domina este pensamiento de que mi historia individual no es solamente una historia personal, sino que sirvo a los intereses de hombres innumerables viviendo como vivo y esfor-

---

118. *Ibíd.* p. 227.

119. *Ibíd.* p. 270.

120. *Ibíd.* p. 258.

zándome por vivir más intensamente, más libremente». O una cosa o la otra: o la relación de identidad atañe sólo a los situacionistas y es el fundamento de la originalidad de su grupo -y entonces deberá justificarse con argumentos particulares-, o bien se trata de un dato implícito en la subjetividad radical, en cuyo caso afecta potencialmente a todos los hombres (y actualmente a todos los revolucionarios). Los situacionistas confunden arbitrariamente estos dos niveles y, al pretender dar a una situación específica una medida universal, crean un modelo abstracto de perfección, absolutizan el grupo hasta anular en él sus cualidades individuales. La consecuencia de todo ello es un sectarismo delirante que hace que quien no forme parte del grupo -o deje de formar parte de él- quede por así decirlo excluido del movimiento revolucionario. Como dice Vaneigem: «Hay cien maneras de estar de parte del poder. Sólo hay una forma de ser radical».<sup>121</sup> Implícito queda, naturalmente, que esa única forma consiste en formar parte de la IS. El primer presupuesto de este sectarismo sigue siendo de naturaleza fundamentalmente artística y no es otro que el de «seguir la propia voluntad subjetiva de serlo todo»<sup>122</sup>, estableciendo las relaciones con los demás sobre la base del «reflejo de identidad»<sup>123</sup>: ni más ni menos que la quintaesencia de la autoconciencia artística.

La propia IS trata sin embargo de atenuar el alcance de estos errores, ya sea planteando las expulsiones como necesidad defensiva, o bien presentándose a sí misma como organi-

---

121. *Ibíd.* p. 62.

122. *Ibíd.* p. 194.

123. *Ibíd.* p. 257.

zación provisional destinada a fundirse en el movimiento revolucionario. En lo que se refiere al primer argumento, es particularmente relevante el texto «La ideología del diálogo», aparecido en el número 10 de la revista: «Aquellos que no quieren ni juzgar ni dar órdenes», reza el texto, «deben *rechazar* a toda persona cuya conducta pretenda comprometerlos. Cada vez que la IS excluye a alguien, en realidad no le estamos pidiendo cuentas a un individuo sobre su vida, sino *sobre la nuestra*, sobre el proyecto común que él querría falsificar (ya sea porque albergue intenciones enemigas o bien por simple falta de discernimiento)... Nosotros no somos un *poder* en la sociedad, y así nuestras “exclusiones” no significan otra cosa que nuestra propia voluntad de distinguirnos del confusionismo del ambiente que nos rodea y del que reina incluso entre nosotros (un confusionismo que está mucho más cerca del verdadero poder social existente, que es el que tiene todas las ventajas)». En lo que respecta al segundo argumento, afirman que la IS «desaparecerá en cuanto cada uno de nosotros sea completamente situacionista, y no ya proletario que lucha por el fin del proletariado»<sup>124</sup>. Estas observaciones, siendo legítimas, no se hacen cargo de la esencia del problema. En efecto, se hace evidente la desproporción entre las pretensiones de absoluto, que permanecen inmutables, y las argumentaciones de naturaleza táctica con las que se trata de justificar las expulsiones. Si es cierto que el grupo es verdaderamente una prefiguración de las nuevas relaciones revolucionarias, una realización efectiva del sentido, parecen del todo inadmisibles tanto la facilidad y

---

124. IS, IX, p. 25.

la rapidez de las exclusiones como su motivación meramente defensiva. Lo cierto es que el proyecto de superación eventual de la IS en el movimiento revolucionario no basta para desmentir el carácter artístico y sectario de un movimiento en el que los participantes no han de ser sólo proletarios conscientes, sino que deben además «tener genio».<sup>125</sup>

## El escándalo

La tercera dirección fundamental de las realizaciones de la IS es el *escándalo*. Ya en 1961 los situacionistas se proponían «danzar contra este mundo escándalos más violentos y más completos, a partir de la libertad clandestina que se afirma un poco por todas partes bajo el pomposo edificio social del tiempo muerto».<sup>126</sup> Consecuencia directa de esta pretensión fue el proyecto (nunca realizado) de ocupar los locales parisinos de la UNESCO. Pero la formulación más precisa del escándalo situacionista es obra de Vaneigem; éste, tras reconocer que en la IS existen virtualmente las condiciones para un poder concentrado antagonista al burgués, así como para una representación de la voluntad de las masas, escribe: «Rechazamos tanto la concentración de un poder como el derecho de representar, con la conciencia de que nosotros adoptamos a partir de este instante la única *actitud pública* (ya que no podemos evitar el darnos a conocer, hasta cierto punto, de forma espectacular) que pueda dar a aquellos que

---

125. *Ibid.*, p. 43.

126. *IS*, VI, p. 15.

se descubran en nuestras posiciones teóricas y prácticas el poder revolucionario, el poder sin mediaciones, el poder que contiene la acción directa de todos. La imagen-piloto sería la columna Durruti, que atravesaba ciudades y pueblos liquidando los elementos burgueses y dejando a los trabajadores la tarea de organizarse».<sup>127</sup> Emergen aquí claramente las características fundamentales del escándalo situacionista: éste consiste en tomar el poder para destruirlo, propagando entre tanto la crítica radical de todos los aspectos del viejo mundo. Los dos aspectos parecen indisolublemente unidos. En primer lugar, la acción no ha de ser un simple pretexto para hacer publicidad de la teoría revolucionaria, sino que tiene una dimensión ejemplar propia consistente en la auto-abolición del poder; en segundo lugar, el reconocimiento y la apropiación de la teoría crítica en su totalidad por parte de todos los organizadores del escándalo es una condición indispensable de su validez.

## El movimiento estudiantil de Estrasburgo

La importancia que para la IS tienen estos dos elementos apenas mencionados se pone de manifiesto en el *escándalo de Estrasburgo* del otoño de 1966, organizado por la propia IS con la colaboración de estudiantes de la universidad local y que constituye la primera manifestación europea de la revuelta estudiantil. El origen del escándalo está en la elección para la asociación estudiantil local (AFGES) de un

---

127. IS, VIII, p. 47.

grupo de estudiantes de orientación «extremista», los cuales, a través de amigos que estaban al tanto de los postulados situacionistas, tomaron contacto con la IS en el verano de 1966 llevados por el deseo de encontrar una expresión coherente para sus intenciones negadoras. La IS les aconsejó la redacción y la publicación de un texto de crítica general del movimiento estudiantil y de la sociedad, consejo que ellos aceptaron. Así, tras una breve reflexión terminaron por encargar al situacionista Mustapha Khayati la redacción del texto, que llevaría por título *De la miseria en el medio estudiantil considerada en sus aspectos económico, político, psicológico, sexual y especialmente intelectual, y de algunos medios para remediarla*. Una vez discutido y aprobado por todos, el texto se publicó a cargo de la AFGES y fue distribuido al comienzo del nuevo año académico. Se puede decir que *De la miseria...* es un compendio particularmente eficaz de la teoría crítica situacionista. Articulado en tres partes dedicadas, respectivamente, a la condición estudiantil, a la revuelta de la juventud y a la revolución proletaria, el texto vuelve a exponer los argumentos de la IS con una perentoriedad y un rigor ejemplares. En el momento de su publicación, la oficina directiva de la AFGES anunciaba que su único programa consistía en la propia autodisolución inmediata, al tiempo que convocaba una asamblea general para votarla.

Sin embargo, lo cierto es que de los dos aspectos generales del escándalo situacionista, la autodisolución del poder y la apropiación de la teoría crítica, el segundo estaba ausente ya desde el principio. La escasa homogeneidad y las insuficiencias del grupo estudiantil de Estrasburgo conferían a los situacionistas, por un lado, *un papel dirigente*, al tiempo que los impelían a *distinguirse netamente* de los estudiantes.

Semejante situación no podía sino generar malentendidos y hostilidades secretas: los estudiantes soportaban mal la condición de ser «simpatizantes de la IS» antes que «situacionistas» de pleno derecho y esa discriminación era una fuente de malestar entre los mismos situacionistas presentes en Estrasburgo. Ese fue el motivo por el que, en enero de 1967, incluso antes de que concluyera el escándalo universitario, se llegara a la ruptura entre la IS y tres de los cuatro de los situacionistas presentes en Estrasburgo: Théo Frey, Jean Garnault y Herbert Holl. Estos, con el apoyo de una parte de los estudiantes, comenzaron entonces una violenta polémica contra la IS, a la que acusaban de querer establecer, mediante una práctica secretamente bolchevique, una jerarquía oculta entre sus propios miembros. La oficina de la AFGES rechazaba ahora cualquier relación ulterior con la IS, ya que «cuando los portadores de la teoría, buscando su realización, fundamentan en el *desprecio* la comunicación de dicha teoría a las fuerzas que están animadas por esa búsqueda *en la práctica*, los portadores de la teoría no pueden realizar más que sus propias deficiencias, atrayéndose el desprecio de aquellos que han sabido reconocerlos»<sup>128</sup>. En efecto, el comportamiento de la IS de cara a los estudiantes no fue ajeno a un *tacticismo* orientado a instrumentalizar sus acciones en provecho de la organización situacionista. Se abría de esta manera el problema de las relaciones entre la IS y aquellos individuos o grupos que, aun haciendo suya la tesis de la revolución consejista, carecían de un grado de preparación que se adecuara al nivel exigido por los situacionistas.

---

128. Octavilla *Vous soutez-vous de nous? Vous ne soutez pas longtemps.*

Uno tras otro, Garnault, Hoil, Edith y Théo Frey expresaron su clamorosa disidencia en el texto «El único y su propiedad» que, dirigido contra Debord y la IS, se detiene en dos cuestiones específicas: la crítica de la vanguardia y la relación entre teoría y práctica. Sin embargo, lo cierto es que el texto en cuestión tampoco aporta ninguna contribución relevante en relación con ninguno de los dos problemas arriba mencionados. Por un lado, su rechazo de la vanguardia es meramente superficial y no va a la raíz del fenómeno artístico ni del político y, por otro lado, en lo que respecta a la discusión sobre teoría y práctica, si bien el texto acierta al poner de relieve que el concepto situacionista de coherencia no es dialéctico (sino que deriva de la lógica formal porque se basa en el «augurio desencarnado de una adecuación inmediata entre la teoría y la práctica»), no deduce de esta observación otra consecuencia que la referencia general a «una organización revolucionaria capaz de actuar en el mundo a gran escala». De esta forma le dejaron a la IS el contraataque servido en bandeja, ya que les bastó simplemente con señalar la inoportunidad de su pretensión de identificarse con semejante organización<sup>129</sup>. En realidad, el texto de Garnault y compañía constituye el *espejo* de los límites de la IS: en el fondo unos y otros se lanzan las mismas acusaciones y con el mismo lenguaje. Es probable que la perplejidad que toda esta polémica suscitó en algunos simpatizantes no derivase tanto —como sostuvo la IS— del carácter «trivial, directo y brutal» de los hechos (sobre los cuales se podía haber estado mal informado), sino más bien de la manifestación repentina de resentimientos y de antipatías recíprocas, así

---

129. IS, XI, p. 68.

como de la violencia gratuita, mezquina y chismosa a la que recurrieron las dos partes<sup>130</sup>. La consecuencia más profunda de esta escisión fue que las *ilusiones* que el grupo situacionista se hacía respecto de sí mismo comenzaron a desvanecerse: el profundo *malestar* que regía las relaciones entre situacionistas (y que, como ya decíamos en otro lugar, provenía de un sectarismo de origen artístico) aparecía ahora a la luz del día, sin que por otra parte se hubiera logrado identificar una perspectiva para su superación. Es más, los mismos que reprochaban a la IS el ser «tan sólo un grupo de teóricos» tendían a despachar su propia subjetividad presentándola pura y simplemente como un *dato revolucionario* a priori absoluto e indiscutible.

## Transparencia y coherencia

Se diría que fueron Vaneigem y Debord quienes tomaron una mayor conciencia de este malestar. Ambos trataron repetidamente de extraer un lección teórica de la amarga experiencia de la ruptura; el primero, planteando la instauración de una especie de *transparencia absoluta* de relaciones, mientras que en el caso de Debord el aprendizaje pasó más bien por la propuesta de una *relación histórica* directamente conectada con el proyecto revolucionario. Vaneigem, en su artículo de 1967 titulado «Tener por objetivo la verdad práctica», después de subrayar el carácter estratégico de la expulsión y de la ruptura (las cuales

---

130. Los estrasburgueses produjeron decenas de circulares llenas de injurias y de revelaciones escandalosas; la IS, por su parte, el texto *¡Atención! Tres provocadores*.

«no nacen del gusto por la pureza, sino de un simple reflejo de autodefensa») y tras identificar «el único límite de la participación democrática» en la organización revolucionaria «en el reconocimiento y en la auto-apropiación por parte de todos sus miembros de la coherencia de su crítica»<sup>131</sup>, se detiene en una serie de razonamientos que constituyen una especie de autocrítica limitada. Así, afirma que es necesario «no dar nunca nuestra coherencia por adquirida»; realizar una unidad orgánica y no táctica con los simpatizantes; negar a la IS un valor absoluto, no reconociendo en su «preeminencia momentánea... nada más que una feliz desgracia»; y, sobre todo, «no equivocarnos acerca de nosotros mismos». Para Vaneigem la mejor manera de obtener tales resultados consiste en «no disimular nada a propósito de nuestras experiencias; establecer, por medio de la difusión de nuestros métodos, de nuestras tesis críticas y de nuestros procedimientos de agitación, la mayor transparencia posible en cuanto a la realidad del proyecto colectivo de liberación de la vida cotidiana». Por lo tanto, en su opinión no hay que ocultar las propias insuficiencias dentro de uno mismo —como hacen Garnault y sus amigos—, sino superarlas a través de la conciencia que se tiene de ellas y de su comunicación. Sólo de esta manera podrán las insuficiencias de cada uno adquirir la dimensión lúdica que poseen, por ejemplo, en el falansterio de Fourier, en vez de degenerar en el típico resentimiento de la minoría oprimida que reclama, «en nombre mismo de la superioridad que concede a los demás dada su propia insuficiencia, una democracia de la impotencia en la que afirmaría claramente su propio dominio».

---

131. *IS*, XI, p. 37.

El texto de Debord titulado «La cuestión de la organización para la IS» (abril de 1968) se plantea estos mismos problemas y revela de forma análoga un moderado redimensionamiento de las ambiciones de la IS. Así, tras afirmar que no es en absoluto la intención de la IS el apropiarse del movimiento revolucionario y que, es más, su destino no es otro que la disolución en la sociedad revolucionaria, Debord afirma que la IS no ha sido jamás considerada por parte de sus miembros como un fin, sino «como un momento de una actividad histórica»<sup>132</sup>. Asimismo, afirma que la coherencia situacionista no es otra cosa que «la relación, tendente a la coherencia, de todas nuestras tesis formuladas, la relación entre ellas y nuestra acción y también nuestra solidaridad por las cuestiones (muchas, pero no todas) en las que alguno de nosotros debe comprometer la responsabilidad de los demás» y, en fin, que «la buena conducta revolucionaria» no es una consecuencia necesaria de la adquisición de las bases teóricas. Ante la acusación lanzada por los de Estrasburgo a propósito de la existencia de relaciones cripto-jerárquicas en el seno de la IS, la opinión de Debord es articulada. Así, por un lado postula la necesidad de una «participación igualitaria en el conjunto de una práctica común que al tiempo que revela los defectos ofrezca los remedios», mientras que por otro lado sostiene que tal cosa no implica en absoluto «la existencia (ni mucho menos el reconocimiento) de una pareja excelencia de todos frente todas las cuestiones u operaciones»; es más, una de las condiciones fundamentales para ingresar en la IS —condición que a Debord le parece que ha venido descuidándose—

---

132. *IS*, XII, p. 112.

es la demostración de *capacidades* reales. Finalmente, sobre el problema de fondo del carácter de las relaciones que deben darse entre los situacionistas, escribe Debord: «A diferencia de los hábitos de los excluidos que, en 1966, pretendían alcanzar en la IS —de forma no activa— una realización completa de la transparencia y la amistad (a quien pusiera reparos a su compañía lo venían a considerar poco menos que un obstáculo), al tiempo que alimentaban en secreto los celos más idiotas, mentiras dignas de un colegio de párvulos y unos complots tanto más ignominiosos cuanto que irracionales, nosotros no podemos admitir en nuestro grupo más que relaciones históricas (una confianza crítica, el conocimiento de las posibilidades o de los límites de cada uno), pero sobre la base de la lealtad fundamental que exige el proyecto revolucionario que lleva definiéndose desde hace más de un siglo».

Las soluciones de Vaneigem y Debord, ¿son divergentes o convergentes? Si bien es cierto que a primera vista podría parecer que esa transparencia total que Vaneigem quiere extender a todos los aspectos de la vida va en dirección opuesta al carácter histórico de las relaciones defendido por Debord, a la larga ambas perspectivas podrían complementarse mutuamente en la medida en que la vida cotidiana, una vez liberada del limbo de la privación, pasara a ser considerada en tanto que *hecho histórico* y, como tal, objeto de una consideración revolucionaria concreta. Sin embargo, lo cierto es que para que esta relación de complementariedad se diera efectivamente, se precisaba la adquisición de una *autonomía* y de un *equilibrio* psíquico a cuya consecución los situacionistas no contribuyeron en nada. La subjetividad artística, que la IS reivindicaba en tanto que fuerza cumplidamente revolucionaria, es, precisamente por su pretensión de tomar posesión

*inmediata* de la totalidad, la menos apta para el reconocimiento de los propios límites y carencias. Por tal motivo, su pretensión de transparencia absoluta la condena a oscilar entre miserables soledades que se pretenden espléndidas y trifurcas de jardín de infancia que tienen el descaro de hacerse pasar por luchas revolucionarias<sup>133</sup>. Por otra parte, la referencia directa y continua a la perspectiva histórica del proyecto revolucionario sólo protege de los delirios del egocentrismo en la medida en que logre librarse de una vez por todas de los ropajes de una «misión histórica» trascendente que prescinde de los aspectos concretos y cualitativos del individuo, y sea capaz de relacionarse con una totalidad social dialéctica que es incomparablemente más amplia que el grupo y sus miembros.

## El retorno de la revolución social

La subjetividad radical, el grupo y el escándalo no son, sin embargo, realizaciones completamente autosuficientes sino que, por el contrario, deben considerarse en todo momento vinculadas con el proyecto de la *revolución social*. Ya desde sus inicios la IS deja claro que sus únicas esperanzas pasan por la abolición del orden social dominante.<sup>134</sup> A pesar de ello, la problemática en torno a la revolución no comienza a formularse directamente por los situacionistas hasta el sexto número de la

---

133. Sobre la degeneración de una parte del *gauchisme* en nihilismo suicida, ver la editorial de «*Quelques réflexions sur... la misère en milieu révolutionnaire*», *ICO*, núms. 110-111, octubre-noviembre de 1971.

134. *IS*, I, p. 3.

revista (1961). En los años sucesivos esta cuestión crece en importancia hasta llegar a convertirse, entre los años 1967 y 1969, en el interés principal de la IS. El punto de partida es la constatación del fracaso del proyecto revolucionario inaugurado en la primera mitad del siglo XIX por el proletariado occidental: la degeneración de la revolución rusa en un capitalismo burocrático de Estado, la aniquilación del movimiento espartaquista y la derrota de la revolución proletaria española habían marcado el final de muchas ilusiones. El bolchevismo, la socialdemocracia y el anarquismo acabaron demostrando su naturaleza meramente *ideológica*, sustancialmente solidaria al mundo burgués de la separación y de la explotación. Así las cosas, la única herencia válida del viejo movimiento revolucionario hay que buscarla en el proyecto de los *Consejos Obreros*, un proyecto que, sin embargo, no debe leerse en clave de «verdad abstracta del pasado», sino que ha de ser repensado a la luz de la nueva realidad histórica: «La revolución ha de ser reinventada»<sup>135</sup>, pues no es del pasado de donde extraeré su poesía, sino sólo del futuro. Si la revolución tiene alguna posibilidad, ésta pasa por su relación con la vida cotidiana. La crítica de la política debe dejar paso a una revolución permanente generalizada a todos los aspectos de la existencia: las viejas nociones de pobreza y riqueza, fundamentadas exclusivamente en el proceso económico, deberán sustituirse por un concepto nuevo que haga referencia a la plenitud y a la satisfacción del deseo. Las energías de la nueva revolución provienen del rechazo del aburrimiento y de la insignificancia en que la inmensa mayoría de la gente se ve obligada a vivir.

---

135. IS, VI, p. 3.

Ya desde una fecha tan temprana como 1961 los situacionistas discernen los primeros signos que anuncian ese vasto movimiento de contestación total que algunos años después iba a sobrecoger a las sociedades industriales más desarrolladas, signos que ellos interpretan conforme a las exigencias más radicales. Tras décadas de humanismo e ilustración pseudo-revolucionarios, los situacionistas serían los primeros en situar la causa de la revolución social única y exclusivamente en la experiencia vivida, en la dimensión concreta de la vida proletaria. Sin embargo, lo cierto es que su clarividencia histórica y su intuición revolucionaria no les libra de caer en un error de fondo cuyas consecuencias no tardarían en aparecer: la sobreestimación que hacen de la subjetividad consciente —en la que me he detenido ya bastante— los lleva a ignorar, no ya los procesos de la necesidad económica (a los que, al contrario, en algunos casos, paradójicamente, conceden demasiada importancia), sino los de la necesidad psíquica. La pregunta de por qué la mayor parte de los asalariados, en medio del malestar y del aburrimiento de esa vida cotidiana que están obligados a vivir, no adquieren una plena conciencia revolucionaria —e incluso en ocasiones se adhieren a organizaciones, iniciativas y estilos de vida contrarios a sus intereses— queda siempre pendiente.

## **Crítica del militantismo**

El interés de los situacionistas se detiene sobre todo en analizar las relaciones internas entre los miembros de la nueva organización revolucionaria y las relaciones entre ésta y la sociedad burguesa. A diferencia de los viejos grupos políticos, que pedían a sus militantes especialización, abnegación y

sacrificio a cambio de autoridad y poder, una asociación revolucionaria de nuevo cuño habrá de ser anti-jerárquica, pedirá a sus miembros una participación auténtica y creativa, conferirá a su actividad una dimensión lúdica y se regirá por la plena transparencia de los vínculos personales. Por lo tanto, en ella el interés individual se identificará con el interés de grupo. En consecuencia, la actitud de una asociación semejante de cara a la sociedad burguesa será por fuerza mucho más intransigente y radical, aunque no masoquista ni mucho menos suicida. Así, ya desde los primeros números de la revista, la IS propone el *ultra-desvío*, es decir, la extensión de esta práctica de defensa y de ataque, nacida en primera instancia en tanto que expresión de la superación del arte, a todos los aspectos de la vida social<sup>136</sup>. Una primera ilustración de este concepto es la que aporta Trocchi cuando escribe: «Nosotros hemos desechado ya toda idea de ataque al descubierto. El espíritu no puede afrontar la fuerza bruta en la batalla abierta. La cuestión consiste más bien en comprender claramente y sin prejuicios cuáles son las fuerzas que se ejercitan en el mundo, de cuya interacción nacerá el futuro; y entonces, con calma, sin indignación, por medio de una especie de *jijitsu* espiritual que nos pertenece en virtud de nuestra inteligencia, modificar, corregir, comprometer, desviar, corromper, erosionar, derribar; ser, en definitiva, los inspiradores de aquello que podemos llamar la insurrección invisible»<sup>137</sup>. El *ultra-desvío* es esencialmente un arma con la que superar el dilema en que se encuentra el individuo o la orga-

---

136. IS, III, p. 11.

137. IS, VIII, p. 49.

nización revolucionaria cuando se ven obligados a escoger entre *ética* y *política*, entre una acción directa y auténtica destinada irremediabilmente a la derrota y una acción indirecta e inauténtica en la que el objeto del deseo sólo se obtiene al precio del compromiso. Este dilema ha sido como tal predispuesto por la sociedad burguesa misma, la cual pretende de esta manera controlar ambas alternativas: si el rechazo frontal lleva al aislamiento psíquico, a la reclusión en el ámbito de la moralidad o incluso al aislamiento físico (pobreza, persecución, prisión), la aceptación implica inmediatamente el ingreso en el mundo del engaño, de la explotación y de la ideología. El *ultra-desvío*, que precisamente se propone como un mecanismo de superación conjunta tanto de la *ética* como de la *política*, presupone por ello y ante todo la ruptura de la cadena de asociaciones existente y su sustitución por otra de nuevo cuño, ante la cual el poder queda completamente desorientado. No estamos hablando aquí de un medio neutro, susceptible de ser recuperado a su vez por el poder; el *ultra-desvío*, en tanto que cambio radical del estado de cosas, sólo está al alcance de aquellos que rechazan los pseudos-valores burgueses y se proponen colmar los verdaderos valores vitales. En otras palabras, no hay que identificarse nunca con un papel ya prefijado, pues en tal caso todas las hipótesis están previstas de antemano, incluida la del rechazo moral de dicho papel; antes al contrario, se trata de crear una situación nueva cuyos términos escapen al poder: «El desprecio y el desconocimiento del contexto establecido por el poder jerárquico», escribe Vaneigem, «no conduce más que a reforzar dicho contexto»<sup>138</sup>, en la

---

138. *Ibíd.* p. 40.

medida en que puede ser fácilmente reprimido. Lejos de ello, la revuelta debe conocer todos los obstáculos y «dar con una táctica que tenga en cuenta la fuerza del adversario y de sus medios de recuperación». Vaneigem dedicará incluso las últimas páginas de su *Tratado...* a este razonamiento: «La mejor táctica», nos dice, «coincide plenamente con el cálculo hedonista... El mero hecho de ir aprendiendo en la vida cotidiana cuáles son las cosas que nos matan y cuáles las que nos fortalecen como individuos libres nos hará merecedores en poco tiempo del título de tácticos». <sup>139</sup> La «táctica» de la que él habla no es, por lo tanto, la razón *astuta*, sino que precisamente consiste en la abolición de la distinción entre medios y fines; es la acción que tiene su propio sentido y que halla su propia satisfacción en sí misma, pero que sin embargo no es ciega en cuanto a sus efectos y sus consecuencias. Vaneigem describe la IS como una federación de tácticos de la vida cotidiana. «El plano inclinado de la revolución se guarda tanto de la conquista parcial como del ataque triunfal»: el *desvío* es precisamente la invención de un «uso superior mediante el cual la subjetividad manipulará a favor suyo» aquello que ha sido predispuesto para aniquilarla.

## Nuevas estrategias

El desarrollo del concepto de *desvío* para dar lugar a *nuevas formas de acción contra la política y el arte* lo llevará a cabo René Vienet, que propone completar la expresión de la contesta-

---

139. Vaneigem, *op. cit.*, p. 274.

ción situacionista valiéndose de medios más modernos que la prensa, como son las fotonovelas, los cómics, la radio y el cine. Las consideraciones que hace sobre este último se antojan particularmente importantes. Vienet rechaza el elemento artístico en el cine: en su empleo revolucionario, el cine puede prestarse particularmente bien «al estudio del presente como problema histórico»; de hecho, el complicado proceso de mediación que el cine requiere puede considerarse como el descubrimiento y la demostración visual de la naturaleza mediática de la realidad social misma<sup>140</sup>.

Esta habilidad para volver a favor de uno las situaciones difíciles y crear nuevas formas de acción ha sido reprochada a la IS como mero *trunfalismo*, es decir, como una tendencia a minusvalorar los obstáculos y las dificultades efectivas que ha de enfrentar la revolución. En realidad, sin embargo, dicha tendencia desempeña una función primordial, al liberar energías preciosas a partir la impotencia y la desesperación. El peligro es más bien otro y tiene que ver con la dificultad de mantener una transparencia exclusivamente circunscrita al grupo e impedir al mismo tiempo que éste degenera en secta. El *ultra-desvío*, cuando se emplea para defender una propiedad, ¿no degenera a su vez en astucia política que extiende su ámbito de acción también —y sobre todo— al interior del grupo en las relaciones entre sus miembros? En fin, las relaciones que se establecen entre los integrantes de una organización revolucionaria, ¿deben acaso por definición ser cualitativamente distintas de las que se establecen entre ellos mismos y el exterior? ¿No se corre entonces el riesgo de superponer a las rela-

---

140. IS, XI, p. 35.

ciones concretas un fundamento teórico y abstracto que se vuelve rápidamente ideológico?

## La revuelta de la juventud

En los años comprendidos entre 1965 y 1968 estos problemas se antojaban aún prematuros. Por entonces la preocupación de la IS era demostrar que la *nueva revolución social* no es un mero ideal que está por realizar sino, por decirlo con palabras de Marx y Engels, «el movimiento real que disuelve con el presente estado de cosas». De este intento se derivan numerosos *análisis históricos* que pueden ordenarse en tres grupos distintos según su objeto de estudio caiga en una de las siguientes categorías: las anticipaciones inconscientes, las falsas vías de las ilusiones revolucionarias respecto de los países subdesarrollados y las auténticas manifestaciones de la revolución. En el primer grupo, se incluye la *revuelta de la juventud*, anticipo de una subversión más vasta que es no obstante incapaz de alcanzar por sí sola la coherencia y la organización de la teoría crítica, razón por la cual degenera en rechazo nihilista. De manera similar la delincuencia de los *blousons noirs*, que desprecia el trabajo pero acepta las mercancías, tiende a recaer en el peor de los conformismos, precisamente por el carácter abstracto de su rechazo. Por último, los *Provos*, que representan la primera expresión política de la contestación juvenil, terminan defendiendo un reformismo de la vida cotidiana que, al optar por lo fragmentario, acepta la totalidad del sistema capitalista.

## La revuelta negra de Watts

En la categoría de las anticipaciones los situacionistas ubican asimismo la revuelta negra de Watts, que tuvo lugar entre el 13 y el 16 de agosto de 1965. Ante ella, afirman, la tarea no consiste tanto en dar la razón a los insurgentes como en «contribuir a *darles a ellos sus propias razones*, explicar teóricamente esa verdad cuya búsqueda se expresa en esta ocasión por medio de la acción práctica».<sup>141</sup> La revuelta de Watts es a ojos de la IS una revuelta contra la mercancía, el espectáculo y la sociedad estadounidense de la abundancia que impone, mediante espejismos de riqueza inalcanzables, el trabajo proletario, la frustración social y la segregación de por vida en los guetos. Los saqueos e incendios que caracterizaron la revuelta no deben entenderse, según los situacionistas, como simples apropiaciones y venganzas contra objetos deseados, sino ante todo como rechazo de los mismos y como un esfuerzo por avanzar en aras de una redefinición de todas las necesidades humanas en el sentido más general. «Una revuelta contra el espectáculo», escriben, «se sitúa al nivel de la *totalidad* ya que —aunque no se produjese más que en el estricto distrito de Watts— se trata de una protesta del hombre contra la vida inhumana, porque parte del *individuo real aislado* y porque la comunidad, de la que el individuo rebelde es separado, es la *verdadera naturaleza social* del hombre, la naturaleza humana, es decir, la superación definitiva del espectáculo»<sup>142</sup>. Por esa razón el nacionalismo negro, separatista o pro-africano, que

---

141. IS, X, p. 3.

142. *Ibíd.* p. 11.

constituye la referencia teórica de la revuelta de Watts, resulta del todo inadecuado para expresarla. Lejos de ser un residuo arcaico de la sociedad estadounidense, el *racismo* es inseparable del capitalismo industrial, que a su vez está obligado, por la propia exigencia fundamental de comprar fuerza de trabajo, a mantener a amplios grupos sociales en una posición jerárquicamente inferior, aunque esto es algo que tampoco puede declarar abiertamente.

### Crítica de la ideología tercermundista

La primera ocasión que aprovechó la IS para denunciar las *ilusiones revolucionarias* alimentadas por el tercer mundo provino del golpe de estado militar que llevó al poder a Boumedien en 1965. En un manifiesto titulado «Declaraciones a los revolucionarios de Argelia y de todos los países», la IS, tras poner de relieve que «la historia del mundo moderno continúa su proceso revolucionario, si bien inconscientemente o con una falsa conciencia», identificaba el sentido del *putsch* en la necesidad en que se encontraba el estado de liquidar definitivamente la falsa autogestión que constituía el aspecto demagógico del poder de Ben Bella<sup>143</sup>. En el texto «Las luchas de clases en Argelia» (que continúa el análisis anterior), los situacionistas ven en el nuevo poder de Boumedien la imposición de determinados ambientes burocráticos (de militares y tecnócratas) sobre otros (de políticos y sindicalistas) que eran hasta la fecha los más influyentes, lo que no deja de confir-

---

143. IS, X, p. 43.

mar la inutilidad de los esfuerzos de todos aquellos que se oponen al nuevo curso de los acontecimientos en nombre de «modelos existentes de poder socialista», ruso o chino. La única fuerza revolucionaria presente en Argelia es el proletariado de las empresas parcialmente autogestionadas o privadas: su tarea histórica consiste en transformar la autogestión garantizada por el Estado (que al igual que ocurre en Yugoslavia se trata tan sólo de un medio más sutil de control) en una autogestión generalizada que implica la destrucción del Estado y el fin de la explotación<sup>144</sup>.

### **Crítica del maoísmo**

En el artículo titulado «El punto de explosión de la ideología en China» las ilusiones maoístas de los intelectuales europeos son censuradas con dureza: la así llamada revolución cultural china es para la IS un episodio de la lucha entre dos facciones de la burocracia que han entrado en conflicto por problemas que giran en torno al control de la economía. En este sentido, el movimiento de la guardia roja fue suscitado por Mao con el fin de volver a las bases contra sus enemigos; sus propósitos, sin embargo, darían resultado sólo a medias, ya que muy pronto las iniciativas de estas bases dejaron de ser controlables, con lo que llevaron al partido y a la clase dirigente casi hasta la disolución<sup>145</sup>. Este análisis, si bien es correcto en cuanto al juicio de fondo negativo sobre el maoísmo, no es satisfactorio.

---

144. *Ibíd.*, pp. 12-21.

145. *IS*, XI, pp. 3-12.

Resulta extraña la consideración que en él se hace de la lucha de clases (como el efecto de un contraste entre burócratas, antes que como la causa fundamental de dicho contraste). En sus magistrales artículos sobre la sociedad china de los años 1949 a 1958<sup>146</sup>, Pierre Brune (seudónimo de Pierre Souyri) había demostrado cómo la lucha de clase de los campesinos y obreros contra el partido era el motor del devenir de la sociedad china y cómo cada iniciativa burocrática podía entenderse en última instancia como una *reacción* del régimen ante una oposición proletaria que, al ser subterránea y carecer de manifestaciones públicas, era también infatigable.

## Las luchas de liberación nacional

El texto «Dos guerras locales» examina conjuntamente la guerra de Vietnam y la árabe-israelí de 1967. La conclusión es que ninguna de las dos presenta aspectos verdaderamente revolucionarios. Es más, al garantizar la adhesión, nunca antes obtenida, de la masa campesina a la burocracia vietcong en el primer caso, y de los palestinos al nacionalismo árabe en el segundo, su efecto no es otro que el de congelar el proceso de la revolución social: «La crítica revolucionaria», afirma la IS, «hunde sus raíces en la historia y su terreno es la totalidad del mundo existente. Por eso no puede, en ningún caso, aplaudir a un *Estado* beligerante ni apoyar la burocracia de un Estado explotador en for-

---

146. P. Brune, «La lutte de classe en Chine bureaucratique», *Socialisme ou Barbarie*, núm. 24 y «La Chine à l'heure de la perfection totalitaire», *Socialisme ou Barbarie*, núm. 29.

mación. Antes que ninguna otra cosa, la crítica revolucionaria ha de descubrir *la verdad* de los conflictos actuales, reconduciéndolos a su propia historia, y desenmascarar los fines no confesados de las fuerzas *oficialmente en lucha*<sup>147</sup>. La causa fundamental de la continuación de la guerra indochina está en las exigencias del capitalismo estadounidense que, incapaz de producir un volumen de beneficios suficiente en casa propia, se ve obligado a buscarlos en el exterior, empeñándose en una política imperialista. Por otra parte, el FNL «no se destaca del marco clásico de las luchas de liberación nacional y su programa sigue basándose en el compromiso de una vasta coalición de clases»; la oposición de los estudiantes y radicales americanos a la guerra, a pesar de ser potencialmente revolucionaria, a fin de cuentas tiende a identificarse mecánicamente «con los enemigos aparentes de sus enemigos reales». La guerra árabe-israelí, por su parte, reveló las contradicciones específicas del sionismo y de la nación árabe: si el primero ha demostrado inequívocamente su naturaleza burguesa, militarista y rabínica (desmintiendo las ilusiones que la izquierda hebrea se había venido haciendo respecto del movimiento de los kibbutz), la segunda se disolvió literalmente, revelando el carácter ideológico del panarabismo nasseriano y su inconsistencia demagógica.

### La revolución en los países subdesarrollados

En su conjunto, estos análisis históricos de los países subdesarrollados no pasan de ser *comentarios económico-políticos*.

---

147. *IS*, XI, p. 14.

Aunque correctos, lo cierto es que no satisfacen en absoluto la necesidad de conocer la *vida vivida* de las sociedades de las que hablan, ni aportan ninguna referencia en cuanto a la *dimensión concreta* de la experiencia de los proletarios argelinos, de los campesinos chinos o de los prófugos palestinos. Curiosamente, los análisis parecen del todo extraños a la problemática de la vida cotidiana, que constituye uno de los temas fundamentales de la teoría crítica situacionista. La razón de esta paradójica disonancia radica precisamente en la contradicción inherente a la IS —y a la que he hecho ya referencia en repetidas ocasiones— entre un progresismo económico-científico que atribuye una dinámica autónoma a las fuerzas productivas y un subjetivismo de tipo artístico que se hace pasar por conciencia revolucionaria total. De ahí que donde se da el uno no se dé el otro, y viceversa. Para la IS en el tercer mundo no existe más que el movimiento de la economía (a excepción quizás del Congo). No por nada las «Contribuciones que sirven para rectificar la opinión del público sobre la revolución en los países subdesarrollados» (1967), de Mustapha Khayati, que retoman las tesis situacionistas sobre el tercer mundo, comienzan con estas palabras: «El papel eminentemente revolucionario de la burguesía radica en haber introducido, de manera decisiva e irreversible, la economía en la historia. Patrona fiel de esta economía, la burguesía se presenta como la dueña efectiva (aunque a menudo inconsciente) de la “historia universal”»<sup>148</sup>. El mismo surgimiento de la conciencia revolucionaria es considerado como «producto directo e involuntario de la dominación capitalista burguesa». Los países

---

148. *Ibíd.* p. 40.

subdesarrollados, en este sentido, acceden con retraso al tiempo histórico de la economía y, en consecuencia, a la revolución. A causa de este retraso económico general, los campesinos pobres asumen la función histórica que la teoría revolucionaria clásica asignaba al proletariado obrero, pero al heredar la derrota de este último, se ven abocados a caer en regímenes burocrático-nacionalistas. En realidad, su «socialismo» no es más que un neo-mercantilismo que pretende acometer las enormes tareas de una inexistente burguesía.

Cómo todas estas premisas, que parecen hacer de la industrialización del tercer mundo una condición *sine qua non* de la revolución, puedan conciliarse con la afirmación de que «no es subdesarrollado aquel que reconoce el valor positivo de la potencia de sus amos», es algo que Khayati no dice; la subjetividad artística disfrazada de conciencia revolucionaria, una vez que ha echado a andar excluye automáticamente, no sólo la admisión de sus límites y carencias, sino incluso el conocimiento de sus propias condiciones. El paso del reino de la Necesidad al reino de la Libertad, de la «prehistoria» a la «historia», viene *determinado* por la primera y concebido como un *acto* único y no como un proceso *continuo*. A partir del momento en que el mundo de la economía ha producido dialécticamente una organización revolucionaria coherente, según los situacionistas, «se ha creado por fin la situación que hace imposible cualquier regreso al pasado». De esta manera, la formación del grupo representa de por sí el salto histórico y se pasa por alto que en realidad este salto no lo ha dado más que una minoría ínfima de proletarios. La mera existencia de la IS en tanto que actividad colectiva permite condenar lo demás como *atraso*, ya que la IS, al recoger la herencia no superada del subjetivismo artístico, se presenta efectivamente como la totalidad.

Esta concepción mecánica del paso de la «prehistoria» a la «historia», por un lado, impide a los situacionistas ver en los países subdesarrollados o en los momentos de reflujo esa dimensión vivida que reivindican por sí misma y por la revolución y, por otro lado, como veremos, los incapacita para explicar concretamente los límites e insuficiencias de aquellos fermentos revolucionarios en los que ellos se reconocen. Por lo que se refiere al primer aspecto de la cuestión, su error se antoja singular: de hecho Socialismo o Barbarie (de donde la IS extrajo muchos temas y argumentaciones básicas, como son el proyecto de los Consejos o el descubrimiento de la impotencia y de la no funcionalidad de cada organismo burgués y burocrático) había ya expuesto teóricamente, y demostrado a través de una serie de análisis históricos precisos, que el motor propulsor del devenir de las sociedades burguesas y burocráticas no es el desarrollo autónomo de la economía capitalista, sino la lucha de clases y la oposición cotidiana y permanente de los ejecutantes a todo tipo de dirigentes: sólo aquéllos, y no —como quiere Khayati— la burguesía, son «los amos efectivos, aunque a veces inconscientes, de la historia universal». La IS, al ignorar esta aportación teórica fundamental, se cierra a sí misma la posibilidad de basar el movimiento histórico en un factor subjetivo, concreto y cotidiano, existente y activo ya en el reino de la Necesidad. En efecto, la lucha de clases constituye el vínculo entre el pasado y el futuro, nos pone a salvo de la utopía e impide que la alienación proletaria pueda llegar a convertirse en cosificación total. Evidentemente el hiperfuturismo situacionista, que basa la revolución proletaria en el cumplimiento de la «revolución burguesa», en el desarrollo de la economía y de la ciencia, jugó en esa ocasión una mala pasada a la IS: al empujarla a exasperar la originalidad absoluta de la sociedad

futura, la hizo recaer, en sentido contrario, en una concepción economicista y política de las sociedades subdesarrolladas.

## La teoría de los Consejos obreros

Al tiempo que elaboraban análisis históricos sobre los países subdesarrollados, los situacionistas articularon *la teoría del poder absoluto de los Consejos Obreros* como único proyecto revolucionario positivo universalmente válido. Dicho proyecto pasa por la destrucción del Estado, del capitalismo y de la burocracia y, por lo tanto, parte del rechazo más absoluto del empleo instrumental que los bolcheviques hacen del Soviet en favor del partido. Abierto a la participación de todos los trabajadores, el Consejo constituye la forma organizativa de la autogestión radical, donde toda jerarquía es rechazada, dentro y fuera del mismo. El Consejo elige delegados revocables en cada momento, disuelve toda forma de poder externa así como toda actividad especializada que se aleje de sus exigencias, y no tolera limitaciones de índole geográfica ni de cualquier otra. Su poder «debe imponer sin demora la transformación fundamental de la producción y de las relaciones en el seno de la misma, debe abolir la mercancía y modificar las necesidades, debe cambiar el ordenamiento del espacio y de la educación, el ejercicio de la justicia y la definición misma de los crímenes; debe liquidar la jerarquía, su moral y la religión»<sup>149</sup>. Precisamente por la amplitud y la radicalidad de las tareas propuestas, el Consejo se encuentra inmerso desde su nacimiento en una lucha a muerte con el viejo

---

149. *IS*, X, pp. 30-31.

mundo, en la cual uno de los dos habrá de sucumbir: «A la larga, el Consejo no podrá *sobrevivir* más que apostando por la transformación completa de todas las condiciones de existencia y ganando esa apuesta por la vida inmediatamente liberada». Su función histórica, por lo tanto, consiste no en la gestión del mundo existente, sino en su transformación cualitativa ininterrumpida. De esta manera el concepto de *consejo* que proponen los situacionistas supone una superación efectiva de la teoría consejista elaborada por el grupo Socialismo o Barbarie, que en el fondo no proponía más que una humanización y una racionalización de la economía, pero está mucho menos conectada con el análisis histórico de las situaciones concretas: mientras que el proyecto revolucionario de Socialismo o Barbarie encontraba en la experiencia de la revuelta antiburocrática de Alemania del Este (1953), Polonia y Hungría (1956) un elemento fundamental de validación, la IS no identifica en las situaciones atrasadas, ni en los países subdesarrollados ni en las burocracias comunistas, movimientos sociales conscientemente encaminados a la constitución de consejos obreros y su reflexión asume el carácter de un llamamiento voluntarista a la realización de un ideal. La *Carta abierta al Partido Obrero polaco* de Kuron y Modzclewski (1965) expresa en un plano teórico una concepción consejista y de pura gestión más cercana en sus postulados a Socialismo o Barbarie que a la IS. La invasión rusa de Checoslovaquia en 1968 —tal y como reconocen los situacionistas— provoca la aparición de «métodos de lucha netamente revolucionarios al servicio de una burocracia reformista<sup>150</sup>». El proyecto del Consejo Obrero, que se había

---

150. IS, XII, p. 40.

constituido en la forma organizativa revolucionaria de las revueltas del Este europeo en los años cincuenta, en Checoslovaquia no va más allá de los vanos propósitos reformistas de un sector de la burocracia estatal<sup>151</sup>.

## Mayo del 68

Según la IS, la situación histórica que marca claramente el regreso de la revolución social, el comienzo de una época y la reaparición del proletariado como sujeto es el *Mayo francés*. Preanunciado por la revuelta estudiantil, que en sus manifestaciones más conscientes (Berkeley en 1964, la organización Zengakuren en Japón o los sucesos de 1967 en Turín) «se ha afirmado como revuelta contra todo el sistema social basado en la jerarquía y en la dictadura de la economía y del Estado<sup>152</sup>, el movimiento de las ocupaciones que se desarrolla en Francia en mayo de 1968 trasciende netamente el ámbito universitario y se transforma con rapidez en una crisis social de grandes proporciones. Precisamente por eso el Mayo francés ha sido el único episodio histórico importante en cuyo nacimiento y desarrollo ha contribuido en alguna medida la teoría crítica de la IS, cuyos miembros participaron directamente en los acontecimientos: hasta el punto de que el 68 representa el momento álgido por antonomasia de la experiencia situacionista y constituye el mejor testimonio de su importancia y de sus límites.

---

151. También la revuelta obrera auténticamente subversiva de Danzig y Stettin de diciembre de 1970 parece ajena a cualquier referencia consejista (ver el folleto *1970, Danzig y Stettin así como Detroit, Génova, 1972*).

152. *De la miseria en el medio estudiantil, 1967* (ver nota 86).

El movimiento que cogió por sorpresa, no sólo a los burgueses, sino también a casi todos los revolucionarios, había sido presentado por Debord, que ya en abril, en el texto sobre la cuestión de la organización<sup>153</sup>, se expresaba en estos términos: «Las nuevas tendencias revolucionarias de la sociedad actual, aunque sean todavía débiles y confusas, ya no están relegadas a un margen clandestino: este año se dan cita en la calle». Si bien es cierto que ya desde el mes de enero en la universidad de Nanterre un grupo de *Enragés* («rabiosos») simpatizantes de la IS había lanzado una acción de contestación radical de las estructuras universitarias (acción que sería retomada luego con mayor eclecticismo por el Movimiento 22 de Marzo), era casi imposible deducir de ello el contagio inminente de la agitación al conjunto de la sociedad francesa. Como es sabido, la crisis adoptó proporciones generales desde la noche de la batalla de la calle Gay-Lussac (del 10 al 11 de mayo), en la que un barrio entero de París cayó en manos de los rebeldes durante más de siete horas. La reapertura de la Sorbona y su sucesiva ocupación el 13 de mayo indujo a la IS a entrar directamente en la lucha. Y así, al día siguiente se constituía el *Comité Enragés-Internationale Situationniste*. Con la triste experiencia de Estrasburgo aún fresca en la memoria, esta vez los situacionistas esperaron, antes de actuar en común, a que los *Enragés* probaran de alguna manera su autonomía.

La primera iniciativa de este comité fue una apelación a la ocupación de las fábricas y a la constitución de Consejos Obreros, así como la difusión de las principales tesis situacionistas. Uno de los *enragés*, René Riesel, tras ser convocado por

---

153. IS, XII, p. 112.

la asamblea general de la Sorbona para que diera parte de las actividades de su comité de ocupación, expuso un programa de democracia directa que implicaba la abolición de las clases, del trabajo asalariado, del espectáculo y de la supervivencia, a la vez que pedía el poder absoluto para los Consejos. Obstaculizado y boicoteado en todas las formas posibles por los sindicatos estudiantiles y por los grupos leninistas, estalinistas y maoístas, el comité de ocupación, incapaz ya de funcionar, fue obligado a retirarse a los pocos días. Mientras casi todos los trabajadores en huelga ocupaban las fábricas, oficinas y edificios públicos, situacionistas, *enragés* y simpatizantes formaban el «Consejo para el mantenimiento de las ocupaciones» (el 17 de mayo), compuesto por no más de cuarenta personas en total. Este consejo, como escribió el situacionista Viénet en el libro que dedicó por entonces al Mayo<sup>154</sup>, «culminó una experiencia de democracia directa, garantizada por una participación igual de todos en los debates, en las decisiones y en la ejecución. Se trataba esencialmente de una asamblea general ininterrumpida que deliberaba día y noche. No había fracción ni reunión alguna que tuviera una existencia separada del debate común». Más cerca de lo que sería una organización consejista que de un consejo propiamente dicho, el CMDO distinguía en su seno tres comisiones, que se encargaban, respectivamente, de la compilación e impresión de documentos, de los vínculos con las fábricas ocupa-

---

154. René Viénet, *Enragés y situacionistas en el movimiento de las ocupaciones*, París, Gallimard, 1968, págs. 167-68. Hay una versión castellana publicada por Castellote (Madrid) en 1978. Se trata de una edición muy defectuosa (mala traducción, amputaciones). [N. del E.]

das y de los suministros necesarios a la actividad. El CMDO publicó el «Informe sobre la ocupación de la Sorbona» (19 de mayo), en el cual exponía las historias que habían provocado el fracaso de aquella experiencia, la declaración «Por el poder de los Consejos Obreros» (22 de mayo), donde se manifestaba la oportunidad eventual «de volver a poner en funcionamiento ciertos sectores de la economía *bajo control obrero*» y finalmente el «Llamamiento a todos los trabajadores» (30 de mayo), que sostenía que al movimiento (por entonces ya prácticamente en reflujó) «sólo le faltaba *la conciencia de aquello que ya había hecho* para tomar posesión real de esta revolución». En junio de 1968, con la restauración del Estado, el CMDO optaba por rechazar la hipótesis de una existencia permanente y se disolvía.

## El juicio sobre Mayo del 68

El juicio de la IS sobre Mayo, ya esbozado en textos y cartas contemporáneas, fue perfeccionado en el libro de René Viènet *Enragés y situacionistas en el movimiento de las ocupaciones*, así como en su artículo «El comienzo de una época», que aparece en el número doce de la revista. Para los situacionistas el movimiento de Mayo fue esencialmente *proletario* y no estudiantil. Aunque en primera instancia el movimiento fuera provocado por una revuelta estudiantil, lo cierto es que el desarrollo de la protesta superó con creces el contexto universitario. Mientras los estudiantes leninistas o estalinistas se disfrazaban de obreros, el sector más avanzado de entre los trabajadores se disfrazó de estudiante: «El movimiento de Mayo no consistió en una teoría política cualquiera que salie-

se en busca de obreros que la ejecutaran: fue el proletariado el que, actuando, buscaba su propia conciencia teórica»<sup>155</sup>. En plena polémica con Jean-Marc Coudray (quien, desde dentro del *izquierdismo*, expresa ciertas dudas respecto de la voluntad revolucionaria de los obreros<sup>156</sup>), los situacionistas afirman que, si bien es cierto que los obreros habían tolerado el sindicato y que en la mayor parte de los casos no lograron crear las condiciones adecuadas para expresar lo que querían, sin embargo con la huelga general salvaje, la ocupación de los lugares de trabajo y el rechazo de los pactos de Grenelles entre patronal y sindicatos sí dejaron claro que no iban a contentarse con simples mejoras salariales y que entendían que los hechos de Mayo eran irreversibles.

En lo que respecta a las causas de los acontecimientos, los situacionistas excluyen la crisis económica como explicación básica: «lo que se atacó frontalmente en Mayo fue una economía capitalista desatrollada *que funcionaba bien*»<sup>157</sup>. La crisis económica no fue pues la causa; más bien fue una consecuencia de la erupción revolucionaria, la cual no sólo suspendió la producción durante varias semanas sino que, sobre todo, minó las raíces de la confianza de la burguesía francesa en la estabilidad social del país. A diferencia de aquellos grupos izquierdistas que, como *Révolution Internationale*, se esforzaban en identificar las causas del Mayo en la crisis económica provocada por el agotamiento de los recursos abiertos al

---

155. *IS*, XII, p. 7.

156. J. M. Coudray (seudónimo de Cornelius Castoriadis), «La revolución anticipada», en *Mai 1968: la brèche* (avec Claude Lefort et Edgar Morin), Éditions Fayard, 1968.

157. Viénet, *op. cit.*, pp. 209-210.

capitalismo de la segunda posguerra (reconstrucción, explotación de los países subdesarrollados, producción creciente de armamentos)<sup>158</sup>, los situacionistas ignoran estos factores para hacer referencia, de forma extremadamente genérica, al mundo de la mercancía, que «en la medida en que extiende su poder a todos los aspectos de la vida, produce por doquier la extensión y la profundización de las fuerzas que lo niegan»<sup>159</sup>. De esta manera, los situacionistas asumen en lo que respecta a Francia una posición diametralmente opuesta a la que acababan de sostener a propósito de los países subdesarrollados: si en estos últimos veían en el desarrollo autónomo de las fuerzas productivas la causa fundamental de la lucha de clases (a la cual negaban así toda originalidad), aquí evitan referirse a factores históricos deterministas, fundamentando el movimiento en su conjunto en la pura subjetividad subversiva que se halla latente en todas las sociedades burguesas modernas. La coexistencia de métodos y orientaciones tan opuestos en los análisis históricos situacionistas no es una mera rareza o incoherencia, ni indica tampoco una superación de posiciones precedentes. Una vez más, se trata de un fenómeno derivado de su subjetivismo artístico nunca superado: como en los países atrasados no existe IS, los situacionistas lo único que son capaces de ver allí es el dominio totalitario de la economía. En Francia (y en los demás países neo-capitalistas), la presencia misma de la IS —aunque, como ya he dicho, tenga por causa el desarrollo de la econo-

---

158. *Révolution Internationale*, núm. 2, pp. 43-53 y núm. 3, pp. 53-58. Respuesta situacionista en IS, XII, pp. 51-54.

159. Viénet, *op. cit.*, p. 129

mía— es testimonio del bullir subterráneo de una creatividad subjetiva inmediatamente expresiva y de naturaleza espontáneamente consejista, creatividad que constituye el nuevo sujeto histórico. Ello explica esa extraña mezcla situacionista de determinismo y voluntarismo, de economucismo y de subjetivismo, la cual no es —digan ellos lo que digan— fruto del método dialéctico, sino simplemente la consecuencia mecánica de la actitud de creer ser el Todo.

Cuando esta actitud suya se topa con el movimiento subjetivo de liberación respecto del valor de cambio, de ahí se deriva una *coincidencia* que, aunque no garantiza a los situacionistas una superación efectiva de la alienación artística, sí los convierte en intérpretes excepcionalmente agudos de la situación creada. La identificación sin reservas con este movimiento permite a los situacionistas enarbolar y expresar con el máximo vigor la dimensión consciente del Mayo. Las páginas que René Viénet dedica a la descripción de la amplitud y profundidad de la crisis social de entonces se cuentan entre las más vivaces y concretas de cuantas se hayan escrito sobre el tema: «Lo insólito se hacía cotidiano», escribe Viénet, «a medida que lo cotidiano se abría a las sorprendentes posibilidades de cambio... En cuestión de una semana millones de personas habían roto con el peso de las condiciones alienantes, con la rutina de la supervivencia, con el mundo invertido del espectáculo. Por primera vez desde la Comuna de 1871 y con unas perspectivas más alentadoras, el hombre de carne y hueso absorbía al ciudadano abstracto; el hombre individual en su vida empírica, en su trabajo individual y en sus relaciones individuales se convertía en un ser genérico que reconocía sus propias fuerzas como fuerzas sociales. La fiesta otorgaba por fin vacaciones verdaderas a aquellos que sólo

conocían jornadas laborables y festivas. La pirámide jerárquica se había derretido como un cucurucho de helado al sol de mayo. Hablar y comprender eran una y la misma cosa... La vida cotidiana, redescubierta de pronto, se convertía en el centro de todas las conquistas posibles. Personas que habían trabajado siempre en las oficinas ahora ocupadas declaraban que ya no podrían volver a vivir como antes —ni siquiera *un poco mejor* que antes... Se paseaba, se soñaba, se aprendía a vivir. Los deseos empezaban a hacerse poco a poco realidad. Por primera vez hubo realmente juventud, no la categoría social inventada por sociólogos y economistas conforme a las necesidades de la causa mercantil, sino la única juventud real, la que vive sin tiempos muertos, la que rechaza, en pos de la intensidad, la referencia policíaca a la edad... La desaparición del trabajo forzoso no podía más que coincidir con el libre curso de la creatividad en todos los ámbitos: pintadas, lenguaje, comportamiento, táctica, técnicas de combate, agitación, canciones, carteles, cómics... En cuanto a la crítica del proyecto artístico, no era en las sucursales del *happening* ni entre los excrementos de la vanguardia donde había que buscarla, sino en la calle, en los muros y en el movimiento general de emancipación que portaba dentro de sí la realización misma del arte»<sup>160</sup>

Llegados a este punto, hay que plantearse la cuestión siguiente: ¿lograron los situacionistas realizar el proyecto histórico de las vanguardias artísticas, de los dadaístas, de los futuristas rusos, de los surrealistas? A diferencia de todos aquellos movimientos, que en su día se vieron obstaculizados

---

160. *Ibíd.*, pp. 133 y ss.

por el leninismo y el estalinismo, ¿lograron los situacionistas superar el arte en la revolución? Si bien es cierto que llegaron por esa vía más lejos que cualquier otro grupo, en la base misma de su identificación con el proyecto revolucionario hay un *equivoco* fundamental: su exigencia de absoluto se parece a la resolución del Consejo Obrero de presentarse como único poder, con la importante diferencia de que, mientras el de este último alude a la democracia directa, abierta a todos en tanto que totalidad social autogestionada, la totalidad situacionista atribuida a la subjetividad individual no pasa de ser una pretensión ideal, artística.

No es que los situacionistas no hicieran propaganda de sí mismos o de su organización durante Mayo del 68, tal y como hacían los demás grupúsculos. Sin embargo, su forma de hablar en nombre de un proletariado que, si bien había ocupado las fábricas, no había planteado proyecto positivo alguno pone en evidencia una *cesura* entre la realidad del Mayo y su propia perspectiva —cesura que una y otra vez ellos tratan de aclarar sin llegar nunca a conseguirlo realmente—. Una y otra vez los situacionistas se dan de bruces contra una dificultad: si por un lado sostienen que Mayo es el inicio de una época revolucionaria de la que ellos representan la conciencia anticipadora, por el otro están obligados a reconocer que, en Mayo, el proletariado ni constituyó Consejos, ni se pronunció a favor de este tipo de organización. Para salir del atolladero los situacionistas aluden a «una actitud manifiestamente consejista» que siempre antecede a la constitución de los Consejos<sup>161</sup>, a un estado todavía «incipiente de todos los medios concretos,

---

161. *Ibíd.*, p. 148.

entre los que hay que contar la conciencia teórica y organizativa», que hacen posible la sublevación colectiva<sup>162</sup>, al tiempo que afirman que «el movimiento de las ocupaciones estuvo objetivamente lo que se dice *a un paso*» de la formación de un Consejo<sup>163</sup>. Por otro lado, los situacionistas tampoco dudan en «criticar el movimiento de Mayo mismo»<sup>164</sup> poniendo en evidencia sus límites. No deja de ser cierto que ellos nunca se hicieron demasiadas ilusiones durante la revuelta (más bien al contrario: sus juicios y previsiones sobre el futuro de la misma, que no dejan de expresar incluso en los momentos de mayor entusiasmo, son excepcionalmente lúcidos). El 15 de mayo los situacionistas ven tres desarrollos posibles en orden decreciente en cuanto a su probabilidad, a saber: el agotamiento del movimiento, la represión y la revolución social<sup>165</sup>. Y el 22 de mayo delinean de manera muy aguda esta perspectiva: «El gaullismo puede pactar —esencialmente con el P.C. y con la C.G.T. (esto es, indirectamente)— la desmovilización de los obreros a cambio de ventajas económicas, redirigiendo la represión a las corrientes radicales. El poder puede pasar a la “izquierda”, la cual hará la misma política, si bien desde una posición más débil. También puede que se intente la represión con la fuerza. Al final los obreros serán capaces de tomar la iniciativa, hablando por sí mismos y tomando conciencia de reivindicaciones que estén al mismo

---

162. *IS*, XII, p. 4.

163. *Ibíd.*, p. 12.

164. *Ibíd.*, p. 7.

165. Octavilla *De l'IS Paris aux membres de la IS. Aux camarades que se sont déclarés en accord avec nos thèses*, del 15.5.68.

nivel de radicalismo que las formas de lucha que ya han puesto en práctica»<sup>166</sup>.

Donde fallan los situacionistas no es en la constatación de los límites de Mayo, sino en la explicación de los mismos. Viénet distingue ante todo límites objetivos y límites subjetivos. Entre los primeros identifica la acción del sindicato (que representa uno de los principales mecanismos de integración del proletariado en el sistema de explotación), la acción del P.C.F. (que hizo cuanto pudo por poner fin a la huelga) y la de los grupos trotskistas y maoístas (que se obstinaron en reproducir los errores del pasado). Entre los límites subjetivos, Viénet identifica el retraso de la conciencia histórico-teórica (condición *sine qua non* de la revolución social), que según él imposibilitó la constitución de una organización autónoma positiva<sup>167</sup>. Lo que no se explica, sin embargo, es *cómo es posible* que esa subjetividad proletaria que tan radicalmente se expresó a través de la huelga y las barricadas tolere luego a los burócratas y no sepa expresarse coherentemente de manera organizada. Para dar una respuesta adecuada a estos interrogantes no basta con identificar la causa de los límites —como hacen los situacionistas— en los obstáculos que la pasividad económica y espectacular opone a la acción de la subjetividad revolucionaria, sino que es preciso suponer la existencia de *fuerzas psíquicas regresivas* que actúan contra cada tentativa de liberación<sup>168</sup>. Precisamente la reluctancia de los situacionis-

---

166. «Pour le pouvoir des Conseils Ouvriers», en apéndice a Viénet, *op. cit.*

167. Viénet, *op. cit.*, pp. 50 y ss.

168. Sobre este punto reenvío a la obra de Wilhelm Reich, *La psicología de masas del fascismo*.

tas a tomar en consideración los *elementos psíquicos* que aseguran el predominio del pasado sobre el presente revela, una vez más, la naturaleza artística de su subjetividad; al ser ésta incapaz de admitir la existencia de límites internos a la propia libertad, se pone concretamente de manifiesto la *diferencia* que la separa de la psique proletaria del Mayo: mientras que la primera se identifica con la conciencia y la actividad para después proceder libremente a la representación *ideal* de su autonomía absoluta, la segunda es el lugar de un conflicto interno *real* en el que las dos partes en lucha son alternativamente conscientes e inconscientes.

### Grandeza y límites de la Internacional Situacionista

La clave para entender la relación de la IS con Mayo del 68 es la triple identificación arbitraria entre la subjetividad situacionista, el proyecto revolucionario que aspira a la instauración de los Consejos y la psique proletaria: en realidad se trata de tres cosas distintas cuyo *encuentro* no ha sido dialéctico —como cree erróneamente la IS— sino simplemente *ocasional*. *En esta coincidencia radica tanto la grandeza como la miseria de la Internacional Situacionista*. Del simple hecho de esta confluencia deriva el comportamiento admirable de los situacionistas a lo largo de la crisis, la lucidez de sus previsiones sobre la evolución de la misma y la extraordinaria felicidad de sus descripciones. El carácter fortuito y no orgánico de esa coincidencia explica el relativo aislamiento en el que la IS desarrolló su actividad, la escasa resonancia de sus textos, las extenuantes explicaciones de lo que parece ser una paradoja histórica. Si —como dicen los propios situacionistas— la IS ha desempeñado una función

importante, directa e indirectamente, en el estallido de la agitación<sup>169</sup>, interpretando mejor que nadie los fermentos revolucionarios que bullían en las condiciones sociales modernas y mostrando en lo concreto alguna posibilidad de intervención, reconociendo y designando los nuevos puntos de aplicación de la revuelta<sup>170</sup>, en una relación de sintonía tan profunda con el movimiento que éste, al margen del procedimiento político tradicional de adhesión, del proselitismo o de cualquier función directiva, en cierto momento comenzó a «parecerse a la IS», a adoptar por su cuenta las tesis situacionistas<sup>171</sup>, no deja de ser extraño que precisamente en lo que respecta al punto principal del programa revolucionario izquierdista —la formación de los Consejos... el movimiento de las ocupaciones haya estado tan retrasado y la IS tan adelantada. La «inadecuación entre la conciencia y la praxis» que, según los situacionistas, «lleva la impronta fundamental de las revoluciones proletarias no realizadas»<sup>172</sup>, el hecho de que la teoría revolucionaria coherente sea patrimonio de poquísimos individuos y, en fin, las condiciones extremadamente desfavorables en que dicha teoría es comunicada a las masas<sup>173</sup>, todo ello parecería justificar una vuelta a aquellos métodos *políticos* de proselitismo

---

169. IS, XII, p. 18.

170. *Ibíd.* p. 4.

171. *Ibíd.* p. 19.

172. Viénet, *op. cit.*, p. 153.

173. *Ibíd.*, p. 211.

174. Precisamente de una elección de este tipo nace en Italia a finales de 1969 el grupo Lotta Continua el cual, más que ninguna otra organización de la izquierda extraparlamentaria, parece recuperar parte de la temática situacionista.

y de militantisismo<sup>174</sup> que la IS sin embargo desdénia por ser contrarios al principio de la autonomía proletaria. Según Richard Gombin, autor de un libro sobre Mayo que da un amplio relieve a la IS, si el proyecto revolucionario sigue latente, inconsciente en el seno del movimiento proletario, parece inevitable la recaída «en la teoría de los trotskistas, conforme a la cual es necesario adueñarse de las organizaciones de clase para difundir entre la clase obrera las proclamas de tipo revolucionario y la voluntad de lucha»<sup>175</sup>. Los situacionistas tampoco tomaron nunca en consideración esta hipótesis, que siempre les pareció correctamente una reminiscencia tardía del leninismo. En cambio, su error radica en pensar «la teoría desconocida» de la revolución en relación dialéctica con el movimiento real<sup>176</sup>, allí donde el encuentro de su subjetividad artística con la primera y con el segundo fue equívoco y ocasional.

Si el fracaso de Mayo marca el final de la coincidencia de la IS con la psique proletaria, la falsa identificación de la subjetividad artística con el proyecto de los consejos sólo se hará evidente en los episodios sucesivos: desde junio del 68 en adelante el esfuerzo teórico de la IS se dirigirá, precisamente, a profundizar en el problema de la *organización revolucionaria*. Esta búsqueda parece orientarse conforme a dos líneas directrices fundamentales: la explicación de las características esenciales de los Consejos y la tendencia a la creación de una organización consejista más vasta que la IS. Tanto la primera orientación como la segunda terminarán en el más rotundo

---

175. R. Gombin, *Le projet révolutionnaire. Elements d'une sociologie des événements de mai-juin 1968*, Paris-La Haya. Mouton, 1969, pp. 37-38.

176. *IS*, XII, p. 34.

de los fracasos: la teoría de los Consejos, porque se desarrolla de manera cada vez más separada de cualquier examen histórico del movimiento real; y, en lo que respecta a la formación de una organización consejista que pudiera preparar el advenimiento de los Consejos sobre las bases teóricas de la IS, tal proyecto se reveló muy pronto imposible.

La IS siempre consideró los Consejos obreros, no como organismos elegidos por asambleas de base —como sostienen algunos grupos consejistas—, sino como las asambleas generales mismas, que habrían de constituirse con soberanía plena en las empresas y en los barrios, con delegados revocables en todo momento y dependientes tan sólo de sí mismos<sup>177</sup>. Vaneigem escribe en este sentido que «fuera de la autogestión generalizada los consejos obreros pierden todo su sentido. Hay que tratar como a un futuro burócrata, y por lo tanto inmediatamente como a un enemigo, a todo aquel que hable de los consejos en términos de consejos económicos o sociales, a todo aquel que no los sitúe en el centro de la revolución de la vida cotidiana y no asuma las consecuencias prácticas que de ahí se derivan»<sup>178</sup>. Esta interpretación que Vaneigem denuncia, que tiende a limitar el poder del Consejo por muy favorable que sea a su creación, la IS la define como *ideología consejista* y sus representantes son aquellos grupos que apoyan Consejos en cuyo funcionamiento pretenden intervenir como organizaciones autónomas a partir del momento mismo de su constitución. En cambio los Consejos, según Vaneigem, deben considerarse como lo que son, es decir, el punto de par-

---

177. *Ibíd.*, p. 32.

178. *Ibíd.*, p. 75.

tida de la revolución, no su destino. Ofrecerán «las condiciones para una realización permanente de la subjetividad», realizarán históricamente lo imaginario, producirán «un aumento inmediato del placer de vivir», serán «la entrada, vivida y consciente, en la totalidad». Por si fuera poco, Vaneigem se complace en deducir su estructura, aún señalando que sean las organizaciones consejistas revolucionarias existentes las encargadas de precisarla rigurosamente a partir de aquel mismo momento. Así, Vaneigem, de una manera que recuerda a Fourier, distingue en el ámbito del Consejo cuatro secciones (de equipamiento, de información, de coordinación y de auto-defensa), indica las primeras medidas revolucionarias, identifica en la producción sectores prioritarios, de reconversión y parasitarios, para terminar proclamando el fin del trabajo «en el placer de la Historia para sí»<sup>179</sup>.

¿Cuál es el sentido de esta *huida hacia delante*, de este hiper-futurismo revolucionario, tan preocupado por superar aquello que todavía no existe, que parece poner más interés en la prefiguración de los problemas futuros (como por ejemplo, el contraste entre las organizaciones consejistas y los Consejos) que en la solución de los actuales (como por ejemplo, la ausencia de Consejos Obreros en Mayo)? Para poder responder a esta pregunta es preciso referirnos al que fue su otro objeto de estudio, a saber: la organización consejista encargada de preparar el advenimiento de la sociedad de los Consejos. Las características de dicha sociedad se indican ya en un texto de 1966 titulado «Definición mínima de las organizaciones revolucionarias» y son, entre otras, el deber de per-

---

179. *Ibíd.*, pp. 77-78.

seguir de forma coherente la realización internacional del poder absoluto de los Consejos Obreros, el deber de formular una crítica unitaria del mundo, de reconocer el principio y el fin de su programa en la descolonización total de la vida cotidiana, de rechazar en sí misma la reproducción de las condiciones jerárquicas del mundo dominante y, en fin, la virtud de ver explícitamente en su victoria su propio final en tanto que organización separada<sup>180</sup>. Hasta aquí, la organización revolucionaria parece identificarse con la propia IS, o mejor, con lo que la IS querría ser: pues a pesar de haber mantenido alguna relación con grupos semi-radicales españoles que pronto terminaron<sup>181</sup>, y a pesar de ciertas expresiones de elogio a los lejanos Zengakuren, lo cierto es que para los situacionistas iba de suyo que la IS era la única organización revolucionaria que había en el mundo. Era evidente, sin embargo, que esta pretensión no guardaba mucha relación con el tamaño minúsculo de la organización, ni tampoco con sus exigencias cualitativas. Este hecho hizo que Debord considerase necesario, en el texto que dedica a la organización en abril de 1968, afirmar la exigencia de una renovación en el seno de la IS que la pusiera en disposición de probar su eficacia en un estadio ulterior de la actividad revolucionaria, mediante la participación en la IS de un mayor número de individuos escogidos de entre todos aquellos que demostrasen capacidad y predisposición<sup>182</sup>. Podría pensarse que estas indicaciones tenían la vista puesta en la creación de una nueva

---

180. *IS*, XI, pp. 54-55.

181. *IS*, X, pp. 27-32.

182. *IS*, XII, pp. 112-113.

organización revolucionaria constituida a partir del crecimiento de la IS. Sin embargo, en agosto de 1969 Debord mismo se encargaba, mediante una nota adjunta, de excluir indirectamente esta interpretación, al limitar el alcance y el sentido de la ampliación de la IS a que simplemente se hiciera un mejor uso del criterio de elección en la admisión de nuevos miembros. Y por si fuera poco, René Riesel añadía nuevas determinaciones al concepto de organización revolucionaria consejista que excluyeran definitivamente toda posible identificación con la IS (para ser tal, la organización consejista debía estar compuesta en sus dos terceras partes —como mínimo— por obreros «convertidos en dialécticos» y, aunque tampoco se excluían o separaban otras categorías de asalariados, sí se debía limitar al máximo el número de intelectuales<sup>183</sup>). Por lo demás, Riesel también atribuye a la organización consejista características propias de la IS: la elección de sus miembros (al contrario que los Consejos, abiertos a todos los que deseen entrar) y la igualdad *real* de todos en las decisiones y en las ejecuciones (que, a diferencia de la igualdad *formal* de los Consejos, se presta a la justificación de jerarquías ocultas). La dificultad que encontraron los situacionistas a la hora de dar con una solución estable a este problema deriva, claro está, de la *imposibilidad de conciliar la subjetividad artística* —implícita en la IS en tanto que secta que encarna la totalidad— con *el proyecto de la organización consejista*, cuya práctica (como el propio Vaneigem<sup>184</sup> reconoce) debe contener desde el primer momento la experiencia de la democracia directa.

---

183. *Ibíd.*, p. 73.

184. *Ibíd.*, p. 77.

La organización consejista tampoco puede nacer, según la IS, de una fusión o colaboración con otros grupos *gauchistes* ya existentes que defienden asimismo la creación de los consejos. El Movimiento 22 de marzo fue una reagrupación ecléctico-espectacular de individuos que confiaban en «la acción común» con la ilusoria convicción de superar la imposibilidad de ponerse de acuerdo<sup>185</sup> en un solo punto teórico; los diferentes partidarios del *espontaneísmo sub-anarquista*, que confundían organización con bolchevismo, tampoco tuvieron nada que ver con la IS; *Révolution Internationale* y algún que otro grupo similar no serían más que versiones criptoburocráticas de la teoría de los consejos; por último, *Informations Corrépondance Ouvrières*, al afirmar que «los consejos son la transformación de comités de lucha bajo la influencia de la situación misma y en respuesta a las necesidades propias de la lucha» hacía suya una posición mecánico-contemplativa que prescinde completamente del desarrollo tanto de la conciencia como de la teoría. Por lo tanto, para la IS después de Mayo del 68 no existe organización consejista alguna que sea coherente y digna de ser tomada en consideración.

La huida hacia delante, el hiperfuturismo teórico, desempeña la función de ocultar esta paradójica conclusión, a saber: que la IS sitúa el problema de la organización *en el vacío*, al tiempo que considera que ya se dan las condiciones históricas suficientes para plantearlo. La IS se ve obligada a replegarse sobre sí misma, a reafirmar su propia valía tratando de poner en funcionamiento efímeras secciones nacionales —que reproducen como caricaturas todos sus defectos—, al tiempo que

---

185. Viénet, *op. cit.*, pp. 37-38.

declara la necesidad histórica de su propia superación. Los situacionistas se encuentran así encerrados en un círculo vicioso: la incapacidad de promover de manera concreta la formación de una organización consejista los reconduce al punto de partida, del que en realidad nunca se movieron, es decir, *a la pura subjetividad artística no superada, a la posesión sectaria y exclusiva de la totalidad ideal*. Y en sentido contrario, todas estas características los vuelven incapaces de colaborar en la formación de una organización consejista. La imposibilidad de reconocer este círculo real, unida a las más ardientes superaciones imaginarias, acabarán provocando obviamente la explosión y el consiguiente final de la Internacional Situacionista. Y sin embargo, ese final tan poco glorioso no debe hacernos olvidar que los situacionistas siguen siendo un punto de referencia obligado para la perspectiva revolucionaria contemporánea.



Los situacionistas durante la VIII (y última) Conferencia  
de la IS celebrada entre el 25 de septiembre y el 1 de octubre de 1969  
en Casa Frollo (isla de Giudecca, Venecia)



De izda. a deha. Robert Chasse (perfil), Tony Verhaan, J V Martin, Raoul Vaneigem  
(agachado), François de Beaulieu, René Vienet, Guy Debord y Paolo Salvadori.

El cartel que se ve al fondo reza: "Premier IS" (dentro de una cámara de cine).  
Se trata de un anuncio de helados (IS = hielo) robado por J. V. Martin en Dinamarca  
de camino a la conferencia.



De izda. a deha. François de Beaulieu, René Vienet, J V Martin (de espaldas),  
Claudio Pavan, Paolo Salvadori.



De izda. a dcha.: Eduardo Rothe, Mustapha Khayati, Alain Chevalier  
y René Ruesel (agachado).



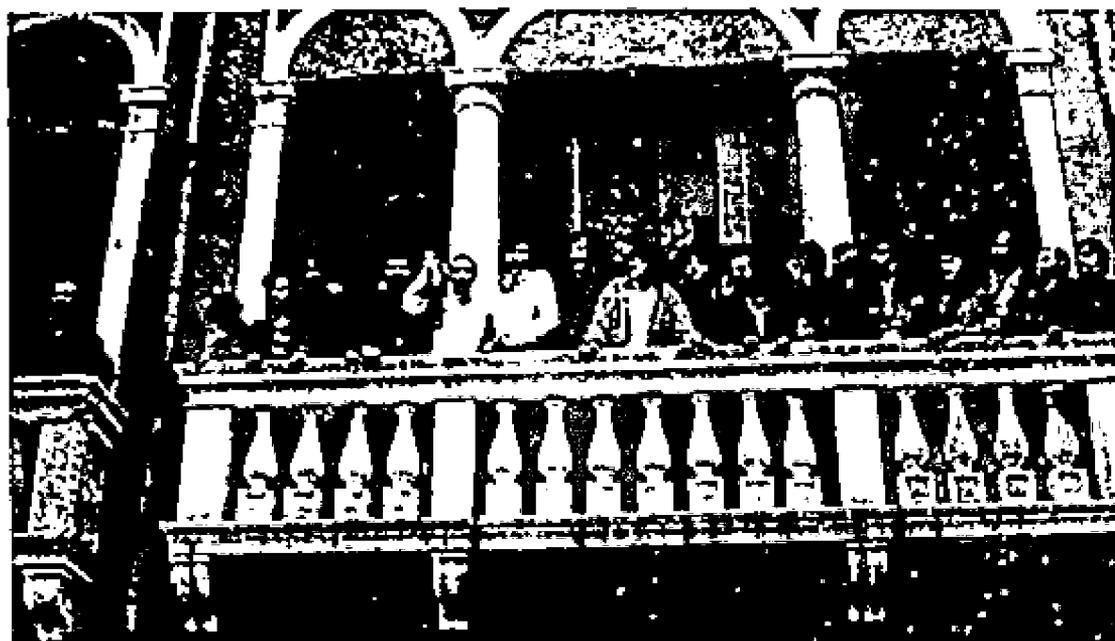
De izda. a dcha.: Rasoul Vazirizem, François de Beaulieu, René Vienet.



Mustapha Khayari (izda.) y Gunfranco Sanguaneta (dcha.)



De izda. a dcha. Tony Verlaan, Christian Sébastien (perfil), Raoul Vanregem, François de Beulieu.



De izda a decha: Tony Ver'aañ, Jonathan Hore'ick, Bruce Ellwell, Alain Chevalier, Jeppesen Victor Martín, Mustapha Khayati, Paolo Salvadori, René Vienet, Eduardo Rothe, Patrick Cheval, Raoul Vansegem, Guy Debord, Christian Sébastiani, Gianfranco Sanguinetti, François de Beaulieu, Robert Chasse, Claudio Pavan y René Riesel. En el balcón de Casa Frolo.



De izda a decha: Alain Chevalier, desconocida, Mustapha Khayati, J. V. Martín, Paolo Salvadori, Robert Chasse, René Vienet, Eduardo Rothe, Patrick Cheval, Raoul Vansegem, François de Beaulieu, René Riesel, María de Beaulieu (agachada), desconocida, Christian Sébastiani.

## EPÍLOGO

### REFLEXIONES Y RECUERDOS A LA DERIVA SOBRE LOS SITUACIONISTAS

#### *Amarga victoria del surrealismo*

El primer número de la revista *Internacional Situacionista*, publicado en 1957, comienza con un artículo titulado «Amarga victoria del surrealismo». Yo conocí a los situacionistas muchos años después, en 1966, y el camino que me condujo a ellos pasó por el surrealismo. Este es un hecho que ahora me parece la clave para comprender la mentalidad y el modo de actuar sobre todo de Debord. Es como si Debord hubiese mantenido con respecto a Breton una relación de rivalidad numérica. A menudo me pregunto por qué los situacionistas no lograron desempeñar en la cultura de las últimas décadas del siglo veinte un papel comparable al que desempeñaron los surrealistas en los años que precedieron a la Segunda Guerra Mundial. Es cierto que Debord pasó la mayor parte de su vida en estado de intoxicación y no pudo dar lo mejor de sí mismo, como sí hizo Breton; y que la calidad y el número de personas que Breton supo comprometer directa o indirectamente en su empresa no son ni de lejos comparables con el entorno situacionista y pro-situacionista.

Y sin embargo en 1966, cuando conocí directamente al movimiento surrealista —en Cerisy-La-Salle, con ocasión de uno

de los eventos que organizaba cada diez años aquel famoso Centro Cultural Internacional—, estaba claro que la antorcha de la revolución había pasado a manos de los situacionistas. En Censy se celebraba un evento muy importante en la historia del movimiento surrealista, algo así como su solemnización académica y su entrada en el canon de la cultura plenamente legitimada. En él participaron activamente muchos miembros del grupo surrealista (aunque no Breton), así como eminentes estudiosos y filósofos (tales como Jean Wahl y Maurice De Gandillac), de manera que las ponencias de aquellos que hablaban en nombre del surrealismo se alternaban, por un espacio de ocho días, con las de aquellos que hablaban del surrealismo, por así decirlo, desde fuera. La cultura militante y la cultura universitaria se daban cita bajo la dirección de Ferdinand Alquié (profesor en la Sorbona y autor de una *Filosofía del surrealismo*), a quien Raymond Queneau debía acompañar en la tarea a modo de contrapeso anti-institucional. Pero Queneau rechazó participar en el congreso y le tocó a Alquié la tarea de encontrar un terreno común de entendimiento invocando «reglas de objetividad, claridad y orden» y «criterios de una verdad que es común a todos y que buscamos todos, universitarios o no».

Lo que los organizadores no habían previsto es que a Censy vinieran estudiantes extranjeros que no se reconocían en el surrealismo ni en la academia, y que estaban muy decididos a hacer oír una voz que era a un tiempo post-surrealista y post-académica. En efecto, nos encontrábamos en la antesala del 68 y aquel verano habían empezado a llegar a Europa los vientos contestatarios procedentes de las universidades americanas. Así que cuatro de nosotros, el francés René Lourau, el inglés Robert Stuart Short, el alemán Jochen Noth y yo, que en aquel momento no nos conocíamos de nada, decidimos escribir y difundir un documen-

to titulado «El surrealismo ante la cultura», donde concluíamos diciendo que si el surrealismo quería salir del marco de la revuelta individual y buscar pacientemente una perspectiva histórica, debería morder sobre el sistema de las instituciones —sobre todo las culturales, con sus modalidades de comunicación universitarias y comerciales, sus pretensiones de neutralidad y objetividad—, contestando las reglas del juego allí donde fuera posible, por ejemplo elaborando relaciones más precisas entre teoría estética y teoría política, absolutamente separadas entonces.

Yo tuve la impresión de que nos encontrábamos ante un verdadero «caso objetivo», que constituye una de las experiencias y conceptos clave del surrealismo; en realidad, cualquiera que estuviera un poco informado sobre el tema y fuera sensible a las pequeñas señales de la época, agoreras de grandes acontecimientos, se habría dado cuenta de que aquel grupo de surrealistas y profesores era completamente inadecuado con respecto a las exigencias del momento. El hecho de que nos hubiéramos reunido en Cerisy no era casual, ya que los cuatro estábamos interesados, si bien por motivos diferentes, en el surrealismo, por eso, si tenemos en cuenta todo lo anterior, habría que hablar más bien de necesidad que de casualidad. Sin embargo, aquello se quedó en un encuentro puntual, ya que no volví a ver a René Lourau, que luego se aproximó al anarquismo; con Short sólo coincidí para tomar una cerveza en un pub inglés en 1968 y hace un par de años en Roma, mientras que de Noth no he vuelto a tener noticias directas. A pesar de lo cual, lo cierto es que aquel encuentro, de forma indirecta, jugó un papel decisivo en mi vida.

Volviendo a París en tren René me habló de la existencia de otro grupo que estaba llevando adelante el proyecto revolucionario: era la primera vez que oía hablar de los situacionistas, con los que no tardaría en entrar en contacto. Hace poco tuve noti-

cia de su muerte, que tuvo lugar en un tren a principios del 2000: por esa razón, René está para mí definitivamente asociado al tren y a la idea de la revolución como locomotora de la historia. Tiendo por ello a ver ahora el tren bajo una luz revolucionaria, en la cual la chillona policromía de los *trenes de agitación* pintados por artistas tras la Revolución de Octubre se une a las risas y canciones de los obreros de vacaciones en los *trains rouges* del 36, esto es, los trenes mediante los cuales el Frente Popular ponía en Francia al alcance de todos la panoramización del mundo.

El 28 de septiembre de ese mismo año moría André Breton y su final era acompañado unánimemente de odas y homenajes, hasta el punto de llevar a Pierre Bougeade a citar una frase de la última página del *Nadja*: «*Il y a quelque chose qui ne va pas*». ¿Qué es lo que no marchaba?

En aquella época mi interés principal era de carácter literario. Acababa de publicar mi tesis de licenciatura, *La metanovela*, y me hallaba en perfecta sintonía con el rechazo surrealista de la novela. Las obras literarias de Breton, como *Nadja* o *El amor loco*, no son novelas, sino procesos verbales poéticos de cosas que se dan como realmente acaecidas. El efecto-verdad de tipo documental viene ulteriormente reforzado por las fotografías, dibujos y documentos que acompañan y certifican la autenticidad de lo que se relata en el texto escrito. Este es un aspecto esencial de la vanguardia: hacer de punto de encuentro entre la cultura y la experiencia vivida. No por nada se la ha considerado como una continuación del naturalismo. También hay que tener en cuenta que mi trabajo nace en un contexto cultural, el de la escuela filosófica de Turín de los años sesenta, en el que reinaba el más radical desencanto en lo que se refiere a las posibilidades de narrar la realidad según los cánones de la gran novela de los siglos XIX y XX —un desencanto del que Umberto

Eco y Gianni Vattimo constituyeron las puntas emergentes. Sin embargo, al tratarse de una escuela de filosofía y no de historia de la literatura, seguía vigente en ella un fuerte énfasis en la verdad, también, y sobre todo, porque el maestro de todos nosotros era Luigi Pareyson, a quien se adaptan muy bien algunas de las frases iniciales de la novela de Breton *El amor loco*: en efecto, Pareyson era «un *boy* [en el music-hall, bailarín que forma parte de un conjunto] de lo severo», un «ser teórico» portador de claves; él estaba en poder de la «clave de las situaciones».

Me pregunto hoy, a tantos años de distancia del Congreso de Cerisy, qué es lo que ha cambiado en las relaciones entre los pensadores legitimados de la universidad y los *outsiders*. Dado que yo siempre me he sentido parte de los primeros tanto como de los segundos —razón por la cual he levantado temores en ambos sectores—, esta cuestión tiene para mí una relevancia muy especial. En un cierto sentido me parece que la distancia entre ellos ha crecido: por un lado es un hecho que la universidad se ha burocratizado hasta el punto de que es ya casi imposible encontrar un reconocimiento que no sea orgánico respecto de su lógica; por otro lado, la organización de la cultura y la irregimentación del sentir público han llegado a ser tan fuertes y arraigados que convierten en irrelevante el disenso. Y sin embargo nunca como ahora se han encontrado unos y otros ante un enemigo común como el que representa la hegemonía del mercado; tanto los pensadores institucionales como los *outsiders* son productores de bienes que entran dentro de una economía diferente de la ordinaria y va en interés de ambos el salvar la autonomía de dicho ámbito. Pero está claro que este encuentro —que es bien distinto de la distribución de papeles establecida en Cerisy— exige que los universitarios aspiren a algo más que a una carrera bien ordenada y que los *outsiders* se pro-

pongan algo más que la formación de una secta. Generalmente, lo que les falta a los primeros es la energía emocional; y a los segundos, una percepción realista de las dinámicas culturales.

### *La IS: el escándalo de la comunic-acción*

Los situacionistas no fueron nunca un grupo clandestino. Eran los autores de una revista que se encontraba en algunas librerías y quioscos de periódicos, exclusivamente en Francia, y formaban un grupo cerrado en el que se entraba por cooptación. No se reconocían en absoluto en el término «experimental» y por eso no tenían nada que ver con las neovanguardias literarias y artísticas de los sesenta, ante las que ellos se posicionaban radicalmente en contra. Tampoco desarrollaban actividades de agitación o de proselitismo. De hecho la cuestión central para ellos era el retraso de la teoría con respecto a la realidad, la falta de una toma de conciencia revolucionaria por parte de personas y de grupos que se comportaban ya de manera insurreccional.

Entre los movimientos políticos extremistas y los situacionistas existía también una gran diferencia. Los primeros se sitúan en la perspectiva de la *acción* política, en el gran mito que se remonta al Renacimiento y que ha constituido el aspecto esencial de la modernidad. Ya Hannah Arendt, en el libro *La condición humana* (1958), había previsto la desaparición de la posibilidad de la acción. A lo largo de los siglos XIX y XX, la sociedad entera se transformó en sociedad de trabajo: la noción de uso fue sustituida por la de consumo. Hannah Arendt, que escribe en los años 50, prevé los desarrollos sucesivos de este proceso. Poco a poco las personas son expropiadas también de su propio trabajo, que desde los primeros siglos

de la modernidad había constituido su única posesión y actividad: la sociedad entera se transforma en una sociedad de consumidores, esto es, en una sociedad de trabajadores sin trabajo. Su comentario al respecto es: «¡Ciertamente no podría haber nada peor!». Aquí Arendt es categórica: la sociedad de consumo es «el paraíso del chiflado».

El lugar de la *acción* es ocupado por la *comunicación*. Los situacionistas fueron excelentes comunicadores. Pero el mito de la acción sigue obsesionando la mente de los revolucionarios de los años sesenta y setenta, y no sólo de los así llamados «militantes de base», sino también de los *maitres-à penser* de la época. En Francia hay una figura que encarna por excelencia el mito del pensador de acción, André Malraux, al que mayo del '68 sorprende ejerciendo de ministro de cultura. Hay que leer su discurso del 20 de junio de 1968: Malraux, el hombre de acción por excelencia, resulta mucho más lúcido que sus opositores<sup>186</sup>.

Aquellos que en el post-68 siguieron el mito de la acción terminaron necesariamente en la lucha armada y en el terrorismo. ¡Pero la ironía de la historia hizo que tuvieran un gran estilo como comunicadores!

En los años setenta se aprecia en Inglaterra una influencia importante y no prevista de los situacionistas con el nacimiento del *punk* inglés. Esto es algo que está bien documentado en el libro de Greil Marcus, *Rastros de carmín: una historia secreta del siglo*

---

186. Es curioso que la figura de Malraux haya seguido estando presente en la imaginación de Althusser (que decía de él cosas delirantes en su autobiografía, cuyo título, *El ponerse es largo*, es precisamente una frase de Malraux) y de mi amigo Jean-François Lyotard, cuyos dos últimos libros tienen por argumento precisamente la figura de Malraux (*Signé Malraux*, París, 1996 y *Chambre sordé*, París, 1998).

XX, que me parece muy importante para entender el modo en que el movimiento situacionista es recibido con interés por parte de la cultura alternativa de los años noventa. Si bien es cierto que dicha recepción deforma en gran medida la realidad histórica de la figura de Debord y de la Internacional Situacionista, permite comprender el vínculo entre la insurrección situacionista de los años sesenta y los movimientos radicales de los noventa.

Hablando ahora más personalmente, después del encuentro de Cersy escribí a Debord, que me mandó gratuitamente todos los números de la *Internacional Situacionista* publicados hasta entonces. Así que me pasé el fin del verano y todo el otoño de 1966 estudiando la revista. Traté de dar a conocer sus tesis en Italia, encontrando una fuerte hostilidad, ya fuera por parte de la propia revista en la que por entonces colaboraba («*Tempo Presente*», que dejó de publicarse poco tiempo después), ya fuera en el seno de *Nuovi argomenti* (no por parte de Alberto Moravia, que me había invitado a colaborar, sino por parte del otro director de la revista, Pier Paolo Pasolini, que inmediatamente escribió una poesía contra mí y poco después sería asesinado —¡no a manos mías en un duelo!). Al mismo tiempo me dediqué al estudio de la tradición revolucionaria de la cual la IS se declaraba heredera, que era la de la Comuna de París, el movimiento de los Consejos Obreros, Pannekoek, Gorter... hasta llegar a Socialismo o Barbarie, de cuya revista conseguí hacerme con la colección completa.

A fines de noviembre de 1966 tuvo lugar el escándalo de Estrasburgo. Junto con otros dos compañeros italianos cogí el coche y nos plantamos allí a toda prisa, con la idea de tratar de enterarnos de lo que pasaba. El primer situacionista que conocí fue por eso el único que estaba presente en aquel momento en Estrasburgo, Mustapha Khayati, a quien volvería a ver en otras

ocasiones. De él he apreciado siempre la honestidad, la finura y el garbo de su manera de ser, por no hablar de la agudeza de sus análisis históricos. Sólo recientemente he vuelto a tener noticias tuyas, de forma imprevisible e indirecta. Espero que no haya sufrido demasiado en su vida.

Nosotros, los tres italianos, estábamos ya muy desconcertados por lo que estaba pasando, pero lo estuvimos todavía más cuando nos topamos con los documentos que nos facilitaron en los días sucesivos, tanto los estudiantes de Estrasburgo como la propia IS. Mis dos amigos italianos tomaron otros derroteros, pero yo fui profundizando mis relaciones con los situacionistas, con los que me encontraría primero en París y luego en Bruselas, en el verano de 1968. Se habían refugiado en la capital belga para guarecerse de eventuales persecuciones y para escribir el libro sobre el movimiento de Mayo, que firmaría Viénet.

Como he escrito en el libro, las relaciones con los situacionistas no podían ser más que «históricas», es decir, no había espacio para las virtudes amables y para los sentimientos personales. El hecho de que el grupo estuviera basado en una cierta intercambiabilidad de sus miembros tendía a poner entre paréntesis y a *suspender* (en el sentido que la fenomenología de Husserl da al término *epoché*) toda característica subjetiva. En realidad, tal y como he mostrado también en el libro, las cosas no eran realmente así y esa fue una de las contradicciones principales que llevaron a la disolución del movimiento.

### *Debord y el «grand style»*

De hecho, el distanciamiento respecto de la subjetividad era una cualidad exclusiva de Debord y constituía el aspecto funda-

mental tanto de la fascinación como de la hostilidad que suscitaba. Durante la segunda mitad del siglo veinte, Debord ha sido la personificación del *gran estilo*. «Doctor en nada» pero maestro de los ambiciosos, amigo de los rebeldes y de los pobres, pero secretamente admirado por los poderosos, un hombre que suscitó grandes emociones, pero sin embargo era frío y distanciado de sí mismo y del mundo. Tal es, de hecho, la primera condición del estilo: el distanciamiento, la lejanía, la suspensión de los afectos desordenados, de la emotividad inmediata, de las pasiones sin freno. Debord ha sido una figura clásica, en absoluto romántica.

El distanciamiento en el caso de Debord se manifiesta antes que nada en forma de una completa y total extrañeza frente al mundo de la universidad, de la edición, del periodismo, de la política y de los *media*; frente a todo el *establishment* cultural, Debord nutre el más profundo disgusto y el más radical desprecio. No menos absoluta es su repugnancia por todo lo mundano, por la frivolidad snob que coquetea con el extremismo revolucionario —el así llamado «radical chio»—. A fin de cuentas tanto desdén no reposa ni tan siquiera sobre el confort de un patrimonio heredado: en este sentido Debord afirma haber «nacido virtualmente arruinado». En una época en que los ambiciosos están dispuestos a todo por el poder político y el dinero, la estrategia de Debord hace palanca sobre un solo factor: la admiración que su modo de ser suscita en aquellos que consideran el poder político y el dinero como beneficios secundarios con respecto a la excelencia y su reconocimiento. El tipo de superioridad a la que aspira esta estrategia no es muy diferente de aquella que anhelaban algunos filósofos antiguos, como Diógenes, para los cuales la coherencia entre los principios y la conducta constituía lo esencial. Sin embargo, la fuente de donde bebe no es tanto de tipo ético como estético: es en la revuelta

poética y artística donde hay que buscar la tradición en cuyo seno se sitúa Debord. Dicha tradición, que encontró en las vanguardias del siglo veinte un desarrollo extraordinario, se remonta nada menos que al Medioevo: el gran poeta francés del siglo XV, François Villon, representó el modelo de un encuentro entre cultura y conductas alternativas (y en su caso incluso criminales) que se ha transmitido a través de los siglos.

<sup>1</sup> A todo esto se añade también la lejanía de todas las organizaciones y tendencias político-revolucionarias predominantes en la época. El camino que eligió Debord lo condujo a un total rechazo de cualquier posición leninista, trotskista, maoísta y tercermundista. Al mismo tiempo, sin embargo, Debord también tomó distancias con respecto al anarquismo, que abandona al ser humano al capricho individual: para él no cabe duda de que el punto más alto de la teoría revolucionaria lo alcanzó Marx, no Bakunin. Si por «político» se entiende la distinción entre «amigo» y «enemigo», unida al esfuerzo de ampliar el número de los primeros, hay en Debord un radical «apoliticismo» que conduce al aislamiento. Esta, por otra parte, fue una de las razones que llevaron a la ruptura de mi relación con él en la primavera de 1969.

Lo cierto es que la aprobación y la afectividad obtenidas a través de la simpatía, del acuerdo y de la buena disposición para con los demás no eran cosas que entraran en absoluto dentro del estilo de Debord, que en este punto seguía la opinión de Nietzsche según la cual «el gran estilo excluye al agradable». En una época que ha hecho de lo adaptable y de la desenvoltura las cualidades más apreciadas, Debord se pone frente a sus contemporáneos con aspereza, con rudeza y hoy por hoy es el único estilo que sigue siendo capaz de suscitar interés y de excitar la pasión. Escribe: «Yo no he ido jamás en busca de nadie a

ninguna parte. Mi círculo se compone de aquellos que han venido *motu proprio* y han sabido hacerse aceptar». De hecho aquello no impidió que en torno a Debord, al menos en la segunda mitad de los años sesenta, se formase una socialidad que se reconocía en un proyecto teórico y en un estilo de vida. Tal y como he escrito, en la IS regía una especie de responsabilidad colectiva por la cual las afirmaciones teóricas y la conducta de cada uno co-implicaban automáticamente a todos los demás. Semejante característica, que parece reproducir uno de los aspectos específicos de las sectas religiosas, en el caso específico de la IS tiene un significado estético que nos retrotrae al tema de la importancia del elemento constrictivo y vinculante del estilo: como escribe Nietzsche, el estilo implica una anulación de las particularidades individuales, un profundo sentido de la disciplina, cierta repugnancia ante cualquier naturaleza desordenada y caótica. Sin embargo, estas exigencias, que se correspondían a la perfección con la manera de ser de Debord, no se llevaban tan bien con el temperamento de otros miembros de la IS que, o bien eran mucho más expansivos y extrovertidos, o bien estaban privados de genialidad y espíritu creativo; pero sobre todo se llevaban muy mal con los rasgos dominantes del movimiento contestatario, en el que confluían, por un lado, el vitalismo subjetivo y el espontaneísmo más impulsivo y, por el otro, la más tétrica y antiestética servidumbre política de marca estalinista. Todo lo cual explica el hecho de que fueran tan pocos los que captaran de verdad el mensaje de la IS: ¡a fines del 68 en Roma no eran más de tres personas las que recibían la revista y no más de una veintena en toda Italia! Bastaba ser un simple lector de la IS para percibir algo de las altas cualidades estéticas de toda la empresa. Bastaba leer la revista para tener la sensación de formar parte de la élite de la

revolución mundial: en efecto, los situacionistas formaban una red internacional en cuyo seno uno se movía con un talante, más que de conspirador, de aristócrata.

La mezcla entre modelos estéticos y modelos políticos es una marca constitutiva del estilo Barroco, que no por casualidad es un constante punto de referencia para Debord: en particular, le merece atención y respeto la figura de Baltasar Gracián, que es quien, en su *Oráculo manual*, supo delinear mejor que nadie todos los aspectos del «gran estilo», sustrayéndolo a todo clasicismo abstracto y sumergiéndolo en las querellas y contingencias históricas. Sin embargo, incluso en mayor medida que Gracián, será el enemigo de Richelieu y de Mazarino, el cardenal de Retz, quien ocupará la imaginación de Debord. En una carta del 24 de diciembre de 1968 me escribe: «Me gusta mucho la cita de las *Memorias* de Retz<sup>187</sup>, no sólo porque toque los temas de la «imaginación al poder» y de «tomad vuestros deseos por realidades», sino también porque hay en verdad un parentesco divertido entre la Fronda de 1648 y el mayo (de 1968): son los dos únicos grandes movimientos que han estallado en París como respuesta inmediata a *arrestos*: y tanto el uno como el otro con barricadas».

---

187. Se refiere a la cita del Cardenal de Retz que encabeza el capítulo sobre «La lucha en la calle» del libro *Enragés y situacionistas en el movimiento de las ocupaciones*: «Sé que no les tiene en cuenta, porque la corte está armada; pero le suplico que me permita decirle que se les debe tener muy en cuenta, toda vez que ellos se tienen en cuenta a sí mismos para todo. Han llegado a este extremo: comienzan a no tener en cuenta a vuestros ejércitos y la desgracia es que su fuerza consiste en su imaginación; y en verdad se puede decir que, al contrario de todas las demás formas de poder, cuando han llegado hasta cierto punto, pueden todo lo que creen poder». [N. del E.]

La tradición subversiva dentro de la cual se inscribe Debord tiene por eso más que ver con la barroca-anagua del tiranicidio que con la más moderna de las revoluciones político-sociales: el 68 le recuerda a la Fronda, no a la Revolución francesa —y menos aún a la Revolución rusa—. Por hacer un parangón con el cardenal que animó la Fronda, hay en Debord una práctica de la verdad que pertenece al Retz escritor, pero no al Retz hombre de acción. Obviamente es fácil preservar la propia integridad en la soledad o dentro de un estrictísimo círculo de amigos: otra cosa muy distinta es tener trato con todo tipo de gente y luchar por el poder en plena guerra civil donde todos saben que está en juego la misma vida! El «gran estilo» de las *Memorias* de Retz consiste sobre todo en la distancia que el autor guarda con respecto a sí mismo, así como en la desprejuiciada sinceridad con que expone las más secretas motivaciones de sus acciones, también cuando dicha sinceridad daña su reputación; desde luego, de donde no procede su «gran estilo» es de las historias que cuenta. Se trata por así decirlo de un «gran estilo» *post festum*, alejado ya de la fragancia de la acción: en los urdires, intrigas, conjuras, traiciones y complots de todo tipo, Retz no es distinto de sus enemigos y, si sus planes no resultan, el fracaso sucede desde luego contra lo que era su intención y su deseo. Muy distinto es el caso de Debord, en el cual la estética de la lucha se configura, al menos desde fines de los años sesenta, como una estética de la derrota, casi como si cada éxito contuviera un elemento de irremediable vulgaridad. La guerra era para él el dominio no sólo del peligro, sino también de la desilusión. Yo siempre barrunté vagamente esa «oscura melancolía» que, por su expreso reconocimiento, acompañó su vida; y he visto a qué trágicas e inevitables consecuencias lleva el rodear el fracaso de una aureola de triste esplendor. Por eso, por muy grande que sea la admira-

ción que siempre he tenido por él, pienso que su modo de ser debe ser emulado sólo por aquel que, dotado de un gran genio, quiera un reconocimiento exclusivamente póstumo. A fin de cuentas, creo que es más sabio seguir a Plutarco que a Diógenes.

Por lo demás, creo que la inteligencia histórica de Debord, que es agudísima hasta el 68, se aplanó en los años sucesivos. En los meses que precedieron al Mayo, Debord demostró una sensibilidad histórica verdaderamente profética. Algunos meses antes de que estallasen los mounes de mayo (los cuales cogieron por sorpresa, no sólo a la burguesía, sino a casi todos los revolucionarios), Debord me escribía anunciándome que una profunda crisis social se cernía sobre Francia. Mantuvo esta extraordinaria capacidad premonitoria durante todo el 68: en julio del mismo año, por ejemplo, afirmaba en otra carta (contra la opinión ingenuamente optimista de casi toda la izquierda) que había muchas probabilidades de que se diera una intervención armada de la Unión Soviética en Checoslovaquia (la cual tendría lugar al mes siguiente). En los años posteriores, sin embargo, me parece que la comprensión del movimiento de las cosas se le escapa, hasta llegar a su retorno a la escena cultural en 1988 con el *Panegírico*<sup>188</sup>, en el que define los años setenta como... «repugnantes»! En cierto sentido sucedió lo que ya nos había dicho él a mi mujer Graziella Gaggioli y a mí en Bruselas, cuando lo visitamos en julio del 68: que mayo fue el comienzo de una época. Pero no en el sentido en que él lo entendía.

Mano Perniola, verano 2007

---

188. Acquarela Libros & A. Machado prepara una reedición del primer tomo de *Panegírico*, al que se añadirá el segundo, consistente en una serie de testimonios gráficos.